

A close-up photograph of a woman with long brown hair, wearing a blue dress, kissing a man on the cheek. The man has dark hair and is wearing a white shirt. The woman's hand is resting on the man's head, and she is wearing a ring on her finger. The background is a bright, slightly blurred outdoor setting.

**ANNY  
WORD**

**DESTINO  
IMPREVISTO**

## Capítulo Uno

Yak esperaba.

No toleraba que se le hiciera esperar y ese día no era la excepción. Miró su reloj.

« ¿Por qué no vendrá el doctor Winston? Han llamado de su oficina hace casi una hora para alquilar un avión».

Yak se encontraba en la pequeña oficina del servicio aéreo Horizonte, con un codo apoyado en el mostrador. El médico, a quien no conocía, necesitaba volar a Flagstaff para atender una emergencia familiar. Yak era el único que podía prestar el servicio, lo cual le hacía retrasar el comienzo de sus vacaciones unas cuantas horas.

Bueno, no era la primera vez que tenía que alterar sus planes. Pensando en ello, ¿cuándo le salían las cosas tal y como él las proyectaba?

No le importaba haber ayudado a su amigo Rick a iniciar su servicio de taxi aéreo en El Paso, pero eso le había hecho volver a Estados Unidos un año antes de lo que tenía pensado. Ahora que el servicio Horizonte estaba bien establecido, había llegado para él la hora de hacer nuevos planes.

No le gustaba permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Su naturaleza inquieta y su mente inquisitiva le mantenían en constante movimiento.

Yak estaba siempre dispuesto al cambio. Necesitaba sus vacaciones. Dieciocho meses de arduo trabajo y de largas jornadas, habían surtido su efecto. Se imaginó escalando las montañas de la campiña mejicana, disfrutando de la soledad y tranquilidad de la naturaleza.

«Si ese médico se da prisa, estaremos en Flagstaff dentro de unas horas. Después de un sueño reparador, emprenderé el viaje hacia el sur al amanecer».

Yak vio llegar un coche último modelo a través de la puerta de cristal. Una mujer joven se bajó de él rápidamente, haciendo caso omiso de las olas de calor que se levantaban del asfalto del aparcamiento del aeropuerto. Su traje de verano color rosa hacía resaltar su diminuta figura.

Se dirigió hasta el maletero y lo abrió. Al inclinarse, Yak admiró la forma en que la falda estrecha se adhería a sus curvas y revelaba un par de piernas hermosas. Con lentitud se enderezó en el mostrador. Era una mujer atractiva, no cabía duda.

Cogió una maleta pequeña del maletero, cerró la puerta de un golpe y se dirigió hacia él. Yak se vio obligado a cambiar la primera opinión que se había formado de ella. La mujer no era hermosa... ¡era maravillosa!

Trató de analizar por qué le llamaba tanto la atención. Quizá fuera su aspecto tan frágil... su corta estatura y sus delicadas facciones. Quizá su piel blanca que hacía pensar en una muñeca de porcelana. Con ese suave color marfil o era una visitante en esa región desértica de El Paso, o pasaba la mayor parte del tiempo encerrada.

Detectó fuertes tonalidades rojizas cuando el sol brilló en su pelo castaño oscuro. Lo llevaba recogido en un alto moño y varios rizos enmarcaban su rostro.

Yak se preguntó cuál sería el color de sus ojos, ocultos bajo unas grandes gafas de sol.

Su piel brillaba y casi podía sentir su sedosidad, como si ya hubiese tenido oportunidad de pasar una mano por su mejilla. La palma de su mano hormigueaba.

« ¿Qué me sucede?», se preguntó. Había visto mujeres hermosas en múltiples ocasiones y ésta ni siquiera era de las de su tipo. Las mujeres como ella en general eran chiquillas malcriadas y siempre las evitaba. «El calor debe estar afectando».

Se preguntaba qué haría en ese lugar. Dirigió la vista hacia Rick, que recibía información de vuelos por el teléfono. «Quizá haya encontrado una chica nueva y no quería que yo me enterara. Tendré que bromear con él respecto a su temor de que invada sus territorios».

Ambos sabían que eso nunca ocurriría. Yak siempre había mantenido la misma actitud con las mujeres, las tomaba o las dejaba. Casi siempre las dejaba antes de que entrasen en su mente ideas sobre situaciones de carácter más permanente.

Su mirada volvió a la mujer que se aproximaba a la puerta. Tenía algo que la hacía diferente a todas las mujeres que había conocido y eso le inquietaba. En su interior una voz le previno de que debería prepararse a luchar contra su reacción hacia ella.

Yak se enderezó lentamente y se apartó de la puerta. «Deja de soñar despierto. Quisiera que ese médico llegase ya, si es que tiene tanta prisa».

Paige abrió la pesada puerta de cristal y se introdujo en la fresca oficina. Se detuvo un momento para quitarse las gafas de sol y adaptar su visión. Miró a su alrededor y viendo las escasas dimensiones de la oficina, se preguntó si habría hecho bien al ir allí. Cuando la recepcionista le había dicho que había conseguido un vuelo para ella, había sentido tal alivio que no había hecho más preguntas.

Lo que contemplaba ahora la desalentó y empezó a dudar. Grandes mapas, carteles turísticos y calendarios cubrían las paredes. Un maltratado escritorio y dos incómodas sillas esperaban ser ocupadas en la zona reservada para el público, en este lado del mostrador, mientras que otro escritorio y otras piezas de mobiliario de oficina estaban en el otro lado.

Se encontraban allí dos hombres. Uno delante del mostrador y el otro hablando por teléfono.

Se preguntó cuánto llevaría esperando el hombre del mostrador. Miró su reloj y se dirigió hacia él con paso decidido, esperando que el que se encontraba en el teléfono levantase la vista. Necesitaba salir en ese mismo momento.

— ¿Busca a alguien?

Paige levantó la mirada hasta el hombre que estaba a su lado. De cerca, parecía intimidante. Medía por lo menos un metro ochenta, pero era su constitución física lo que la inquietaba.

Tenía amplios hombros y brazos musculosos que resaltaban por debajo de su camisa y un abundante y negro pelo caía sobre su frente. Los prominentes pómulos y el tostado color de piel denotaban su origen indio, lo cual no era raro en la región. Su voz tenía fuertes tonalidades que la inquietaron. Se obligó a mirarle a los ojos. El hombre tenía una apariencia ruda y formidable.

Paige pensó que no tenía tiempo que perder y quizá él pudiera ayudarla.

—He venido a contratar un vuelo —le explicó.

—Su nombre es... —inquirió él.

—Paige Winston.

— ¿La doctora Winston? —repitió él incrédulo.

—Así es —volvió la mirada hacia el hombre que estaba al teléfono, que aún no parecía haber advertido su presencia—. ¿Sabe si tardará mucho?

—No importa —respondió encogiéndose de hombros—. Yo seré su piloto. Estoy dispuesto a salir ahora mismo donde usted indique.

— ¿Usted es el piloto? —preguntó sorprendida.

—Sí. Tengo entendido que tiene prisa por llegar a Flagstaff.

El ligero tono de duda en su voz la hizo volver a la realidad. No importaba quién la llevara, sólo que lo hiciera pronto.

—En efecto. Mi padre está de vacaciones en un lugar próximo a Flagstaff y ha sufrido un ataque al corazón —distráida, se enroló en un dedo algunos rizos que caían por su frente—. Ya ha sido hospitalizado.

Yak asintió con la cabeza y se inclinó para coger la pequeña maleta de Paige. Señalando una puerta que ella no había observado, comentó:

—Por aquí.

El sol brillante golpeó la vista de la chica y rápidamente buscó sus gafas de sol. Cuando al fin de las puso, descubrió que el piloto ya estaba a medio camino hacia un pequeño avión situado en un extremo de la pista.

Su corazón dio un vuelco. ¿Esperaba que volara en eso? ¡Era demasiado pequeño! Miró a su alrededor, pero no vio ningún aparato más grande. El piloto se volvió para contemplarla frunciendo el ceño. Él también se había protegido los ojos con gafas de sol y Paige sólo consiguió verse reflejada en ellos. Cuando le alcanzó estaba casi sin aliento, tanto por el calor como por su temor al pequeño avión.

Él le tendió una mano y la ayudó a subir a un ala del aparato. Luego le indicó que se introdujera por una diminuta puerta que se veía delante de ella.

Paige descubrió que su traje no era el más indicado para el viaje, pero en realidad no había pensado en ello cuando había ido corriendo a su casa para meter unas cuantas cosas en su maleta. Lo único que importaba era su padre.

¿Estaría muy grave? ¿En qué condiciones le encontraría? Tenía que estar bien.

No sólo era su padre, sino su socio y mejor amigo. ¡No podría sobrevivir sin él!

Paige se metió en el avión y tiró de la falda de su vestido al sentarse junto al piloto. Miró a su alrededor, asombrada por el número de botones y aparatos que llenaban el tablero. Un pequeño mecanismo de dirección estaba frente a ella y rogó que no fuera necesario utilizarlo.

Yak se metió detrás de ella, se aseguró de que su cinturón de seguridad estuviese bien atado y se sentó a su lado. Había hecho todas las comprobaciones necesarias previas al vuelo antes de que Paige llegara, sabiendo la prisa que tenía, pero con una mirada experimentada volvió a



revisar todo con eficiencia.

Cogió un micrófono y estableció contacto con la torre de control, pidiendo instrucciones de despegue. Al cabo de unos minutos, se encontraban en el aire.

Paige observó la tierra calcinada por el sol que iba quedando muy lejos conforme tomaban altura. El monte Franklin seguía su misión centenaria de centinela, vigilando la ciudad a sus pies.

— ¿Está bien?

Paige dio un salto nervioso al oír la voz del piloto. ¿Qué había en aquel hombre que la hacía reaccionar de esa forma? Era muy cortés, así que de eso no se trataba. Tenía algo que ver con el sonido de su voz... como si algo en ella le fuera familiar. No obstante, nunca le había visto.

—Estoy bien —respondió volviéndose hacia él y se aclaró la garganta—. ¿A qué hora llegaremos a Flagstaff?

Yak estudió el tablero de instrumentos un momento antes de sonreírle. Sus dientes brillaban blancos contra su tez morena.

—Alrededor de las siete, si no hay complicaciones.

— ¿Qué tipo de complicaciones? —preguntó nerviosa.

—Viene una tormenta por el norte que estoy tratando de evadir. Eso quizás nos haga desviarnos hacia el oeste. Puede ser un vuelo más largo, pero mucho más confortable.

Paige se estremeció. Nunca le había gustado volar, ni siquiera en los grandes aparatos comerciales. Éste la hacía sentirse como si estuviese suspendida en el aire.

Tratando de aparentar calma, comentó:

—Me alegro de haber podido contratar el vuelo tan pronto.

Sabía que la charla era intrascendente, pero necesitaba mantener su mente ocupada.

—Una hora más tarde no habría podido hacerlo.

— ¿Quiere decir que surgió otro contrato?

—No, señorita. Me refiero a que habría iniciado mis vacaciones —respondió él con una sonrisa.

—Oh —Paige se preguntaba si el tener que llevarla le habría molestado. Su cara no lo indicaba—. Lo siento.

—No se preocupe. Pienso pasar la noche en Flagstaff y salir para Méjico

por la mañana.

— ¿Tiene familiares en Méjico?

—No. Un amigo tiene una hacienda con una pista de aterrizaje. Mis intenciones son las de acampar en las montañas y dedicarme a pescar.

— ¿Usted solo?

—Por supuesto —respondió él sorprendido.

Paige no podía imaginarse el pasar unas vacaciones solas, y menos en una tienda de campaña. La gran naturaleza le era totalmente desconocida y nunca había sentido el deseo de conocerla mejor.

—Me alegro de no haber estropeado sus planes.

—No se preocupe. No lo ha hecho.

— ¿Hace mucho tiempo que vuela? —se oyó a sí misma preguntar.

No había tenido intención de parecer aprensiva, pero ya era demasiado tarde para corregirse.

Yak sonrió y el corazón de la muchacha se aceleró todavía más. Tenía una sonrisa tan hermosa que hacía que un millar de mariposas levantaran el vuelo en su estómago, pero sin que ello tuviese nada que ver con su estado nervioso.

—Alrededor de veinte años.

— ¡Veinte años! —repitió incrédula.

No parecía tener más de treinta.

—Empecé a volar a los dieciséis.

— ¿No fue demasiado pronto?

—Supongo que sí, pero he vivido solo desde los catorce. Hice amistad con un piloto y me contrató para trabajar en su empresa aérea. Creo que empezó a enseñarme a volar sólo para evitar mis insistentes preguntas sobre el tema.

Sus comentarios despertaron en ella un sinnúmero de interrogantes. ¿Dónde estaba su familia en ese intervalo? ¿Por qué había abandonado su hogar? Entonces se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—Me temo que estoy en desventaja con usted. Usted sabe mi nombre, pero yo no sé el suyo.

—Yak.

— ¿Yak, como el halcón?

—Así es.

Paige se preguntó si sería un apodo, pero no quiso insistir. En vez de ello, se dedicó a contemplar el paisaje por la ventanilla, tratando de no pensar en la altura.

— ¿Qué la hizo a usted convertirse en médico?

Su voz profunda interrumpió sus pensamientos, pero su pregunta no la sorprendió. Llevaba muchos años respondiendo a la misma pregunta planteada de una u otra forma.

—Son varios los motivos. Mi padre es médico... pediatra. No recuerdo que haya habido alguna época de mi vida en que no quisiera estudiar medicina. Y adoro a los niños. Nunca me he arrepentido de haber seguido los pasos de mi padre. Tenemos una clínica en El Paso.

— ¿Cuánto hace que se licenció?

—Cuatro años.

—Entonces también usted empezó joven. Apenas parece tener edad suficiente para votar —le indicó con una suave sonrisa.

—Hace varios años que ya puedo votar.

Yak sonrió por la frase y cogió el micrófono. Al recibir respuesta a su llamada, pidió información sobre la tormenta que se avecinaba y escuchó con atención lo que para Paige era algo incomprensible acerca de nubes, vientos y corrientes de aire.

Sabía que no tenía ningún motivo por el que preocuparse. Era evidente que él sabía lo que hacía. Sólo quería hacer que su inquieto estómago también lo comprendiera, sin olvidar su pulso acelerado.

— ¿Vuela con frecuencia? —recibió con agrado la interrupción de Yak.

—No mucha.

— ¿Por qué no trata de relajarse?, recline la cabeza y cierre los ojos. Se sorprenderá de lo mucho que eso ayuda.

Paige asintió, a sabiendas de que sería inútil tratar de disimular su nerviosismo. Ya había hecho jirones un pañuelo de papel. Cerró los ojos con tranquila determinación, pero su padre vino a su mente y volvió a abrirlos inmediatamente. «El que te preocupes no contribuirá a su recuperación», se recordó. Dirigió la mirada hacia Yak, observando su perfil de reojo. La intrigaba, era diferente a cuantos hombres había conocido. Parecía haberse olvidado de su presencia al colocarse unos audífonos. Ya no podía oír la radio.



De forma lenta e imperceptible, Paige empezó a relajarse. La carga de trabajo en la clínica se había incrementado desde que su padre se había ido y era consciente de que había trabajado en exceso. «Papá, por favor ponte bien». Su amoroso mensaje voló hasta él. «Estaré contigo dentro de unas horas».

Sus largas pestañas parpadearon una última vez y se quedó dormida.

Pasó algún tiempo antes de que Yak volviera la vista hacia ella. Tenía que estar muy cansada para poder dormir a pesar de las fuertes corrientes de aire que azotaban el pequeño aparato como una mano gigantesca que jugara con él.

No le importaba la tormenta que se acercaba ni la forma en que se comportaba el medidor de la presión del aceite. Se había pasado toda la mañana arreglando los conductos del fluido y estaba seguro de haber descubierto y corregido el problema. Entonces, ¿qué diablos pasaba con el medidor?

Paige despertó bruscamente al sentir el ruido de un trueno. Miró por la ventanilla y volvió la vista aterrorizada. Enormes nubes negras los envolvían. Contempló a Yak y advirtió su expresión de preocupación mientras luchaba por sortear las fuertes corrientes de viento.

—Parece que la tormenta de que me habló nos ha alcanzado al fin — señaló tratando de disimular su preocupación.

—En este momento la tormenta es el menor de nuestros problemas — aceptó Yak sin volver la vista hacia ella.

— ¿Qué trata de decirme?

—Tengo que aterrizar en el primer sitio que encontremos. Estamos perdiendo la presión del aceite.

Paige dirigió la vista hacia tierra, pero sólo pudo observar negros nubarrones. ¿Qué había pasado con la luz del día?

— ¿Dónde nos encontramos?

—En el este de Arizona —replicó él con un tono tenso.

Ella trató de recordar sus clases de geografía. ¿Qué había en Arizona oriental? ¿Sería la región desértica y con cactus?, ¿o eso estaba en la zona de Phoenix?

Yak siguió haciendo descender el aparato, rezando por tener pronto un campo visual suficiente y encontrar dónde aterrizar. Su plegaria recibió una respuesta casi inmediata. Los espesos nubarrones empezaron a disiparse y

aparecieron espacios verdes. Volvió a observar el medidor de presión del aceite. Seguía bajando.

Paige vio la tierra y su corazón dio un vuelco. Montañas. Montañas tapizadas de verde. ¿Encontrarían un lugar donde aterrizar? Volvió la vista de nuevo hacia el hombre que tenía sus vidas en sus manos. Se había quitado las gafas oscuras y a excepción del ceño ligeramente fruncido, su cara estaba impávida. Se preguntó si esa expresión era parte de la naturaleza de los indios. Estaba segura de que el miedo se reflejaba en cada uno de los rasgos de su propia cara.

Ya era demasiado tarde para preguntarse si confiaba en el hombre. Demasiado tarde. Después de todo también se trataba de su vida. Pero no tenía la menor idea de cuáles eran sus conocimientos y experiencia y tuvo que admitir que había sido muy tonto por su parte no haber averiguado nada de él antes de despegar.

Paige volvió a mirar hacia abajo y prefirió no haberlo hecho. Se acercaban a tierra a un ritmo alarmante. Lanzó un suspiro de alivio cuando Yak niveló el avión y pasaron rozando las copas de los pinos que había por todos lados. No lograba ver un solo sitio donde pudieran aterrizar con seguridad.

Yak compartía sus pensamientos, pero se negaba a dejarse llevar por el pánico. Se obligó a recordar los numerosos aterrizajes que había realizado en el sudeste de Asia y en Sudamérica. Pero esos habían sido casos diferentes... el aparato estaba en perfectas condiciones. Volvió a comprobar la presión del aceite y se alegró al ver que en esos momentos se sostenía. Era evidente que había una fuga, pero quizá no era tan grave como temía.

Si pudiera aterrizar sin dañar el aparato... llevaba consigo suficientes herramientas para repararlo. Hizo un recuento mental de sus pertenencias... equipo para acampar, una radio y los alimentos que pensaba llevar a Méjico. Podía ser peor. Todo lo que necesitaba era un buen sitio donde aterrizar.

Allí estaba. Detectó un pequeño valle, con algunos matorrales, pero sin los peligrosos pinos que pondrían un rápido fin a un aterrizaje forzoso. El medidor del aceite le indicó que la presión seguía bajando.

Tenía que aterrizar.

—Tendremos que hacerlo aquí.

Su voz profunda resonó como el eco en la pequeña cabina. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Paige se preguntó si ése era el momento en que los

principales acontecimientos de su vida deberían estar pasando por su mente. De ser así, sus pensamientos no la ayudaban. Sólo podía pensar en su padre. ¿Todavía viviría? ¿Qué efectos produciría en él el ver que ella no llegaba a su lado? Si al menos supiera cómo estaba...

Su último pensamiento fue: «Todavía hay tantas cosas que quiero hacer en la vida...»

## Capítulo Dos

Paige gimió.

Agua helada corría por su cara. Se movió y sintió un agudo dolor en la cabeza. « ¿Es esto lo que se siente en una resaca?», se preguntó asombrada, «pero si ni siquiera he bebido alcohol».

Otras sensaciones invadieron su mente. Se movía, pero no por voluntad propia. El constante golpeteo que acompañaba su dolor de cabeza venía de la dura pared que le oprimía el oído derecho. Bandas de acero la tenían aprisionada por los hombros y las rodillas. Trató de levantar la cabeza, pero la oscuridad volvió a envolverla.

Minutos más tarde, o quizás horas, Paige se sintió como si fuera cautiva de montones de indios de unos cuantos centímetros de altura. Varios sujetaban su cabeza mientras sus colegas se turnaban para golpearla con martillos diminutos. ¿Por qué no la dejaban en paz?

Intentó llevarse una mano a la cabeza, sólo para encontrar que la tenía apoyada con firmeza encima de una manta. Al menos no estaba atada. Si pudiese soltar su mano, podría luchar con ellos. Un movimiento de su brazo los espantaría como moscas; pero a pesar de su tamaño, tenían una fuerza increíble.

—Tienes que permanecer quieta, Paige. Pronto estarás bien... traía de descansar.

¿Dónde había oído esa voz antes? Su tonalidad baja y cálida la reconfortaba. Era un tono más grave que el de la voz de su padre. Su padre.

— ¡Papá! —trató de sentarse.

¿Dónde estaba? Él la necesitaba para algo. ¿Qué era?

—Todo está bien, cariño. Todavía podremos llegar junto a tu padre.

La voz tenía un tono de autoridad que la tranquilizó. ¿De quién era?

Un brazo se deslizó por sus hombros y la enderezó. El movimiento hizo que los indios redoblaran sus esfuerzos.

—Por favor, dejadme —murmuró, esperando que la entendieran.

—Lo siento, pero estarás mejor sin tus ropas mojadas.

Trató de explicar que no se refería a la tranquila voz que le murmuraba en el oído. Se dirigía a esos malditos nativos que seguían practicando sus artes de construcción en su indefensa cabeza, pero era un esfuerzo excesivo para ella.

Una toalla húmeda y fresca le fue aplicada en la frente y emitió un gemido de satisfacción. Era una sensación maravillosa. Con movimientos suaves, una mano gentil le limpió la cara y apartó un mechón de pelo de su frente.

—Sufre una ligera conmoción, doctora Winston, pero no parece ser grave. Estoy seguro de que se sentirá mejor mañana.

«Así lo espero», se dijo Yak en silencio. Parecía tan confiado que Paige se dejó llevar por el sueño.

Paige se agitó en sueños. Trató de moverse, pero no lo consiguió. ¿Qué le pasaba? Abrió los ojos y pensó que había perdido la razón, sumergiéndose en un mundo surrealista. Nada tenía sentido. Tenía la cabeza reclinada sobre una firme superficie bronceada que se agitaba con suavidad. Su cuerpo estaba confortablemente reclinado contra algo grande y cálido. Parecía rodeada por una superficie de lona, sin embargo, la oscuridad no le permitía ver bien. ¿Sería de noche o de día?

Trató de levantarse la cabeza y se alegró al descubrir que sus verdugos al fin habían decidido marcharse. Sólo le quedaba un fuerte dolor de cabeza. Su almohada se movió y su mirada se detuvo en un par de ojos negros situados a unos cuantos centímetros de distancia que la miraban con preocupación.

«Qué ojos tan hermosos», se dijo.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó el hombre.

Su voz retumbaba en su pecho y se dio cuenta de que estaba reclinada en su hombro.

—Como si me hubiera bebido un barril de whisky —replicó, preguntándose el motivo de su risa.

Descubrió que estaba entre los brazos de un hombre de extraordinarios ojos negros. «Así que a esto es a lo que mi subconsciente me lleva cuando me descuido. Me mete en la cama con un atractivo espécimen de virilidad masculina desde el momento en que pierdo el control de mí misma. ¡Qué interesante!»

Ignoraba cuánto tiempo permanecería en ese estado, pero decidió disfrutar de él mientras durara. Descubrió que tenía una mano puesta sobre el pecho desnudo del hombre e hizo un movimiento con sus dedos. Todavía

funcionaban. Sintió el calor de su piel.

Otras sensaciones empezaron a hacerse presentes. Estaba en una posición muy confortable a lo largo del cuerpo del hombre, que la tenía envuelta en sus brazos. Tenía una pierna entre las de él en una posición íntima. Una ola de vergüenza la invadió. Nunca sus sueños habían sido tan reales. No sólo advertía el constante latir de su corazón contra la palma de su mano; su respiración parecía una pluma que con movimientos rítmicos acariciaba su frente.

Paige sabía que lo único que necesitaba hacer era darse la vuelta y mirar la hora para despertar, pero no pudo resistir la tentación de disfrutar del sueño unos instantes más.

Observó que casi estaban desnudos, pero no tenía frío; estaban bien protegidos por las mantas. Levantó la cabeza un poco y advirtió que se encontraban en un saco de dormir.

¿Un saco de dormir? ¿De dónde había sacado eso su subconsciente? Nunca había acampado. La vida en el campo le era totalmente desconocida y en lo que a ella concernía, así podía seguir.

Bueno, un sueño era un sueño y era evidente que no podía controlar lo que aparecía en él.

El hombre se movió y sus pensamientos volvieron a él. ¿Había cambiado el ritmo de su respiración? ¿Había incrementado su brazo la presión sobre su cuerpo? Los latidos de su corazón sí se habían acelerado.

Luego se dio cuenta de lo que ocurría y retiró su pierna inmediatamente. «Está bien. Ya es hora de despertar. Sabemos en qué puede convertirse este sueño». Paige trató de sentarse, pero el hombre y las mantas se lo impidieron. Parpadeó tratando de mirar el reloj despertador de su mesa de noche. No pudo siquiera encontrar la mesa de noche. Cuando al fin consiguió sentarse, su cabeza rozó una lona.

Una sensación muy extraña se apoderó de ella.

No estaba dormida. Estaba muy despierta, pero nada tenía sentido.

Paige trató de recordar el motivo por el cual se encontraba allí y el golpeteo que sentía en la cabeza se incrementó. Con una mano se tocó una sien y descubrió un enorme chichón donde nace el pelo. El pánico comenzó a invadirla. Hizo un esfuerzo para recordar su nombre: Paige Winston. ¿Su edad? Treinta años. ¿Ocupación? Pediatra. ¿Domicilio? Calle La Dona, El Paso. Texas.



Muy bien hasta ese momento. «Debes tomártelo con calma. Te has dado un golpe en la cabeza y estás confundida». En su condición de médico trataba de hacerse cargo y de ser objetiva, pero sentía su corazón latir con fuerza en su pecho y tenía la respiración agitada.

«Muy bien. El paso siguiente es averiguar dónde estás». Miró a su alrededor en el confinado espacio cubierto por la lona en busca de alguna clave. Nada le era conocido. Despacio volvió la mirada hacia el hombre que todavía estaba a su lado. Estaba segura de no haberlo visto antes en su vida.

— ¿Te conozco? —preguntó con cortesía y una ligera sonrisa en los labios.

Yak parpadeó sorprendido. Después de haber dormido sólo unas horas, no tenía la mente muy despejada y no estaba preparado para la imprevista pregunta de su pasajera. Se reclinó sobre un codo y sintió el brazo dolorido en el sitio en el que la cabeza de ella había descansado durante largo rato.

— ¿No lo recuerdas?

La pregunta tendría que ser catalogada entre las más estúpidas de todos los tiempos, se dijo Paige disgustada. Si así fuera, ¿lo habría preguntado?

— ¿Nadie te ha dicho que es una falta de educación contestar una pregunta con otra? —gruñó Paige.

Estudió su cara un instante. No conocía al hombre. Estaba segura. De otra forma, tenía que comprender por qué estaban juntos en un saco de dormir debajo de un techo de lona.

Se frotó la cabeza, recordando el dolor constante de la noche anterior. Volvió a preguntarse si aquello era parecido a una resaca. De ser así, se alegraba de haber decidido años antes no probar el alcohol.

Yak la miraba preocupado. La contusión debía ser más seria de lo que había imaginado. Con el índice debajo de su barbilla la obligó con suavidad a mirarle a los ojos. Sí, los tenía dilatados. Por lo menos el derecho, lo cual no le sorprendía considerando el tremendo golpe que había recibido en la frente.

Y ahora, ¿qué? Había hecho todo lo que había podido la noche anterior, después de aterrizar. Había buscado un abrigo temporal para ella debajo de los árboles hasta que había descargado el avión, montado la tienda de campaña y desplegado el saco de dormir. Nunca olvidaría el alivio que había sentido cuando la joven volvió en sí, aun cuando hubiera sido sólo por unos minutos.

— ¿Recuerdas algo de lo que pasó anoche? —Preguntó él, observando

su expresión de sorpresa con preocupación—. ¿Recuerdas que tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso?

¿Un aterrizaje? Paige recordó un reportaje de televisión sobre un jumbo jet que se había estrellado al final de una pista, estallando en llamas. ¿Cuándo lo había visto? —No lo creo —admitió al fin.

¿Tendría sentido incrementar sus temores diciéndole que, aunque habían conseguido aterrizar, el aparato no estaba en condiciones de salir de allí por sus propios medios?

—No importa —se separó de ella todo lo que le permitió su estrecho lecho—. Tengo que buscar leña seca para encender fuego. ¿Estarás bien si te dejo sola unos minutos?

Su expresión de ansiedad la sorprendía. ¿Qué sucedía con su cerebro? Sus pensamientos parecían flotar en un líquido viscoso, negándose a tomar una forma definida o a tener sentido. No comprendía qué hacía allí cuando debería estar en su propia cama, en su hogar y preparándose para ir a la clínica.

Yak no podía evitarlo. La expresión angustiada de la chica que descansaba en el hueco de sus brazos, mientras la manta cubría con modestia la curva de sus senos, dejando su sedosa espalda al descubierto, era demasiado para él. La atrajo hacia sí con la vaga idea de tratar de reconfortarla.

—Todo estará bien, cariño. No te preocupes. No permitiré que te ocurra nada — se inclinó y tocó sus labios con los suyos.

El beso le resultó tranquilizante y ella se relajó en sus brazos, disfrutando la sensación de ser abrazada y reconfortada. Tenía que estar soñando, no había otra explicación. Quizá fuera un sueño dentro de otro, pero nunca había imaginado a un hombre que se pareciera a él. Su beso le quitó el aliento.

Yak se separó un poco de ella, sorprendido de su reacción. Sólo había tratado de consolarla y su cálida respuesta le había confundido. Olvidó quiénes eran y por qué estaban allí y de nuevo se inclinó para besarla. Paige abrió la boca un poco, invitando a la intimidad de forma consciente. Su sabor era cálido, dulce y amoroso. Yak se perdió en su exploración.

« ¿Qué me sucede? », se preguntó Paige. Nunca antes se había sentido tan afectada por un hombre. ¿Quién era él?

Paige se estremeció y se separó un poco para analizar sus rasgos y tratar

de identificarle. Vio el abundante y negro pelo que le caía por la frente, los prominentes pómulos, la tez morena y los magníficos ojos negros que tanto la impresionaban.

Pero, ¿quién era? ¿Y qué hacían juntos en un saco de dormir? ¡Era evidente que no eran desconocidos!

Quizá el golpe que tenía en la frente fuera más fuerte de lo que había imaginado. ¿Estaría desorientada? ¿Estaría sufriendo amnesia?

Paige cerró los ojos y trató de aislarse de lo que la rodeaba. «Relájate. Permanece tranquila. Todo saldrá bien. No te dejes llevar por el pánico. No alteres a tu compañero. Él no tiene por qué saber lo poco que recuerdas. Quizá recuerdes todo dentro de unos minutos».

Los volvió a abrir y se encontró mirando fijamente a los suyos.

— ¿Hemos tenido un accidente de aviación?

—No exactamente. Me vi obligado a aterrizar ayer.

—Oh —siguió estudiándolo. Estaba tan cerca de él que podía ver su reflejo en sus ojos. Al menos sabía algo acerca de él. Era piloto—. ¿Dónde estamos?

—En algún sitio del este de Arizona —replicó inquieto, apartándose de ella.

« ¡Arizona! ¿Qué diablos estamos haciendo en Arizona?» Nada tenía sentido. ¿Qué más de su vida había olvidado?

Paige se frotó la frente. El dolor la hacía sentir como si su cabeza creciera a cada latido de su corazón. Trató de tragar. Sentía la garganta seca.

— ¿Me puedes dar un poco de agua, por favor?

Yak se quedó mirándola. Como médico, debería saber que no se debían dar líquidos a una persona conmocionada. «Pero en este momento no es una doctora», se recordó. «Es una paciente. No puedes esperar que se diagnostique y prescriba tratamiento».

—Me temo que no puedo darte nada de beber —respondió, acariciándole la cabeza.

Con un dedo le apartó el pelo de la frente, haciéndolo caer en grandes ondas sobre sus hombros.

—Creo que estás conmocionada, no debes beber ningún líquido.

«Por supuesto que no», se dijo ella. «He atendido varios casos de niños con conmociones ligeras y severas».

«Tengo que salir de aquí» se ordenó Yak. No sabía en qué tenía la mente cuando la había besado. Si no pareciera tan sorprendida y vulnerable... Una sensación muy extraña le invadió... la necesidad de protegerla. « ¡Si no me cuido a mí mismo, la única protección que necesitará va a ser de mi persona!». Apartó la manta a un lado y cogió sus pantalones. La tienda de campaña era demasiado pequeña como para ponerse de pie en su interior. Como pudo, se metió en el pantalón, abrió la entrada de lona y salió al exterior. Seguía lloviendo.

Maravilloso. Era lo único que les faltaba. La tormenta de la noche anterior parecía ser la precursora de otras muchas. Miró a su alrededor al ponerse de pie. El cielo estaba lleno de nubes y se preguntó cómo podría hacer saber a alguien dónde se encontraban.

Tratando de alejarse de la tormenta, se había desviado de su ruta original. Nadie los buscaría donde se encontraban. No había habido respuesta a sus múltiples intentos de comunicarse por radio. Tendría que buscar ayuda, pero, ¿dónde y cómo?

Vio la lluvia caer con un ritmo monótono a su alrededor. Le costaría encontrar madera seca para encender un fuego. Mientras recogía algunas ramas y cortezas protegidas de la lluvia por los árboles más grandes, Yak trató de organizar sus ideas y encontrar soluciones.

La doctora y él tenían mucha suerte en un aspecto por lo menos. Tenían suficientes alimentos para varias semanas. Volvió la vista hacia la tienda de campaña, instalada junto a un gran barranco que dominaba el valle. Todo parecía indicar que él y su atractiva pasajera tendrían que pasar allí varios días.

No podía ver cómo podría hacerla llegar al lado de su padre inmediatamente. Pensando en ello, se dio cuenta de que Paige no había hecho ninguna referencia a su padre esa mañana. ¿Sería posible que no recordara el motivo por el cual se dirigían a Flagstaff? ¿Recordaría siquiera a dónde se dirigían?

Yak había visto más heridas en la cabeza de las que él quisiera recordar; sabía que tenían consecuencias impredecibles. Paige parecía estar confundida y desorientada y había perdido la memoria. No tenía la menor idea de lo que podía hacer a ese respecto. No sabía nada de ella.

Mirando el valle, Yak se alegró de su posición. Si tenían que estar en alguna parte, al menos era un sitio que les brindaba algunas comodidades.

Por temor a una inundación, había montado la tienda en un monte que dominaba un valle, por cuyo centro corría un arroyo. La tienda de campaña estaba casi oculta entre peñascos y árboles, pero podrían ser vistos si un avión sobrevolaba el área. Hizo un gesto de desesperación al pensar en su aparato. Había sufrido daños considerables.

Vio a Paige de nuevo como la noche anterior. Llevaba el pelo recogido en la parte superior de la cabeza, pero se había soltado para caer sobre sus hombros y espalda. Sus delicados rasgos resaltaban su vulnerabilidad y todavía percibía el temor que había sentido al verla inconsciente. No recordaba haber visto nada más hermoso que cuando abrió los ojos para revelar su color azul marino.

Yak decidió enfrentarse a la situación. Se había sentido fuertemente atraído por ella desde el mismo momento en que la había visto. De otra forma, ¿cómo podía explicar ese alocado impulso de besarla? Parecía tan asombrada... tan hermosa... y había pasado la noche con ella en sus brazos, suplicando que se pusiera bien. Pero tenía que controlar sus emociones. Tenía que cuidar de ella y salir de allí.

Miró al cielo. Había bastantes posibilidades de que no fuesen encontrados pronto; en ese caso, lo mejor que podían hacer era esperar a que Paige se recuperara y luego analizar las alternativas. Quizá tuvieran que cruzar andando las montañas.

Mientras, más le valía tratar de relajarse y disfrutar todo lo posible de su forzada situación. No se encontraban en verdadero peligro siempre y cuando Paige siguiera dando muestras de recuperación.

Al fin consiguió encender el fuego y Yak se relajó un poco. Tendría que procurar que no se apagara después de lo que le había costado encenderlo. Se enderezó y se dirigió hacia la caja de provisiones. Al menos, podía hacer café.

Yak oyó un ruido a sus espaldas y se volvió para ver a Paige salir insegura de la tienda. Llevaba puesto el traje sastre y los tacones altos del día anterior. Contempló azorada los alrededores. Yak la vio tambalearse y corrió hacia ella.

—Paige, cariño, no deberías haber salido —la condujo de nuevo hacia el interior—. Necesitas permanecer acostada y darle tiempo a tu cabeza a que se recupere —ella volvió a sentarse con docilidad sobre el saco de dormir—. Lo último que necesitamos es que cojas un resfriado —Yak se arrodilló y

rápidamente desabrochó su camisa—. Tus ropas todavía están húmedas —le explicó mientras bajaba la cremallera de su falda y la deslizaba por sus piernas.

Luego le quitó los zapatos, dejándola sólo con la ropa interior. Sabía que estaría más cómoda sin nada que oprimiera su pecho, pero no quiso alterarla quitándole otra prenda. Volvió a acomodarla en el saco de dormir.

—Permanece en cama todo el día, ¿quieres? —Paige asintió como una niña confiada.

Él cogió la tela que había utilizado la noche anterior, la humedeció con agua de su cantimplora y la puso con suavidad sobre su frente.

— ¿Cómo te llamas? —los ojos azules de Paige seguían mirándole y Yak sintió que su corazón daba un vuelco.

Seguía sin recordarle, lo cual no era una buena señal. No parecía estar alterada, sólo confundida. Lo más importante era que no se alterase. Quizá fuera preferible que no recordara muchas cosas en ese momento.

—Mi nombre es Yak —le indicó acariciándole una mejilla.

— ¿Yak?

—Así es.

—Así que eres un halcón. Me he preguntado dónde vive un halcón. Ahora ya lo sé —su voz tenía tonalidades infantiles nada parecidas a su acostumbrada voz sensual—. Vive en lo alto de las montañas, en una planicie lluviosa, alejado de todos los problemas del mundo —cerró los ojos—. Me alegro de ser un halcón también.

Él permaneció a su lado la mayor parte del día, saliendo sólo durante breves lapsos... para intentar establecer comunicación por la radio del avión o para prepararse algo de comer. Se aseguró de que ella no durmiera durante períodos demasiado largos y estuvo alerta a cualquier sonido que le indicara que alguien los estaba buscando.

Las horas transcurrieron lentamente. Al caer la tarde, dejó de llover y rogó porque, al despejarse el cielo, les llegara ayuda, pero para el anochecer no había ninguna señal de rescate.



## Capítulo Tres

Paige soñaba que volaba por los aires, subiendo y bajando por valles y montañas y sobre bulliciosos torrentes de agua. Algunas veces estaba sola, en otras la acompañaba un hermoso halcón de luminosos ojos negros.

Tenía calor. Trató de quitarse las mantas, pero algo se lo impedía. Trató de sentarse y tampoco pudo hacerlo. Abrió los ojos muy a su pesar, pero estaba demasiado oscuro para distinguir nada.

« ¿Dónde estoy?», se preguntó confundida. Por su mente pasaron imágenes de un hombre, una fogata, gotas de agua que caían de los árboles y una tienda de campaña.

Eso era. Se encontraba en una tienda de campaña. Intentó moverse de nuevo y se dio cuenta de que la superficie firme que estaba a su espalda tenía calor y respiraba. Estaba acostada con un hombre. No conocía a ningún hombre con quien mantuviera relaciones tan íntimas, así que, ¿qué hacía allí?

La cabeza le dolía, pero no recordaba por qué. Se pasó una mano por la frente y sintió un gran chichón. Era cierto. Se había dado un golpe en la cabeza, pero, ¿cómo y cuándo?

Un brazo fuerte y musculoso descansaba en su cintura, manteniéndola cerca del hombre con quien compartía la cama.

«Estoy en un saco de dormir... ahora lo recuerdo. Estoy acampando con este hombre. ¿Cómo me dijo que se llama?». No podía recordarlo. Concentrándose para recordarlo, volvió a quedarse dormida.

La luz del sol se filtraba por la entrada de la tienda de campaña cuando Paige volvió a abrir los ojos. Estaba sola. Reclinándose sobre un codo, dirigió la mirada hacia afuera y vio brillar el sol. También vio a un hombre junto a una fogata y percibió el aroma de café recién hecho. Le pareció maravilloso.

Al sentarse, se dio cuenta con alivio de que el terrible dolor de cabeza del día anterior había desaparecido.

¿Quién era el hombre que cuidaba de ella? Recordaba haberle visto ir a la tienda de campaña, acariciarle la melena, ponerle una tela húmeda en la frente y hablarle con cariño, pero todo le parecía un sueño.

Sin embargo, ahora tenía que enfrentarse al hecho de que no estaba soñando. Por algún motivo estaba a solas con un hombre que podría jurar que nunca había visto antes. No sólo estaban acampados juntos, sino que también dormían juntos. ¿Por qué? Sólo podía encontrar una respuesta... que tenía

que estar casada con él.

Paige trató de concentrarse, de recordar algo relativo a un matrimonio. Lo único que consiguió fue que la cabeza le volviera a doler por el esfuerzo. Si se sintiese mejor podría aclarar la confusión de su mente.

Él había mencionado un aeroplano. Se frotó la frente distraída. No recordaba nada acerca de un avión. ¿Sería posible que estuviera casada? Recordaba la forma en que habían pasado juntos las dos últimas noches. No había otra explicación. Quizá si le explicara su falta de memoria, él estuviera dispuesto a aclararle la situación.

Paige se estiró con satisfacción ahora que ya tenía un plan de acción definido. Con toda seguridad, su pérdida de memoria era temporal. Volvió a mirar al hombre que estaba junto al fuego. «Ayudaría mucho si pudiese recordar su nombre».

El calor la ahogaba y salió del saco de dormir, buscaba sus ropas. Lo único que encontró fue una mochila en un rincón. Al abrirla la vio llena de ropa de hombre. Encogiéndose de hombros por todo lo inexplicable de los detalles del viaje, hurgó hasta encontrar una camisa de i muiros. Le estaba demasiado grande, pero era mejor que nada. Se enrolló una manga hasta que logró sacar una mano, repitió el proceso con la otra e, insegura, salió de la tienda de campaña.

— ¿Dónde está mi ropa?

Yak se volvió al oír su voz. Tenía la boca abierta. Paige estaba delante de él con una de sus camisas puesta. La camisa le llegaba hasta las rodillas, pero permitía ver una porción generosa de sus piernas por los costados. Contuvo el aliento. Sus largas y bien torneadas piernas serían la envidia de una corista de Las Vegas. Bajó la mirada hasta sus tobillos y pies descalzos, antes de obligarse a mirarla a los ojos. En realidad no necesitaba nada que le hiciera recordar a quién había tenido en sus brazos ya dos noches.

Parecía estar mejor y necesitaba decirle algo... cualquier cosa... para hacerla saber que se alegraba de ello. No obstante, su lengua parecía haber desaparecido. Se dirigió hacia donde tenía las provisiones resguardadas por una lona y al abrigo de un frondoso árbol. Cogió su pequeña maleta y se acercó a ella.

—Aquí tienes —le indicó en voz baja.

Paige se sentía cohibida. Sin decir palabra, cogió la maleta y volvió a meterse en la tienda de campaña.

De rodillas, abrió la maleta y contempló su contenido con desaliento. Un par de mudas de ropa interior, un pantalón y unas cuantas faldas y camisas. Encima de todo, había un par de zapatos bajos. Además de una pequeña bolsa de cosméticos, era todo lo que llevaba.

Paige salió de nuevo para preguntar dónde estaba el resto de su ropa y recordó que no sabía el nombre de su esposo. La situación era ridícula y empeoraba por segundos.

— ¿Dónde está el resto de mis cosas? —preguntó cuándo él se volvió y dirigió hacia ella.

—Sólo has traído esa maleta, Paige —respondió preocupado.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, decidida a no dejarse alterar. Volviéndose hacia la fogata comentó:

—El café huele muy bien. No sé si será por estar en el campo, pero tengo un hambre atroz.

Yak la cogió del mentón y la miró a los ojos. Estaban mucho más despejados esa mañana. No le perjudicaría comer algo.

—Te serviré una taza de café mientras te vistes. No tardaré mucho en preparar el desayuno.

Cuando ella volvió a salir de la tienda de campaña, Yak la recibió con una amplia sonrisa. El pantalón azul marino y la camisa rosa de manga larga eran mucho más apropiados en esas circunstancias que su traje sastre, y los zapatos de tacón bajo eran más seguros que los otros. Paige le sonrió titubeante y Yak se dirigió hacia ella tendiéndole una mano. Se acomodó su largo pelo en la espalda y aceptó la ayuda que se le ofrecía. Juntos volvieron hacia la fogata.

Yak estaba contento de que hubiera dejado de llover, aunque todo estaba empapado todavía. Dejó caer una lona sobre una piedra grande e indicó a Paige que se sentara con un movimiento de manos.

Paige estaba más débil de lo que imaginaba. Los pocos pasos que había dado la habían agotado. Quizá fuera mejor tomarse las cosas con calma... dormir una siesta después de desayunar. Yak sirvió un poco de café. Trataba de encontrar la forma de averiguar cómo se sentía ella y cuánto era lo que podía recordar.

Paige dio un sorbo a su café. Levantó la vista y vio que Yak la observaba. Era inútil. No podía recordar nada acerca de él y era preferible hacérselo saber antes de que algo ocurriera entre ellos.

—Más vale que admita que tengo un problema —le miró—. Me temo que el golpe que me di en la cabeza me ha hecho perder la memoria —se sintió alentada al ver su comprensión—. No sólo no recuerdo tu nombre, sino que tampoco recuerdo nada de nuestro matrimonio.

¡Matrimonio! Campanas de alarma empezaron a sonar en el cerebro de Yak.

Ella afirmó con la cabeza, decidida a abrirse completamente a él.

—Ni siquiera sé qué he hecho con la alianza —confesó, enseñándole la mano desnuda.

Yak la miró atónito. ¿De dónde diablos había sacado la idea de que estaban casados? Luego recordó que había compartido con ella el saco de dormir las dos últimas noches. En esos momentos le había parecido que era lo más razonable. La primera noche ella estaba en ese lado de *shock* y necesitaba calor. El calor de su cuerpo era lo único que tenía a su alcance, la había desnudado y se había metido con ella en él.

« ¿Por qué no le explicas que no estáis casados, pero que hasta que seáis rescatados tendréis que compartir el saco? »

—Yak —consiguió decir al fin—, mi nombre es Yak.

— ¿Yak? ¿Es tu apellido, tu primer nombre, o un apodo?

Su pregunta le sorprendió. Pocos eran los que se lo preguntaban, pero la verdad era que a pocos importaba. Si ella creía que estaban casados, su pregunta era comprensible.

—Mi madre me puso de nombre Black Yak, pero más tarde adopté el apellido de mi padre. En mis documentos legales figuro como Yak Cameron, pero rara vez utilizo el apellido.

Paige guardó silencio unos instantes, tratando de asimilar la información que acababa de recibir.

—Black Yak es un nombre extraño.

—Supongo que lo será para la mayoría —aceptó él encogiéndose de hombros—, pero no para mi madre, que fue una apache picarilla. Para ella era un nombre hermoso y muy honorable.

— ¿Y qué opinó tu padre del nombre que se te dio?

—Nunca lo supo. Según mi madre, mi padre nunca permaneció mucho en un mismo sitio. Desapareció varias semanas antes de que yo naciera — Yak hablaba de los hechos relativos a su nacimiento sin ninguna emoción

aparente.

Paige permanecía inmóvil tratando de formarse una imagen de la madre de Yak, pero sin conseguirlo. «Yak», se dijo. «La señora de Yak Cameron. Paige Cameron. Paige Winston Cameron».

¿Por qué no le era familiar? De hecho, ¿por qué él no le era nada familiar? Empezó a sentir de nuevo la presión en su cabeza y volvió a su mente la imagen de los pequeños indios que trataban de taladrar su cabeza.

— ¡Otra vez no! —murmuró ausente.

— ¿Qué sucede?

—Mi cabeza —musitó—. Es como si cientos de martillos la golpearan por todas partes.

— ¿Por qué no vas a recostarte de nuevo? Te prepararé algo ligero de comer. Aún no estás bien del todo.

—Sí. Estoy segura de que me sentiré mejor si descanso un poco.

Yak la acompañó hasta la tienda y la ayudó a quitarse la camisa y el pantalón. Cuando le acarició la cabeza con infinita ternura, Paige experimentó una inexplicable sensación de intranquilidad.

—Estamos casados, ¿verdad?

Yak observó sus ojos preocupados. «Necesita descansar y no tiene por qué preocuparse de nada más». Era lo más importante en ese momento... Le dio un beso en la frente para luego enderezarse y arroparla. Tomando una decisión rápida le dijo: —Sí, Paige, estamos casados. Ahora trata de descansar.

Paige le sonrió y cerró los ojos. Yak salió de la tienda de campaña. «Muy bien, chico listo; crees tener respuesta para todo. ¿Qué vas a hacer ahora?»

Horas más tarde seguía sin haber encontrado una solución. Cuando volvió a asomarse a la tienda para ver cómo estaba Paige, descubrió que ella observaba cada uno de sus restringidos movimientos.

—No tenemos mucho espacio, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—No —aceptó—. Cuando la compré, nunca pensé que llegaría a compartirla con nadie.

— ¿Hace mucho que la tienes?

—Ya no recuerdo siquiera cuándo la compré.

—Debe gustarte mucho la vida del campo.

—En efecto.

—Yo no recuerdo haber salido nunca al campo —comentó ella con un tono inseguro—. Pero ya te habrás dado cuenta de ello —se movió inquieta y Yak le cogió una mano.

— ¿Tienes hambre?

Paige no podía acostumbrarse a su respuesta a él. Su piel vibraba en cada sitio que la tocaba. Sus miradas cálidas parecían atraerla, o acercarla a él y ella sentía la extraña urgencia de arrojarle en sus brazos.

—Un poco —admitió con una ligera sonrisa.

—Te traeré algo —le prometió—. Relájate y volveré al instante.

Yak salió de la pequeña tienda de campaña.

« ¿Qué me está pasando?», se preguntó asombrado. Sus ojos le atormentaban. Expresaban claramente su dolor y asombro... y lo que él la preocupaba.

Tan pronto como recuperara energías le diría la verdad. Si no eran rescatados en los próximos días, tendrían que hacer planes para cruzar a pie las montañas. Podría soportar las noticias acerca de su padre cuando se fortaleciera.

Mientras, no veía ningún problema en fomentar la idea de que estaban de vacaciones. Si pensar que estaban casados la ayudaba, él seguiría el juego. Sólo él debía recordar cuál era la verdadera situación.

Por algún motivo extraño, Yak consideraba importante que Paige se formara una buena idea de él. Estaba seguro de que comprendería la razón de su engaño cuando recordara el verdadero motivo del vuelo.

Paige estaba dormida cuando Yak volvió a la tienda con algo de comer para ella. Decidió esperar a que despertase y se recostó a su lado, aprovechando la oportunidad que se le presentaba para poder observarla con atención.

No comprendía por qué se habían despertado en él esos instintos el protegerla. No se parecía a nadie que hubiese conocido antes. Su clara y melodiosa voz parecía invadirle por completo; en varias ocasiones se había descubierto a sí mismo absorbiendo su sonido como la tierra seca recibe la fuente de vida de la lluvia.

Era irónico que ella pensara que estaban casados. No podía haber dos personas más distintas. Era evidente que tenía una educación excelente y que tenía éxito en el ejercicio de su profesión. Él, por su parte, se había abierto



paso en la vida a base de golpes.

Gracias a su naturaleza inquisitiva, había adquirido muchos conocimientos en sus múltiples viajes y había dedicado mucho tiempo a la lectura de los temas que más le interesaban. No obstante, era consciente de que distaba mucho de ser el hombre educado al que Paige estaría acostumbrada.

— ¿Por qué frunces el ceño? —la voz de Paige lo sacó de sus pensamientos.

—Sólo estaba pensando.

—Pensamientos no muy agradables —le indicó con una sonrisa.

—Algo así. Me temo que tu comida se ha enfriado, pero he pensado que necesitabas descansar.

—Creo que lo único que hago es dormir. No soy una buena acompañante —replicó ella volviéndose hacia él.

—No me quejo —controló el impulso de inclinarse hacia ella y besarla —. Te traeré algo caliente.

Cuando Yak volvió, Paige estaba sentada, pasándose un cepillo por el pelo enredado. Le dio un plato con comida y dejó a su lado una taza de café caliente. Volvió a salir y volvió con otro plato y más café.

Comieron en amigable silencio. Yak se alegró al ver que Paige tenía buen apetito. Incluso su color estaba mejorando. Esperaba que lo peor hubiera pasado.

— ¿Yak?

— ¿Sí?

— ¿Podrías ayudarme a llenar algunas de mis lagunas mentales?

Yak se puso tenso.

—No hay ninguna prisa, lo sabes.

—Supongo que tienes razón —suspiró—. Es que me siento como una estúpida.

—Me parece una reacción muy normal. Supongo que cualquiera se sentiría así —cogió los platos vacíos y los dejó en el suelo, junto a la entrada —. ¿Por qué no descansas otro poco? Estoy seguro de que todo volverá a la normalidad a su debido tiempo.

—Gracias por cuidar de mí, Yak.

—Es un placer —le indicó sonriente, lo cual hizo que el pulso de Paige

se alterara.

Salió de la tienda de campaña y desde la entrada señaló:

—Trata de ver la situación como unas merecidas vacaciones. Relájate y disfrútalas —se alejó.

Por supuesto que estaba en lo cierto. No había nada que hacer. O su memoria volvía por sí sola, o nunca lo haría.

Paige no dejaba de preguntarse cuánto tiempo llevaban casados. Le encontraba muy atractivo y por cierta expresión que había notado en él, estaba segura de que él pensaba igual.

Sonrió al volver a arrellanarse en el saco de dormir.

«No es una reacción desacostumbrada en una pareja de recién casados. Debo admitir que he tenido muy buen gusto al elegir marido».

## Capítulo Cuatro

Disgustado, Yak salió del avión unas horas más tarde. Nada. No había conseguido absolutamente nada de la radio. Incluso había probado su receptor portátil de AM-FM sin resultados.

Saltó del ala del aparato y contempló las montañas que le rodeaban. No era sorprendente que no recibiera nada. Al dirigirse a la parte delantera del aeroplano, no pudo evitar una mueca de desaliento. El aparato se había golpeado y la rueda izquierda se había desprendido. Finalmente había quedado clavado en el suelo con la hélice y el ala izquierda destrozadas. Quizá en ese momento Paige se había dado el golpe en la cabeza.

Al menos la línea de combustible no había sufrido daños, de otro modo hubieran corrido el peligro de enfrentarse a un incendio. Se preguntaba qué habría provocado la pérdida de presión del aceite.

Habían tenido suerte en muchos aspectos. El equipo de campamento no había sido dañado y ello hacía su estancia obligada en el lugar más confortable. Dadas las circunstancias, Paige estaba en condiciones bastante agradables.

Paige. Sus pensamientos volvían una y otra vez a ella. Fue a verla varias veces desde la comida. Siempre la encontraba dormida con una ligera sonrisa en los labios.

¿Por qué tenía que ser tan hermosa, por no decir adorable? Había descubierto que no era la típica y tonta chica atractiva. De hecho, no parecía dar importancia a su aspecto. ¿Dónde había pasado todos esos años para no darse cuenta del impacto que causaba en un hombre?

Aborrecía tener que ser él quien le diera la noticia de que su padre estaba enfermo de gravedad... y que en esos momentos no tenía medios para hacerla llegar a su lado. Sólo le quedaba esperar que fuese ella misma quien recuperase la memoria.

Emprendió el camino de vuelta al campamento. Podía oír cada vez mejor el ruido del arroyo cercano conforme se acercaba a él. Sabía que todos los arroyos de montaña fluían hasta cauces más grandes que tarde o temprano se convertían en ríos. De seguirlo, el torrente los llevaría hasta algún lugar habitado. Las personas significaban comunicación telefónica y, por supuesto, su rescate, pero no sabía cuánto tardarían en conseguirlo. No se atrevía a emprender la aventura antes de que Paige no se recuperase.

Ya era hora de ir a verla, de preparar la cena y de decidir qué decirle en cuanto a las comodidades de que disponían para dormir. Inmediatamente percibió la reacción de su organismo ante la idea. Deseaba no considerarla tan atractiva. Ahora que estaba mejor, no tenía ninguna excusa para seguir compartiendo con ella el saco de dormir.

Su única alternativa era actuar como un caballero y utilizar las mantas adicionales que había decidido llevar en el último minuto. En esas altitudes, las noches nunca eran calurosas.

Tenía que reconocerlo... su madre nunca le había enseñado a ser un caballero.

— ¿Yak?

Levantó la mirada y la vio junto al fuego, que se estaba apagando. Estaba adorable de pie, envuelta en su camisa de cuadros. Se había cepillado el pelo dejándolo caer en suaves ondas sobre sus hombros y espalda.

Parecía muy joven y vulnerable, lo cual no dejó de afectarle. Quería tenerla en sus brazos y protegerla de cualquier daño. También tenía que resistir el impulso tremendo de hacerle el amor. Yak comprendía esto último, pero no el deseo de protegerla.

Se dio tiempo para llegar hasta ella, tratando de controlar sus emociones.

— ¿Cómo te sientes? —preguntó, acariciándole una mejilla.

—Mucho mejor, gracias —le costaba trabajo mirarle a los ojos—. Yak, ¿sabes dónde están mis horquillas del pelo? No puedo encontrarlas.

—Quién sabe —respondió sonriendo—. Pero, en realidad, no las necesitas.

—Por supuesto que sí. No puedo andar siempre con el pelo en la cara —le indicó con desaliento.

—Puedes hacerte una trenza.

—Supongo que sí. ¿Por qué no lo he pensado antes?

—Yo te la haré —respondió él, cogiendo su pelo con las dos manos.

Ella aceptó con un movimiento de cabeza y permaneció quieta mientras él trenzaba su brillante melena.

—Tu pelo es muy hermoso —le indicó y se apartó de ella.

Paige se volvió para darle las gracias, pero sus palabras se congelaron en sus labios al observar sus ojos. Brillaban con un calor intenso. Vio que sus labios descendían sobre los suyos.

Le sorprendió que fueran tan suaves al tocarla titubeantes, y Paige sintió que una corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Sus brazos la envolvieron como si tuviesen voluntad propia. Sintió que algo despertaba en su interior, una serie de suaves sensaciones que no recordaba haber experimentado jamás.

El beso de Yak se hizo más profundo y su intensidad la obligó a relajarse en sus brazos. Sin una decisión consciente, Paige descubrió que deseaba sentir sus labios en los suyos, su cuerpo fuerte y musculoso contra el suyo. Pasó los brazos alrededor de su cuello y se acercó más a él. Quizá no recordara nada de él, pero su cuerpo reaccionaba recibéndole con calor y ansiedad.

Los labios de Yak exploraron su cara con movimientos suaves y gentiles. Parecían estar memorizando cada centímetro de ella... sus ojos, la curva de sus mejillas, la sensible extensión de su cuello. Cuando Paige pensaba que sus rodillas ya no la sostendrían, él volvió a acercar sus labios a su boca.

Al besarla, Yak aflojó la presión que sobre ella ejercía para acariciar su columna vertebral con las manos y luego incrementó su presión hasta hacerla sentirse parte de él.

Paige fue consciente de la reacción del cuerpo de Yak y supo lo que esperaba de ella, lo que tenía derecho a esperar. Su corazón dejó de latir en su pecho.

« ¡No! ¡Todavía no! Todavía no le conozco. Al menos, no le recuerdo. Es demasiado pronto. Todavía no estoy preparada».

Volvió la cabeza a un lado y ocultó la cara en su cálido cuello.

—Yak, por favor. Tenemos que hablar.

El sonido de su voz le hizo volver a la realidad. Asombrado por su reacción, dejó caer los brazos y se separó.

—Lo siento —murmuró.

—No es culpa tuya, Yak. Es mía —exclamó ella mirándole—. Siento que nuestro viaje haya resultado así —le miraba con expresión confundida—. Debe ser un golpe muy rudo para ti haber planeado unas vacaciones sólo para descubrir que de pronto tu esposa ya no te conoce —trató de bromear.

—No...

—Estoy segura de que es temporal, pero verás, todavía siento cierta timidez contigo. Todavía no estoy preparada para...

—No tienes que darme explicaciones, Paige. Siento haberme dejado llevar por mis emociones. No tienes nada de qué sentirte culpable —sus ojos brillaban con intensidad y ella no consiguió resistir el impulso de colocar una de sus manos sobre su mejilla.

—Quisiera que actuáramos como si acabáramos de conocernos y que empezáramos nuestras relaciones desde el principio.

Yak contuvo el aliento. Parecía tan vulnerable... En realidad su sugerencia tenía mucho mérito. Tenían que hacer algo mientras esperaban y él debía tener presente que no podía tocarla.

Yak retrocedió aún más y sonrió.

—Me parece buena idea. ¿Por qué no preparamos algo de cenar antes de que oscurezca? Luego hablaremos de nosotros, de nuestras vidas —incierto, hizo una pausa—. ¿O no recuerdas nada de tu pasado?

—Es extraño. Puedo recordar quién soy y a qué me dedico, pero no quién eres tú y qué hacemos aquí los dos.

Yak buscó entre las provisiones y encontró un paquete que podría cocinar en un cazo sobre el fuego. Paige se sentó en una roca cercana y se dedicó a mirarle. Reconocía que tenía que aprender a sobrevivir en el campo. Al ver que él guardaba silencio, comentó:

—He conseguido determinar que estamos acampados pero no entiendo el motivo. ¿Lo he soñado, o dijiste algo acerca de un avión?

—Volábamos en un avión y tuve que hacer un aterrizaje forzoso durante una tormenta —dirigió la vista hacia el valle—. No podemos verlo desde aquí, pero te llevaré mañana si ya te sientes mejor. Quizá te ayude a recordar.

— ¿A dónde nos dirigíamos?

«Maldición. Temía que hiciera esa pregunta». El silencio entre ellos se prolongó y, al fin, Yak levantó la vista hacia ella.

—Bueno, habíamos pensado salir de acampada, pero no aquí precisamente.

—Lo comprendo —respondió ella riendo—. De modo que pilotabas el avión. ¿Es esa una afición tuya?

—No. Es mi forma de ganarme la vida.

—Oh —en un murmullo, Paige continuó—: Sabes, me es difícil pensar en ti como mi esposo.

Avergonzada por su afirmación, dirigió la mirada hacia el fuego. Al fin

se obligó a levantarla de nuevo.

— ¿Llevamos casados mucho tiempo?

Yak negó con la cabeza, pero mantuvo la vista fija en lo que estaba cocinando. —Lo suponía. Si no, no creo que hubiera podido olvidarte con tanta facilidad.

Estudió al hombre. Su apariencia era ruda, pero parecía tener una gran agilidad, mientras preparaba los alimentos con gran economía de movimientos. Movi6 la cabeza con determinaci6n.

—Habr6 tenido que tragarme muchas de mis palabras. Siempre me promet6 que nunca me casar6a.

Su manifestaci6n hizo que Yak levantara la vista y la fijara en ella. Ella observ6 su expresi6n de sorpresa y se sonroj6. Sintió un calor que se extendía desde el cuello por su rostro. Era un comentario un tanto absurdo para hacerlo delante de su esposo. Supo que ten6a que darle una explicaci6n.

—Ver6s. Me di cuenta de que mi madre no hab6a sido muy feliz al casarse con un m6dico. Pocas veces mi padre ten6a la oportunidad de llevarla a alg6n lado. Ni siquiera contaba con 6l a la hora de las comidas. Mam6 se vio obligada a tener una vida propia, independiente de la de mi padre. Se amaban, nunca me cupo la menor duda de ello, pero la vida de un m6dico no es la m6s ideal para compartirla con alguien —hizo una pausa y le mir6—. Supongo que ya te habr6 hablado de ello, ¿verdad?

Parec6a una ni6a con la trenza cay6ndole sobre un hombro. Yak se levant6 despacio y se dirigi6 hacia ella. Con la mirada fija en sus ojos, se inclin6 y le dio un beso en la punta de la nariz.

—No, nunca llegamos a discutir la raz6n por la que segu6as soltera cuando nos conocimos.

A Paige le costaba trabajo respirar, cosa que ocurr6a cada vez que Yak se acercaba a ella.

—Entonces fue muy injusto por mi parte no mencionarte el tema.

Analizando al hombre que ten6a delante, intuy6 por qu6 nunca se lo hab6a mencionado. Quiz6a no lo hubiera hecho para no desalentarle. Hab6a algo elemental en 6l que le hablaba de forma directa. En algunos aspectos se sent6a como si le conociera desde siempre y formara parte de su vida.

Se dio cuenta de que deseaba que la besara de nuevo. Reconoci6 que anhelaba volver a sentir sus brazos alrededor de ella y su fuerte cuerpo junto al suyo. Todos sus sentidos le indicaban que deber6a amar mucho a ese

hombre, ya que se había casado con él. Entonces, ¿por qué luchar contra su reacción hacia él?

Yak levantó las manos hasta su cintura. Su boca estaba a sólo unos centímetros de la suya.

— ¿Quieres cenar ya? —preguntó él en voz baja.

Su evidente disgusto por palabras tan prosaicas habrían provocado la risa de Yak de haber estado en el estado de ánimo indicado, había advertido cuál era su reacción hacia él y eso no le ayudaba en nada... sólo hacía que el control sobre sí mismo fuese más difícil de mantener. Uno de los dos necesitaba mantenerse ecuánime y ella ya hacía bastante tratando de recuperarse del accidente. Yak no podría hacerla responsable del malentendido que había en su relación. Sólo tenía que mantener la situación dentro de límites tolerables.

Mientras cenaban vieron cómo la luz del sol desaparecía lentamente.

La noche caía. Yak se perdió en sus pensamientos sobre lo que el mañana les depararía. Los aviones de rescate debían haberlos localizado ese día. Dado que no había oído ni visto nada, tenía que aceptar el hecho de que existía una gran posibilidad de que tuvieran que salir de allí por sus propios medios.

— ¿Tienes El Paso como base de tus operaciones? —la pregunta de Paige sacó a Yak de sus cavilaciones.

—Así es.

— ¿Cuánto tiempo hace que vives allí?

—Poco más de un año.

—Dijiste que eres piloto. ¿Tienes tu propia empresa?

—No. Tengo un amigo que tiene una empresa de vuelos contratados y le he ayudado a ponerla en marcha.

—Parece un trabajo interesante.

—Me gusta.

—Supongo que no tenemos mucho tiempo para estar juntos, dado que los dos trabajamos —Paige contempló el hermoso paisaje que los rodeaba—. ¿Ese es el motivo por el cual hemos salido de campamento?

Yak no quería seguir mintiéndole. Paige aceptaba su estado de pérdida de memoria cada vez con mayor facilidad. Entendía la necesidad que sentía de obtener respuestas, pero se negaba a seguir con la farsa más allá de lo



necesario.

—Paige, sé que estás preocupada por tu falta de memoria, pero no te presiones. La mayoría de tus preguntas encontrarán respuesta cuando te sientas mejor —se puso de pie—. ¿Por qué no tratas de dormir? —recogió los platos y empezó a fregarlos.

Paige sabía que tenía razón. Todavía se sentía débil y el menor esfuerzo la dejaba agotada. Estaba sorprendida por lo mucho que deseaba saber de ese hombre. Había olvidado los principios que había mantenido durante toda su vida para casarse con él. Tenía que ser una persona muy especial.

—Gracias, Yak.

— ¿Por qué? —preguntó desviando su atención del fuego que estaba avivando para la noche.

—Por cuidar de mí. Por tener tanta paciencia. Sé que todo esto es muy duro para ti.

—Eres una persona muy fácil de cuidar, Paige —replicó poniéndose de pie.

Ella sintió un irresistible impulso de arrojarse en sus brazos, de pegarse a él, acción no muy recomendable si estaba decidida a guardar cierta distancia entre ellos.

—Estoy segura de que mañana ya me sentiré mejor.

—Estoy de acuerdo contigo. Todo lo que necesitas es descansar —Yak dirigió la vista hacia el valle—. Creo que intentaré comunicarme por radio de nuevo. Quizá tenga mejor suerte esta vez —dio unos pasos para alejarse y se detuvo, su cara daba muestras de tensión—. No te despertaré, Paige. Cogeré una manta y dormiré aquí, junto al fuego.

— ¿Por qué no quieres dormir conmigo? —Paige trató de ver la expresión de sus ojos, pero la luz de la fogata no era suficiente para ello.

—Necesitas descansar y...

—He dormido muy bien contigo a mi lado las dos últimas noches ¿por qué tiene que ser esta noche diferente?

—Bueno, pues, no me conoces y...

—No te recuerdo, Yak, eso es muy diferente. Has dicho con toda claridad que no quieres presionarme. Créeme, te lo agradezco mucho pero no hay motivo de que pases frío cuando podemos seguir compartiendo el saco de dormir, ¿o lo existe?

«Buena pregunta. ¿Lo existe? ¿Puedes seguir luchando contra la atracción y la reacción que en ti provoca?». Yak se pasó la mano por la cabellera. «¿Qué puedo decirle?»

—Si alguien tiene que dormir en una manta, lo haré yo —le indicó ella—. No veo ningún motivo por el cual tú tengas que estar incómodo sólo porque no puedo coordinar mis ideas.

Estaban frente a frente; dos personas de voluntades férreas a las que las circunstancias habían puesto en una bizarra situación.

—Está bien, Paige —suspiró Yak—. Seguiremos compartiendo el saco de dormir, si eso es lo que tú deseas.

—Sí, lo deseo —Paige sintió una extraña efervescencia en su interior que trató de disimular con un movimiento afirmativo de cabeza.

Le vio alejarse.

Paige se estremeció al sentirse sola. Rápidamente volvió a la tienda de campaña, alegrándose de que la luz de la fogata le iluminara el camino. Sus pensamientos volvían una y otra vez al hombre que acababa de irse.

«Le amo», se dijo, «Debo amarle, o no estaría casada con él». Se sentó y se quitó los zapatos. Era una persona fácil de amar. Pensó en sus modales, en sus conocimientos del cuerpo, en lo considerado que era con ella, en su magnífica constitución física, en su voz que la hacía sentirse como si la acariciara con una pluma por todo el cuerpo cada vez que le hablaba. Pero principalmente pensó en la forma en que la hacía sentirse cada vez que la abrazaba. Estaba satisfecha con la elección de su pareja. ¡Si sólo pudiera recordar cuándo y cómo le había conocido!

Cuando se metió en el saco de dormir, Paige deseó que al despertarse, al día siguiente, pudiera recordar todo lo que había entre ellos.

Yak tenía la misma esperanza. Anduvo hacia el avión, se arrodilló junto al arroyo y metió la mano en el agua helada. Trató de no pensar en la noche que le esperaba.

Estaba sorprendido de sí mismo. Paige despertaba en él demasiadas emociones que le eran desconocidas y no sabía cómo hacerles frente. De otro modo, ¿cómo podría explicar su caballeroso comportamiento? Lo que más le sorprendía era la sinceridad de su ofrecimiento. Él quería que ella le aceptara. ¿Por qué?

La tienda estaba en silencio cuando Yak se metió en ella. Hasta ese momento su equipo de campamento había sido el más indicado para sus

necesidades, pero en ese instante deseaba contar con otro saco de dormir y una tienda de campaña más grande.

Iluminó el área con su linterna, teniendo cuidado de no enfocar la luz directamente a la cara de Paige. Estaba dormida. Necesitaba descansar, igual que él. Suspiró pensando en que tenía que dormir junto a ella. Las noches anteriores habían sido difíciles, pero esa sería imposible.

Observó que había revuelto sus cosas. No le importaba, pero no dejaba de preguntarse qué buscaba. ¿Estaría tratando de averiguar más acerca de él?

Se sentó y se quitó las botas, el pantalón y la camisa. Con cuidado abrió el saco de dormir y sonrió. Paige se había puesto una de sus camisetas. Se preguntó si ella sabría lo atractiva que estaba con sus senos marcados a la perfección bajo la tela.

Apagó la linterna, hizo varias respiraciones profundas y se recostó a su lado. La única forma en que los dos cabían en el saco de dormir, era acomodando a Paige en la curva de sus brazos. Ella se acurrucó contra él como si hubieran pasado la mayor parte de sus vidas durmiendo juntos.

Yak suspiró. Le esperaba una larga noche. Trató de concentrarse en lo que haría al día siguiente. Tenía que pensar en cualquier cosa menos en el cuerpo cálido e insinuante que descansaba confiado junto a él.

—Buenas noches, mi amor —murmuró Paige amodorrada.

El corazón de Yak dio un salto. ¿Sería consciente de lo que le había dicho?

Paige no dijo nada más y Yak se dio cuenta de que estaba dormida. Su mano la acarició el hombro con suavidad, luego su costado y por fin se apoyó en su cadera. Era tan pequeña, tan delicada, tan preciosa... La acercó más a él y con determinación cerró los ojos.

## Capítulo Cinco

La brillante luz matinal y el calor del sol bañaban el valle. Pequeñas gotas de rocío brillaban en la hierba, los arbustos y los árboles. Un venado joven comía junto al arroyo, haciendo alguna que otra pausa para mirar a su alrededor. Observaba a los habitantes naturales de la zona, unos conejos, un par de ruidosas ardillas y un atareado mapache.

Después de tres días, los animales habían llegado a aceptar la desacostumbrada presencia de la tienda de campaña.

Yak se encontraba junto a la tienda de campaña contemplando el paisaje. El lugar poseía todo lo que él esperaba encontrar en Méjico, y algo más... la hermosa mujer que había dejado dormida. Se frotó el dolorido cuello. La forma de dormir podría resultar aceptable para Paige, pero la forzada intimidad causaba efectos desastrosos en Yak. El celibato nunca había sido una de sus virtudes. Nadie que le conociera hubiera creído su comportamiento de los últimos días.

Tenía que mantenerse alejado de ella, explorando y pescando. En circunstancias normales eso sería suficiente. Levantó los brazos y se estiró, tratando de eliminar las molestias de su espalda.

Yak anduvo cerro abajo. Sería mejor que empezara a hacer planes para salir de allí tan pronto como Paige se recuperara del todo. Mirando hacia las montañas, decidió que lo primero que tenía que hacer era subir hasta un punto en el que pudiera observar el área circundante. Quizá pudiera ver algo, alguna señal de civilización. De ser así, tal vez pudiera dejar a Paige sola mientras iba en busca de ayuda.

Con un plan de acción definido, Yak se sintió mejor. «Algún día recordaré este episodio y me causará risa. Lo interpretaré como mi encuentro más cercano con el matrimonio».

Paige buscó a Yak y al no sentirlo a su lado, abrió los ojos. Confundida, se sentó. La tienda de campaña tenía muestras evidentes de que no se encontraba allí. Despacio, Paige volvió a acostarse.

Apenas sí recordaba el regreso de Yak la noche anterior y, no obstante, sabía que había estado allí. En cierto momento había despertado para descubrir que estaba reclinada en su pecho con la cara hundida en su cuello. Sonrió al recordarlo.

Vaya serie de experiencias nuevas a las que había tenido que enfrentarse

en los últimos días. Nunca había pasado una noche en el campo, nunca había cocinado en una hoguera y nunca había tenido que lavarse con el agua burbujeante de un pequeño arroyo. Se sorprendió de lo mucho que estaba disfrutando. Quizá el golpe en su cabeza hubiera cambiado sus gustos. No recordaba haberse sentido nunca tan feliz, tan deseosa de dedicarse a algo que no fuese su profesión. Pensó por un instante en su padre. Esperaba que su ausencia no hubiera impuesto una carga excesiva de trabajo en los demás, a pesar de que su padre había insistido mucho en que se tomase unos días libres. Él consideraba las vacaciones como un medio para descansar la mente y el cuerpo.

Vacaciones. ¿Por qué al pensar en ellas sentía remordimientos... no en sus vacaciones, sino en las de su padre?

Tenía pensado ir a Flagstaff a pescar. ¿Lo había hecho? El dolor de cabeza pareció renacer al pensar en su padre. Qué extraño. Cerró los ojos y trató de relajarse. «No te esfuerces. Cada día estás mejor que el anterior. Relájate. Piensa en algo tranquilizante y placentero».

Sus ideas divagaron hasta concentrarse en algo agradable: Yak. El nombre le iba a las mil maravillas. Parecía ser parte de la naturaleza.

Presentía que era fascinante. Yak sobresaldría en cualquier grupo. Su fuerza parecía ser parte innata en él, algo que daba por hecho. No dejaba de admirarle cada vez que estaba cerca de él. Se movía con la gracia de un felino. Su viejo pantalón y sus camisas descoloridas hacían resaltar su físico y, sin embargo, no parecía ser consciente de ello. Tampoco él daba la impresión de ser consciente de su presencia, tratándola más como una conocida que como una esposa.

Suspiró y se alegró al recordar la noche anterior. Yak podría actuar con frialdad con ella durante el día, pero por las noches la tenía en sus brazos como si fuese parte de él.

¿Habrían discutido? Quizá hubieran planeado el viaje para acercarse más entre sí. Conociéndose, no le sorprendería que el problema hubiera surgido por su obsesión por el trabajo. ¿Si pudiese recordarlo! De ser así, ella intentaría con todas sus fuerzas cerrar la brecha abierta entre ellos.

Estando despierta, más valdría que se levantara. Apartando a un lado las mantas, Paige buscó sus pantalones y frunció el ceño. Daban demasiado calor durante el día, pero, ¿qué más tenía para ponerse? Buscando en su pequeña maleta, sacó una de sus faldas rectas. Con un poco de imaginación podría

convertirla en un pantalón corto que le ayudase a soportar el calor de los días soleados. Cogió su estuche de costura de viaje y, sentada con las piernas cruzadas sobre el saco de dormir se dedicó a descoser la falda. El tamaño reducido de las tijeras dificultaba la tarea, pero al fin consiguió reducir las dimensiones de la falda.

Casi una hora más tarde, salió de la tienda. Su recién confeccionado pantalón corto se ajustaba a sus caderas y terminaba muy arriba en sus muslos. Se había puesto además una fina camisa con los dos botones superiores abiertos y atados en un nudo por abajo de los senos.

«Qué pena que Yak no esté aquí», se dijo con una sonrisa. «Le diría que parecemos Tarpán y Jane».

El sol ya brillaba alto en el cielo, pero no había ninguna señal de Yak. ¿Debía esperarle, o comer sin él? Se dirigió al arroyo y se lavó la cara y las manos. ¡Cuánto daría por un baño de agua caliente! El acampar la privaba de algunas de las comodidades que siempre había tenido a su alcance.

Una sombra apareció ante ella y levantó la vista sorprendida. Yak estaba delante de ella. Se le hizo un nudo en la boca del estómago. Sólo llevaba puesto un pantalón y un desgastado par de playeras. Bien podía ser el modelo de algún cuadro de Remington. Su pecho era amplio y musculoso y sus dedos se agitaron al recordar la sensación que había experimentado al acariciarlo. Los músculos de sus brazos se contrajeron cuando apoyó las manos en sus caderas. Su piel brillaba bajo el sol y, al levantarse, Paige se dio cuenta de que estaba empapado. El agua formaba pequeños ríos que corrían desde su pelo, deslizándose por su cuello y hombros. Sintió la boca reseca y tuvo que tragar saliva antes de poder preguntarle:

— ¿Qué te ha pasado, te has caído al agua?

Desalentado, Yak observó el atuendo de Paige y supo sin lugar a dudas que su fuerza de voluntad sería puesta a prueba hasta su límite. De nuevo se había hecho una sola trenza y la fina camisa no hacía nada por ocultar la orgullosa curva de sus senos. Su pequeño pantalón resaltaba la hermosa configuración de sus piernas.

« ¿Qué acababa de decirle?» Yak sacudió la cabeza y las gotas de agua cayeron sobre ambos. Paige se apartó riendo, tratando de cubrirse la cara con las manos.

—Me encantaría darme un baño, Yak, pero esto no es lo que tenía en mente.

Levantó la vista hacia él. Sus ojos brillantes, su piel reluciente y su sonrisa hicieron que el corazón de Yak latiera alocado en su pecho. En ese instante se dio cuenta de que la amaba. Yak nunca había sentido esa emoción y no sabía qué hacer al respecto. Sólo podía reconocer que sus sentimientos hacia esa mujer eran de amor y que lenta pero inexorablemente le volverían loco.

— ¿Hablas en serio respecto a la ducha? —la luz del sol en sus ojos impedía a Paige ver los rasgos de Yak, pero detectó tensión en su voz.

—Por supuesto. Me encantaría darme un buen baño para sentirme limpia.

Yak observó la toalla y toallita de baño que llevaba en su mano, artículos que junto con una pastilla de jabón, Paige había sacado de su mochila.

—Hay una caída de agua no lejos de aquí, donde podrás ducharte y bañarte. ¿Quieres ir ahora, o esperar a después de comer? El agua estará un poco más templada entonces.

Paige dirigió la vista al valle, ya sentía adoración por el lugar. ¿Por qué no habría descubierto los placeres de la vida en el campo, en especial si incluían una ducha? Le agarró de la mano.

—Comamos primero. Te demostraré cuánto he aprendido acerca del arte de cocinar en una hoguera —corrió, tirando de él.

Luego le mandó sentarse mientras ella llevaba algo de comer.

— ¿Cómo va tu cabeza? —Yak estudió su cara, preguntándose si ella sería consciente del atractivo de las cinco pecas que decoraban su delicada nariz.

Sólo el golpe cerca de la sien alteraba la suavidad de su piel.

—Va muy bien —respondió.

— ¿Has recordado algo más?

—Me temo que no —contestó mirándole a los ojos.

—No tienes por qué preocuparte.

—Supongo que no, pero he estropeado nuestras vacaciones.

—Paige, quisiera hablarte acerca de eso...

—Yo también quiero decirte algo al respecto.

—Está bien —le dijo en voz baja—. ¿Qué querías decirme?

Paige se sentía insegura de sí misma. Había estado ensayando lo que le

iba a decir, pero ahora todo era diferente. Estaba delante de ella, observando cada uno de sus movimientos.

—Bueno... siento algunas inquietudes acerca de nosotros —hizo una pausa, pero no pudo volverse para mirarle a los ojos.

Yak guardó silencio.

—Me has dicho que no llevamos mucho tiempo casado. Por lo que he podido observar, eres una persona muy independiente —al fin levantó la mirada para, sorprendida, observar una sonrisa ligera en sus labios.

—Tienes mucha razón.

—Yo soy igual. Tengo muchos prejuicios y soy muy cabezota —esperó, pero Yak no contestó nada. Su discusión debía haber sido más fuerte de lo que imaginaba—. Lo que intento decirte es que tengo el presentimiento de que hay un problema entre nosotros. ¿Hemos tenido algún enfrentamiento por algo?

—No, Paige. No se trata de eso en absoluto.

«Está bien. Ha llegado el momento de decirle la verdad, por dolorosa que sea para ella».

Con tranquila deliberación, Yak le dijo:

—Te conocí cuando fuiste a la compañía de aviación a contratar un vuelo.

— ¿Por qué quería hacerlo? —preguntó sorprendida—. Ni siquiera me gusta volar.

—Dijiste que querías ir a Flagstaff a ver a tu padre —Yak la observó y esperó su reacción.

Un dolor súbito la invadió. Distráida, Paige se llevó una mano a la frente. Su padre; Flagstaff. Tenía proyectado ir a Flagstaff de vacaciones. ¿Había llegado a ir? Así parecía. De otro modo, ¿por qué hubiera querido reunirse con él? ¿Por qué?

—Si mi padre estaba en Flagstaff, no comprendo por qué yo tenía que ir también. La clínica se hubiera quedado sin suficiente personal —sacudió la cabeza atónita—. No tiene sentido. Nada tiene sentido —observó que Yak la observaba con detenimiento.

— ¿Yak, cuánto hace que nos conocemos?

—Acabamos de hacerlo —contestó él con voz firme.

Paige le miró con una mezcla de horror y desesperación. Yak esperaba



que ella misma llegara a la conclusión exacta, pero no fue así.

— ¡No puedo creerlo! ¡Me he fugado con alguien a quien apenas conozco! — seguía mirándole asombrada, pero no estaba más sorprendida que él.

Esa no era la conclusión a la que él esperaba que llegara. ¿Qué diablos se suponía que debía decirle ahora?

Paige se sentó junto al fuego y, ausente, se dedicó a mover los alimentos que se estaban cocinando. Casi para sí misma, murmuró:

—Debo haber estado bajo una presión tremenda. El exigirme tanto durante tantos años debe haberme afectado mucho —levantó la vista hacia él—. ¿Por casualidad no iba corriendo por las calles dando gritos cuando nos conocimos? — Yak soltó una carcajada y negó con la cabeza—. ¿Quieres ser honesto conmigo? Al menos dame una respuesta directa cuando te pregunto algo —se acercó a él y se puso de rodillas.

«Al fin ha llegado el momento y la farsa llegará a su término. Justo a tiempo», se dijo.

— ¿Te he dicho yo que te cases conmigo? —preguntó ella con solemne concentración.

Asombrado por la intensidad de su expresión y la tensión que advertía en ella, Yak negó despacio con la cabeza.

— ¡Gracias al cielo! —exclamó ella.

La comida quedó en el olvido por el momento.

—Yak, me tenías muy preocupada. Nunca he sentido interés por salir ni entablar relaciones con nadie. Nunca he tenido tiempo ni sentido inclinación por flirteos o relaciones sentimentales y por un instante pensé que ibas a decirme que yo había incitado nuestra relación —observó sus oscuros ojos, viéndose reflejadas en ellos—. Me alegro de que hayas cometido la locura de proponerle matrimonio a alguien a quien apenas conocías... ¡y me alegro de haber cometido la locura de aceptarlo!

Después de estas palabras su boca se fijó en la de Yak con satisfacción, demostrándole una vez más que aprendía rápidamente. Trazó su labio inferior con la lengua mientras sus labios se movían ligeros sobre la firme superficie de la boca de él. Mientras, sus manos acariciaron con ternura su pecho.

Los brazos de Yak la rodearon. En alguna parte de su conciencia empezaron a sonar campanas de alarma, pero obedecía instintos más viejos que su conciencia. La atrajo hacia él, haciendo que su cuerpo descansara

sobre su pecho. Deslizó una mano por la abertura de la camisa y acarició sus senos con gentileza. El cuerpo de Paige se estremeció. Yak olvidó las restricciones que se había impuesto. Jamás había experimentado una sensación semejante abrazando a alguna mujer. De pronto, se dio cuenta de que algo se quemaba. Se dio la vuelta y se puso de pie de un salto. Su comida ardía en el fuego. Consiguió salvar las sartenes, pero los alimentos no tenían remedio.

—Lección número uno, jovencita. Un cocinero nunca abandona la cocina cuando está cocinando.

Paige estaba de espaldas, sin aliento, y observó a Yak, que se disponía a preparar otra cosa. Mientras recuperaba el aliento trató de asimilar la información que acababa de obtener. La fuerte y estoica doctora Paige Winston, la encargada de la sala de pediatría, había dejado todo al conocer a un alto y atractivo desconocido y se había fugado con él.

Se preguntó si su padre estaría enterado. ¿Cuánto tiempo llevarían casados? ¿Sería posible que estuvieran en su viaje de bodas? Yak todavía tenía muchas preguntas que contestar... pero no en ese momento. Necesitaba tiempo para asimilar bien todo. Cada nueva información que recibía la alteraba profundamente. Paige no estaba segura de estar preparada para enfrentarse a lo que esa relación podía significar en su acostumbrada forma de vida.

«Supongo que Yak no sabrá cómo decirme que acabamos de casarnos. Esa es la razón por la que nuestro matrimonio me parecía tan extraño. Quizá ni siquiera hemos hecho el amor». Esta última idea hacía que todo su cuerpo se estremeciera. Vio cómo el sol brillaba sobre la espalda bronceada de Yak. «En mis manos está cambiar la situación. Ha dejado bien claro que no quiere tocarme». Sonrió al pensar que estaba dispuesto a esperar a que recuperase la memoria para hacerle el amor. ¿Cómo podría decirle que le bastaba lo que sabía de él?

Paige tenía confianza en su juicio. Cualesquiera que fueran los motivos que la habían llevado a casarse con ese hombre, eran suficientes para ella en ese momento.

Yak se volvió para decirle que la comida estaba lista y vio que ella le observaba con gran ternura. Se dio cuenta de que todavía pensaba que estaban casados. La situación se hacía cada vez más peligrosa. Lo mejor para los dos era que le hablase de su padre y de su verdadera relación, pidiéndole

que le perdonase por el engaño.

«Se lo diré cuando terminemos de comer».

## Capítulo Seis

Pero no pudo hacerlo. Paige le convenció de que fueran a explorar.

— ¿Tendré que ponerme el pantalón largo? —preguntó mirando sus piernas desnudas.

— ¿No tienes miedo a coger una insolación? —Yak no apartaba sus ojos de los suyos.

Paige miró al sol un instante y luego se encogió de hombros.

—Correré el riesgo —sonriente, añadió—: Quizá podamos permanecer en la sombra.

—No saldremos del valle, así que supongo que no te pasará nada — cuando le sonreía a Yak le costaba trabajo mantener sus buenos propósitos.

— ¿Es muy grande el valle?

Yak se aseguró de que el fuego no se apagara y emprendió el camino hacia el arroyo.

—Diría que tiene kilómetro y medio de largo y tres cuartos de ancho — señaló arroyo abajo—. No mucho más lejos, el área se convierte en un cañón.

— ¿Ya has ido hasta allá?

—Así es. También he subido a la cumbre de la montaña que está a nuestra espalda, esperando ver alguna señal de civilización, pero no he tenido suerte.

Cruzaron el arroyo y Paige se dirigió hacia el avión. Era la primera vez que se acercaba al aparato. Lo estudió pensativa. No podía recordarlo. Trató de imaginarse en su interior sin conseguirlo. El volar no era uno de sus pasatiempos favoritos. Era irónico que se hubiera casado con un piloto.

Encontraba el paisaje del valle desde ese lugar muy atractivo... tan pacífico y natural. Se sentía como si ella y Yak fueran las únicas personas de la tierra.

—El avión debe tener radio. ¿Has intentado utilizarla? —preguntó de pronto.

—Desde hace días, pero no he podido establecer contacto.

— ¿Crees que alguien nos encontrará?

—Empiezo a dudarlo. Me temo que ya deberían habernos localizado.

— ¿Y qué sucederá si nadie nos encuentra?

—Tendremos que salir por nuestros propios medios.

— ¿Cuándo?

—No estoy seguro —respondió, mirando al cielo como si esperase recibir una inspiración divina—. Si estuviera solo emprendería la marcha hoy mismo, pero no creo que tú estés lista para hacerlo.

— ¿Por qué no?

—Porque todavía no te has recuperado completamente del golpe que recibiste en la cabeza —miró sus zapatos— y me preocupa que no tengas el calzado ni la ropa apropiada para soportar la fatiga del viaje. Intuyo que el trayecto no será fácil.

—De modo que esperaremos.

—Por un tiempo, sí.

—No me importa. Realmente estoy disfrutando mucho de nuestras vacaciones. Siento algunos remordimientos por haber abandonado la clínica, pero ya es demasiado tarde para preocuparse por ello.

Yak guardaba silencio. No sabía qué hacer acerca de su falta de memoria. Por una parte, mientras siguiera pensando que estaban casados, Paige estaba tranquila. El alterarla podría tener graves consecuencias.

El enterarse de que su padre había sufrido un ataque cardíaco sería algo tremendo para ella, bien lo sabía. Era obvio que los dos estaban muy unidos. Paige se pondría frenética por salir de allí. Dirigió la vista hacia el final del valle y se preguntó cuánto tiempo tardarían en encontrar ayuda. Quizá ella soportara bien un día de caminata si lo hacían con calma, pero ¿y si tardaban varios días, incluso una semana? No quería asumir el riesgo.

— ¿Quieres que te enseñe la caída de agua de la que te he hablado? — Yak esperó a que se reuniera con él junto al arroyo antes de añadir—: ¿Te apetece ducharte ahora?

— ¿Que si me apetece? Claro que sí.

Volvieron a la tienda para coger toallas, jabón y champú para que Paige se lavara el pelo y emprendieron el camino. Yak iba delante y Paige se contentó con seguirle y disfrutar del paisaje. Yak bordeaba rocas y árboles, pero siempre seguía el curso del arroyo.

Paige oyó el ruido del agua al caer antes de verla. Yak la cogió de la mano y la ayudó a sortear un montón de rocas que bloqueaban su ruta. Hicieron una pausa cuando llegaron a la cumbre.

—Yak, qué hermosa es.

Desde donde se encontraban, la caída de agua estaba casi en ángulo recto a la dirección del arroyo. El giro brusco había formado una poza en la que el agua reposaba un instante antes de emprender su camino descendente. Los rayos del sol daban a las gotas de agua matices de brillante cristal. Paige estaba deseosa de meterse en el agua.

Se quedó mirando a Yak con incertidumbre. No podría hacerlo mientras él estuviera allí.

—Creo que seguiré andando río arriba durante un rato —le dijo él sonriente—. ¿Por qué no te quedas aquí y te das un baño? Volveré dentro de media hora.

«Dios te bendiga por ser tan comprensivo», le dijo Paige en silencio. Asintió con timidez y empezó a bajarse hasta el agua mientras Yak se daba la vuelta y comenzaba a trepar hasta la cumbre de la que salía la caída del agua.

La zona cercana al arroyo estaba llena de rocas de diversos tamaños. Paige seleccionó una en la que pudiera sentarse. Se quitó los zapatos y los miró con preocupación. La suave piel estaba agrietada y raspada en varios sitios. Se habían desgastado mucho en los últimos días. Luego se quitó la camisa y el pantalón, los dobló con cuidado y los dejó sobre la roca. Se puso de pie, miró nerviosa a su alrededor antes de quitarse la ropa interior y rápidamente se metió en el agua. El sol de verano la había calentado un poco y no estaba tan fría.

Con precaución, Paige se dirigió hasta la cascada, ansiosa por sentir su fuerza sobre su cuerpo. El fondo desapareció de pronto y gritó al hundirse. El sol no había calentado el agua más profunda y estaba helada. Decidida, Paige nadó hasta que el torrente le cayó encima. Buscó un sitio dónde pararse y al fin lo encontró. El agua le llegaba a los hombros. Teniendo ya el pelo mojado volvió a coger el champú y se lo lavó con vigor. Nunca había disfrutado tanto de la sensación de tener el pelo limpio.

Después de aclarárselo, Paige se dirigió hasta un sitio donde cubría menos para enjabonarse el cuerpo. Ya se había acostumbrado a la temperatura del agua y la encontraba deliciosa.

Consciente de que el tiempo pasaba y de que el regreso de Yak era inminente, Paige nadó hasta aguas más profundas. Se sentía estupendamente. Quizá pudiera convencer a Yak de que la llevara río arriba. Se dirigió hasta la roca donde estaba su ropa. De nuevo miró a su alrededor antes de coger una toalla y secarse rápidamente. Al cabo de unos cuantos minutos, estaba

vestida.

Todavía no había señales de Yak y Paige decidió recostarse sobre la roca para tomar un poco el sol. Permaneció allí con los ojos cerrados, escuchando los sonidos naturales del lugar... el canto de las aves en los árboles, el suave murmullo del follaje provocado por la brisa al pasar entre las hojas... y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Yak vio a Paige desde el lugar donde el agua empezaba su descenso hasta la poza. Le había dado tiempo suficiente para que se bañara y se vistiera... o así lo creía. Pero cuando se detuvo en la cumbre, antes de emprender el camino hacia abajo, descubrió que Paige salía del agua en ese momento.

La impresión de verla desnuda le hizo detenerse. Él la había desnudado la noche del accidente, pero en ese momento sólo estaba preocupado por su estado de salud y por tratar de elevar la temperatura de su cuerpo.

Ahora la veía a la luz del sol, con el pelo escurriendo agua por su espalda hasta llegar a su pequeña cintura y con sus caderas surgiendo en una curva gentil que encontraba sumamente atractiva.

Paige estaba vestida y recostada sobre la roca antes de que Yak se diera cuenta de que había estado mirándola como un vulgar mirón.

« ¿A esto es a lo que te has visto reducido?», se dijo disgustado. Sacudiendo la cabeza, tratando de despejarse, emprendió el duro descenso.

Una nube pasó por encima de Paige, o al menos eso imaginó y abrió los ojos. Yak estaba delante de ella, quitándole el sol con su sombra. Le brindó una sonrisa somnolienta de satisfacción y se estiró.

—Ha sido maravilloso, Yak. Gracias por haberme traído hasta aquí.

—No tienes nada que agradecer. ¿Estás lista para regresar?

—Todavía no —respondió sentándose—. He descansado un poco mientras te esperaba. ¿Te importaría que subiéramos un poco más?

¿Cómo podría negarle algo cuando le miraba de esa forma? Quizá le ayudara a olvidar sus frustraciones hacer un poco más de ejercicio. Le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Lo haremos si me prometes avisarme cuando estés muy cansada.

Paige se puso una mano sobre su corazón en señal de juramento.

—Te lo prometo.

Paige estaba maravillada por la gran variedad de plantas, aves y

animales que encontraban a su paso y por los conocimientos de Yak sobre cada uno de ellos. Conocía sus nombres y sabía qué plantas se utilizaban con fines medicinales. Estaba en su elemento en ese medio ambiente y Paige envidió su libertad.

«Ahora que estás casada con él, puedes hacerlo tuyo también», se recordó. Suspiró de satisfacción.

El ascenso era más pesado de lo que ella había imaginado, y cuando llegaron a la cumbre que dominaba el valle, le dolía otra vez la cabeza.

Yak la miró y profirió una maldición.

—Debía haber impedido que llegáramos tan lejos. La cabeza vuelve a dolerte, ¿no es así?

—Un poco —admitió ella—. En cuanto descanse un minuto, estaré bien.

Se dejó caer sobre una roca y trató de que el paisaje la tranquilizara. Yak se sentó junto a ella y la abrazó.

—Lo siento, cariño.

—No es culpa tuya, Yak —le dijo reclinando la cabeza en su pecho.

—No te estoy cuidando bien.

—Estás realizando una labor excelente. ¿Cómo habría podido sobrevivir sin tu ayuda?

—Quiero que sepas que no deberíamos estar de acampada.

—Nunca tuviste la intención de traerme al campo, ¿no es así? —preguntó ella enderezándose.

—No.

— ¿Me llevabas a Flagstaff para reunirme con mi padre? —al menos eso explicaba por qué no llevaba la ropa apropiada.

¿Qué podía haber sucedido entre ellos para que ella hubiera querido correr al lado de su padre y Yak hubiera hecho planes para salir de acampada sin ella?

«Bueno, ya sabe la mayor parte de la historia», se dijo Yak. «Déjala pensar que tuvimos un disgusto, por lo menos hasta que puedas llevarla al lado de su padre».

— ¿Crees que podemos emprender la vuelta? —Trató de dar un tono ligero a su voz—. Siempre es más fácil el camino descendente.

Ella deseaba seguir recostada, pero tenían que volver al campamento. Se puso de pie y se tambaleó.



Sin decir nada, Yak la cogió en brazos. Ella se agarró a su cuello y reclinó la cabeza en su pecho exhalando un suave gemido. Estaba cansada. Muy cansada.

Yak emprendió la marcha lentamente. Encontró un camino, que aunque más largo, era menos pesado que el que habían seguido para subir. Sintió a Paige más relajada en sus brazos y se dio cuenta de que se había dormido. La acercó más contra su cuerpo. Parecía una niña a la que se lleva a la cama y sintió que su corazón se henchía de amor por ella.

¿Cómo podría lamentar el tiempo pasado con ella... lamentar la oportunidad de haber llegado a conocerla? La miró de nuevo. Todavía estaba ojerosa. ¿Cómo se había dejado convencer de esa aventura cuando a todas luces era una imprudencia?

«Porque te conviertes en mantequilla derretida cada vez que te mira con sus enormes y dulces ojos».

Llegaron a la tienda al caer la tarde. Paige no había despertado. Yak la dejó con cuidado sobre el saco de dormir; luego se dirigió al fuego y preparó la cena. Para su fortuna, tenían suficientes alimentos. Podrían permanecer allí durante semanas enteras si fuese necesario. Sólo Yak sabía que él no podría permanecer cerca de Paige sin desmoronarse por las ansias de hacerle el amor. Todo el cuerpo le dolía y sólo parte de ese dolor podía ser atribuido al recorrido que había tenido que realizar esa tarde con Paige en sus brazos. La noche había caído cuando al fin Paige se reunió con él junto a la fogata.

—Siento haberme quedado dormida de esa forma.

—No te preocupes. ¿Ya te sientes mejor?

—No comprendo por qué el dolor se hace tan fuerte en ciertos momentos — respondió ella, después de asentir—. Cada vez que trato de concentrarme... de recordar... creo que la cabeza me va a explotar.

—La respuesta es obvia, doctora. No trates de pensar. No te concentres —le indicó él, dándole un plato y una taza humeante.

—Es fácil para ti decirlo. Tú no tienes lagunas en tus recuerdos.

—Lo que trato de decirte es que preocuparte por ello no va a ayudarte nada, de hecho, te perjudica.

Ella guardó silencio, meditando sus palabras. Empezó a comer. Yak tenía razón. Comieron en amigable silencio mientras observaba las llamas que danzaban frente a ellos.

— ¿Hemos hecho el amor? —preguntó Paige de pronto, rompiendo el

silencio.

Desafortunadamente, Yak acababa de dar un sorbo a su café y se atragantó. Con voz alterada, al fin consiguió decirle:

— ¿Por qué diablos me haces esa pregunta?

—He estado pensando en todo lo que me has dicho. Evitas hablar de nuestro matrimonio, como si hubiera sido una equivocación. Has admitido que hace poco que nos conocemos, así que es obvio que no llevamos mucho tiempo casados y, por algún motivo, no quieres discutir el tema.

—Estás en lo cierto. No quiero discutirlo —le indicó él, poniéndose de pie—. ¿Has terminado de cenar?

—Supongo que sí —contestó ella sorprendiéndose al ver su plato vacío.

Yak cogió sus cosas y volvió con otra taza de café para ella. Se sentó a su lado y le cogió con ternura una mano.

—Paige, por favor, olvida el tema de nuestro matrimonio. No tiene ninguna importancia en este momento. Lo único importante es que te relajes, deja de tratar de investigar y recupérate. Tendremos que enfrentarnos a la tarea de salir de aquí dentro de unos días y tienes que estar preparada para ello —dio la vuelta a su mano hasta dejarla con la palma hacia arriba, para trazar con lentitud la línea de la vida—. Me preocupas mucho y te prometo que no haré nunca nada que te haga daño. Tendrás que confiar en mí.

—Lo hago. Mi vida está en tus manos. Sólo que no comprendo qué es lo que ocurrió entre nosotros.

—No sucedió nada. ¿No puedes creerlo?

—Supongo que tendré que hacerlo.

—Nos ayudaría —se puso de pie y la hizo levantarse—. Ve a dormir y trata de descansar.

Paige le miró a la cara. Se le notaba disgustado. Ella quería borrar los rastros de tensión, abrazarle y convencerle de que cualesquiera que fuesen sus problemas, podrían superarlos juntos.

—Está bien, Yak. Como tú digas —se puso de puntillas y rozó sus labios con los suyos—. Buenas noches, mi amor.

Él la vio desaparecer en el interior de la tienda de campaña, cogió la taza de café en sus manos y por vez primera desde el aterrizaje, deseó poder tomar algo más fuerte.

Se sentó frente al fuego y pasó varias horas observando las llamas.

## Capítulo Siete

—Cuando abandoné el Medio Oriente, estuve viviendo durante tres años en Asia Sudoriental —comentó Yak mientras buscaba entre sus arreos de pesca.

Paige y él se encontraban en un pequeño remanso formado por el arroyo al dar una curva en el valle. Yak estaba preparando su caña de pescar y Paige le escuchaba con atención.

— ¿Has hecho el servicio militar?

—No. Realicé algunos trabajos para las fuerzas armadas, pero como civil.

De nuevo, Yak se había quitado la camisa y ella observaba su bronceado pecho con inconsciente anhelo.

— ¿Ha habido algún lugar al que tú hayas considerado tu hogar, Yak?

—Nací en una reserva cerca de Dulce, Nuevo México —comentó después de haber hecho una pausa para ordenar sus recuerdos—. Durante los primeros catorce años de mi vida viví al lado de mi madre. Era feliz... todo lo daba por hecho — sacudió levemente la cabeza—. Pero mi madre cogió una neumonía un invierno y murió —cerró un puño con fuerza, única señal de sus emociones—. Creo que no le importó mucho morir. Consideraba que ya me había educado y que ya no era necesaria —aparte de su voz, el murmullo del arroyo era el único sonido que se escuchaba—. Estaba equivocada, por supuesto... pero nunca tuve la oportunidad de decírselo —añadió al fin, en voz baja.

—Así que te marchaste —aventuró Paige— y decidiste que ya no necesitabas a nadie.

— ¿Por qué dices eso? —preguntó Yak sorprendido.

—Porque he visto a muchos niños reaccionar así cuando pierden a un ser querido. No quieren dejar que alguien más se acerque a ellos por temor a volver a perderlo —cogió una ramita seca en las manos y empezó a jugar con ella—. Es muy duro perder a alguien cuando se es muy joven. Yo tenía dieciocho años cuando mamá murió de cáncer.

—Pero tenías a tu padre —le recordó él.

—Así es —reconoció sonriendo—. Estaba a mi lado y nunca dejaré de agradecerse. Me ayudó a soportar el proceso de cicatrización que sigue a un gran dolor —Paige guardó silencio unos instantes para luego continuar—:

Me agrada pensar que nos ayudamos el uno al otro —levantó la vista—. ¿Conoces a mi padre? —Yak negó con la cabeza—. Creo que te gustará —sus ojos brillaron al ver la actitud indolente de Yak—. Sé que le caerás bien —frunció la nariz—. Eres justo lo que un médico me recetó.

Paige giró sobre su costado y se reclinó en un codo. Yak había terminado su tarea, dejó su caña de pesca detrás de él. Estaban muy cerca. Yak percibía el aroma de su perfume, el calor del verano lo hacía resaltar junto con la fragancia suave y evocativa que era propia de ella. Hizo una aspiración profunda tratando de ignorar los mensajes que sus sentidos le enviaban.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Debes comprender que desde mi más tierna infancia, siempre estuve dispuesta a convertirme en médico. Con ese empeño, siempre me negué a que algo más distrajera mi atención —pasó un dedo por encima de la nariz de Yak—. Incluyendo a los chicos.

— ¿Quieres decir que nunca has salido con nadie?

—Participé en todas las actividades escolares y asistí a bailes, pero nunca mantuve una relación seria. Tenía prisa por crecer... por salir adelante en la vida.

—Pues parece que lo conseguiste.

—Papá dice que no he disfrutado nada —después de contemplar el valle, añadió—: Ahora empiezo a entender sus palabras.

Su suspiro de satisfacción recordó a Yak que necesitaba hacer algo para aclarar su situación. Miró a Paige, que estaba muy cerca de él. ¿Tendría fuerzas suficientes como para salir andando de allí?

El tiempo transcurrido en los últimos días parecía haber sido bien aprovechado. Las jaquecas de Paige habían desaparecido y su energía se incrementaba día a día. Ansiaba saber cuánto tendrían que avanzar para llegar a un sitio donde encontrar ayuda. Tenía que prepararse para tomar una decisión.

— ¿Paige?

— ¿Sí?

— ¿Crees que ya podrás salir de aquí?

—Supongo que sí —respondió sorprendida—. ¿Ya te has cansado de este lugar?

—Por supuesto que no —contestó riendo.

—Me alegro. Yo tampoco —le sonrió y Yak sintió que su corazón se derretía.

—A lo que me refiero es que no creo que nadie venga a buscarnos, así que lo mejor será que empecemos a ver la forma de salir por nuestros propios medios.

Paige extendió una mano y empezó a acariciar suavemente el pecho de Yak.

— ¿Sientes haber tenido que estar de acampada conmigo?

Yak sentía que su cuerpo se tensaba. Dios Santo, cómo deseaba que ya hubiera recobrado la memoria. « ¿Realmente lo sientes?», preguntó una voz interior. « ¿No has disfrutado con esto más que con cualquier otra cosa que hayas hecho en tu vida?»

—En realidad no —respondió sentándose.

—Me alegro —aceptó ella.

También se sentó y reclinó la cabeza contra su hombro.

—En nuestro próximo viaje te aseguro que traeré la ropa apropiada.

—Paige...

—Yak... —los dos hablaron al mismo tiempo.

— ¿Qué ibas a decirme? —preguntó él.

—Nada de importancia. Sólo iba a preguntarte si querías nadar.

— ¿Nadar?

—Sí. Hace mucho calor. Allí donde está la caída de agua... donde nos hemos estado duchando, el agua es lo suficientemente profunda para nadar, si quieres hacerlo —Paige se puso de pie de un salto.

—Vamos ahora mismo —dejó escapar una risa alegre que acabó con la voluntad de Yak.

Todo lo que quería era que ella fuera feliz. Quería pasar el resto de su vida haciéndola feliz, pero no tenía la menor idea de cómo lograrlo.

Paige le cogió de la mano para hacerle ponerse de pie y le guió río arriba hasta la catarata. Al caer, el agua producía un sonido muy refrescante.

Paige se sentó inmediatamente en una roca y se quitó los zapatos. Yak pensó que nadar no había sido una buena idea. Ella se quitó la camisa y el pantalón. Su ligera ropa interior no ocultaba nada de su vista. Todo su cuerpo adoptó un tono rosado cuando se enfrentó a su mirada sorprendida.

—No sé por qué me siento cohibida. Después de todo, estamos casados —con un gesto desafiante, se desnudó del todo.

Los últimos días habían empezado a broncear sus brazos y piernas, lo cual hacía resaltar el color marfil del resto de su cuerpo. Yak no podía quitarle le vista de encima.

Su expresión la hizo ruborizarse más y rápidamente Paige se metió, en el agua.

«Qué atrevida te has vuelto», se recriminó. «Ha sido contigo un perfecto caballero, consciente de tu situación y tú te exhibes delante de él como una mujer sedienta de sexo.»

Pero su intención era hacerle saber que su pérdida de memoria no tenía por qué impedirles disfrutar de esos momentos idílicos juntos. Su caballerosa actitud ya no era necesaria, pero no sabía cómo decírselo. Esperaba que él comprendiera lo que ella trataba de demostrarle.

Oyó que algo caía en el agua y supo que Yak se unía a ella, pero no consiguió armarse del valor necesario para enfrentarse a él. En vez de ello, nadó hasta el sitio en que había dejado el jabón y el champú para el pelo. Se deshizo la trenza y enjabonó y lavó el pelo con vigor, haciendo abundante espuma. Luego se colocó debajo de la caída de agua para aclarárselo.

Después de sumergirse varias veces para asegurarse de que ya no quedaban residuos de champú, Paige se escurrió el pelo con las manos. Yak estaba a unos metros de ella, observándola con una expresión de ternura que hizo que el corazón quisiera salirsele del pecho.

El agua apenas le llegaba a la cintura. Siguiendo su ejemplo, había dejado su ropa encima de una roca, en la orilla. El reflejo del sol en el agua hacía que bailaran chispas de luz sobre su cuerpo. El agua brillaba sobre sus hombros y pecho y Paige constató que era el hombre más atractivo que había visto nunca... y su cara reflejaba el amor que sentía por ella.

«Estoy segura de que me ama tanto como yo a él. Ese es el mejor motivo para que dos personas se casen.»

Se acercó a él y observó cómo se dilataban sus pupilas al hacerlo. Por su estatura, el agua le llegaba mucho más arriba que a él, justo por debajo de sus senos. No se detuvo hasta tocarlo, rozando su pechó con los senos de forma ligera.

— ¿Sabes en qué estoy pensando? —le preguntó con voz sensual.

Yak apenas podía controlarse. Sabía que estaba temblando, consciente

de que Paige estaba tan cerca de él que no podía dejar de advertir cuál era su reacción hacia ella.

—No —el pronunciar esa simple palabra le costó realizar un gran esfuerzo.

—Creo que el motivo por el cual nunca me interesó nadie era que estaba esperándote. De alguna forma sabía que tú estabas en algún lado y que te reconocería en cuanto te viera —colocó sus brazos alrededor del cuello de Yak y se acercó más a él—. Me alegro de haber esperado.

La fuerte autodisciplina de Yak se quebrantó y la abrazó con fuerza. Sus bocas se unieron en un beso que contenía todas las emociones que él había reprimido durante todos esos días.

—Paige, te amo tanto —murmuró cuando al fin se separó un poco para respirar.

—Yo también te amo, Yak —le dijo con la respiración alterada—. Creo que te he amado toda mi vida.

En un árbol cercano, cantaba un ave y la brisa errante murmuraba entre el follaje. Yak volvió a buscar la boca de Paige pensando que el momento de dejar de luchar había llegado... sabía que eso era lo que necesitaba... lo que los dos deseaban y necesitaban. El resto del mundo se encontraba a años luz de distancia de ellos, Yak podía sentir el latir de su pulso contra su mano colocada en la base del cuello de Paige. Parecía que su corazón conseguiría horadar un hueco en su pecho con su violento latir. No podía resistir el acariciarla después de llevar tantas noches sin poder dormir, teniéndola en sus brazos, deseándola, decidido a resistir. Ahora toda su resistencia había desaparecido.

Paige sintió cómo sus caricias penetraban su cuerpo, trazando la curva de su cintura y caderas. Nunca había sido acariciada así y no tenía la menor idea de cómo reaccionaría. Quizá fueran sólo sus caricias lo que la hacían sentirse amada y deseada.

Yak se dio cuenta de que todavía estaban en el agua. La cogió en brazos y despacio se dirigió hasta la ribera del arroyo, sin dejar de besarla. Al salir del agua, se arrodilló sobre el césped y la dejó con suavidad sobre él. Su mano descansaba sobre las costillas de Paige y lentamente la deslizó sobre su estómago y siguió en ruta descendente. Se detuvo. Era tan delicada, tan hermosa...

Se tendió a su lado, decidido a no apresurarla. Se inclinó encima de ella,

su pelo acariciaba el hombro de Paige mientras sus labios se posaban en un seno. Su boca se posó un instante sobre el pezón.

Una sensación de languidez invadió a Paige, sus pensamientos parecían volar como la ligera nube que pasaba sobre ellos allá en lo alto. Sentía el contacto de la boca de Yak oprimida con tanta intimidad sobre su cuerpo; sentía que su mano la acariciaba sus caderas y muslos. El calor húmedo de su cuerpo irradiaba su aroma personal y lo encontraba excitante.

Sus dedos inciertos trataron de imitar lo que él la hacía. Yak había sido su maestro desde que estaban allí. Ese era el momento de recibir otra lección... esta vez sobre el arte de amar.

Su mano siguió las líneas de su pecho, apreciando los músculos de su abdomen, y bajaron más todavía, hasta que todo el cuerpo de Yak se estremeció.

—Lo siento —murmuró ella.

—No te preocupes. Sólo es que no estoy seguro de poder controlarme. Me temo que me has puesto en el límite de mi tolerancia.

Paige le miró a los ojos y vio en ellos amor y deseo. Con voz temblorosa le indicó:

—No tienes por qué controlarte conmigo, Yak. Sólo ámame.

—Lo hago y mucho.

Yak empezó a enseñarla cómo expresar su amor en términos físicos y Paige respondió como un capullo de rosa que se abre al sol en plena madurez. Durante años había esperado a ese hombre y la atemorizaba el pensar que podía no haberle reconocido cuando se conocieron. Pero no fue así. No había permitido que los convencionalismos, sus estilos de vida diferentes, ni sus distintos antecedentes la apartaran de él.

Ahora era suyo.

Yak hizo descender su cuerpo sobre el de ella con todo cuidado. Volvió a apoderarse de su boca y con una mano acarició la parte superior de sus muslos. Se apartó un poco hacia atrás para verle la cara y observar su reacción al hacerla suya por primera vez.

Paige levantó la vista con expresión adormilada y Yak sintió como si una mano gigantesca agarrara su corazón y lo oprimiera. ¿Cómo podía hacerle el amor si ella pensaba que estaban casados? ¿Cómo podía aprovecharse de lo que ella sentía por él sin decirle la verdad?

Cogió su cara entre sus manos.



—Paige, cariño, escúchame...

Su sonrisa hizo que se le paralizara el corazón.

—Te escucho. ¿Es este el momento en que me dirás que eres virgen?

—No —respondió con una risa que casi le ahogó—. No, me temo que no.

—Lo suponía. La mayoría de los aventureros de treinta y seis años que he conocido, tienen el mismo problema.

¿Cómo podía estar bromeando cuando todo era tan serio?

— ¿Cuántos aventureros de treinta y seis años has conocido? — murmuró él, no pudiendo resistir la tentación de volver a besarla.

Trató de hacer caso omiso de lo bien que sus cuerpos se acoplaban.

Ella devolvió su beso. Sin aliento, consiguió decirle:

—Más de una docena, estoy segura. No puedo recordar sus nombres en este momento.

—Perfecto, cariño, te deseo tanto...

—Pero temes lastimarme, ¿no es así? Por favor, no te preocupes. Si yo estoy dispuesta, no debe importarte.

—Paige, hay algo que debo decirte. No puedo hacerte el amor sin que lo sepas antes.

Su tono de seriedad la sorprendió. Luego se dio cuenta de lo tenso que estaba. El ambiente de seducción de unos minutos antes había desaparecido.

— ¿Qué sucede?

—Paige, el día del accidente me contrataste para llevarte a Flagstaff porque te habían comunicado que tu padre estaba... enfermo. El avión cayó unas horas más tarde.

Yak la sintió ponerse tensa debajo de él y se apartó de ella, recostándose de costado para observarla. Advirtió el millar de emociones que cruzaban por su cara y anheló poder protegerla de ellas, pero era demasiado tarde.

Paige sintió que un intenso dolor surgía en su interior. Emociones confusas la invadieron. Yak estaba diciéndola que no se conocían. La estaba diciendo que sólo era alguien que ella había contratado para llevarla al lado de su padre. Estaba diciéndola que...

Se puso de pie de un salto. Frenética buscó su ropa. Se volvió de espaldas para vestirse, negándose a mirar al hombre que permanecía donde lo había dejado.

Cuando terminó de vestirse le habló sin darse la vuelta.

—Así que todo esto ha sido una farsa. No sólo no estamos casados, sino que ni siquiera nos conocemos.

—Eso no es cierto, Paige. Quizá no nos conociéramos cuando me contrataste, pero hemos pasado varios días juntos, creo que los dos hemos aprendido mucho el uno del otro. Te he contado más de mí mismo de lo que jamás le he dicho a nadie.

Paige al fin se obligó a mirarle e hizo una mueca. No había hecho ningún esfuerzo por vestirse y eso le recordaba lo que había estado a punto de ocurrir entre ellos.

— ¿Quieres vestirme? —le pidió con un tono gélido que hizo que el corazón de Yak se oprimiese.

Se había tomado las cosas tal y como él suponía. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Paige, creo que necesitamos hablar acerca de esto.

— ¿Acerca de qué? ¿De lo tonta que he sido? En realidad no es necesario. La solterona frustrada encuentra al hombre de sus sueños y cree que está casada con él. Eso hace aceptables todas las fantasías, ¿no es así? ¡Estoy segura de que te ha sido difícil no reírte en mi cara!

—No me he reído, Paige. Me he enamorado de ti.

— ¡Cállate! No necesitas seguir fingiendo. Lo entiendo todo. Lo único que necesito saber es por qué iba a ver a mi padre. Estoy segura de que tú puedes decírmelo. Me dijiste que estaba enfermo. Mi padre nunca está enfermo.

Yak ya se había calzado y vestido. Se pasaron las manos por el pelo. Cuando se acercó a Paige ella se apartó de él.

—Me dijiste que tu padre había sufrido un ataque cardíaco. Por eso tenías prisa en llegar a su lado.

Paige se sintió débil y se dejó caer en la roca en la que habían estado sus ropas. La noticia la dejó abrumada. —Un ataque al corazón... —Así es.

— ¡Y me has tenido aquí todo este tiempo, mientras yo necesitaba estar en Flagstaff! —exclamó agitada.

—Bueno, como podrás ver, no cuento con una alfombra mágica que pueda sacarnos de aquí —comentó él, levantando un brazo—. De haberla tenido te habría enviado a su lado inmediatamente.

—Pero, entonces, ¿por qué no hemos salido de aquí?

—Porque necesitabas recuperarte. No sabía si tendrías la fuerza y energía suficiente como para enfrentarte a lo que probablemente será un recorrido muy duro —dejó caer las manos—. Tenía la esperanza de que alguien nos encontrara.

Abrumada, Paige contempló el tranquilo valle.

—Eres indio. ¿Por qué no has enviado señales de humo?

—Muy graciosa.

—No intento hacerme la graciosa. Estoy tratando de encontrar la forma de salir de este sitio.

—¿Y qué crees que es lo que yo he estado haciendo? —le exigió.

—Seducirme.

Se enfrentaron furiosos, heridos, desesperados. Su paraíso había desaparecido y con él cualquier esperanza.

Yak la contempló durante largo rato, con gesto sombrío. Al fin dijo:

—De haber tratado de seducirte, Paige, no habríamos entablado esta conversación. Habría seguido adelante y te habría hecho el amor —su boca esbozó una sonrisa irónica—. Te aseguro que tú no estabas haciendo nada por impedírmelo.

Se dio la vuelta y emprendió el camino río arriba, en dirección contraria a la tienda de campaña.

## Capítulo Ocho

Paige no recordaba cómo había vuelto a la tienda, pero se encontraba sentada a su lado. Su tienda. Habían pasado allí varias noches juntos, en brazos uno del otro, noches en las que se había preguntado por qué no le había hecho el amor.

Ahora sabía el motivo.

El dolor crecía y florecía en su interior y parecía consumirla. Todo el cuerpo le dolía y le temblaba como si tuviese fiebre.

«Estoy en estado de *shock*. Papá está enfermo. Mi matrimonio no existe.»

No había ningún Yak en su vida. Nunca lo había habido, nunca lo habría. Yak había sido un espejismo que se había prolongado más que los demás para después desaparecer.

«No te ha hecho el amor y ha podido hacerlo.» Un gemido escapó de sus labios.

«¿Cómo puedo volver a enfrentarme a él? ¿Cómo puedo pretender que no ha sucedido nada? Todo ha cambiado. Nada volverá a ser igual. No puedo volver a verle. No puedo hacerlo.»

Paige miró a su alrededor. Recordaba todo lo que había aprendido con Yak durante esa semana. Le había dicho que tendrían que ir río abajo si querían salir de allí a pie. No le había importado. No quería salir de allí. No sabía nada acerca de su padre.

«Papá, por favor, no te mueras. Te necesito demasiado. Nunca tanto como ahora.»

Una decisión cada vez más firme se apoderó de ella, haciéndola salir de su marasmo. Tenía que llegar al lado de su padre y tenía que alejarse de Yak. Se puso de pie y miró hacia el río. No sabía hacia dónde se había ido Yak y no la importaba. Él sabía que ella quería salir de allí. Miró hacia la tienda. No podría permanecer allí una noche más.

Una vez tomada la decisión, Paige no perdió tiempo en hacer acopio de algunas provisiones, coger una manta y ponerse su ropa más gruesa. Envolvió todo en la manta, hizo el bulto lo más pequeño que le fue posible y lo ató a su cintura con una cuerda. Eso le dejaba las manos libres.

Miró hacia el sol, tratando de adivinar la hora. Todavía quedaban varias horas de luz de sol. Quizá pudiera encontrar a alguien antes de que

anocheciera. Era mejor que tener que enfrentarse a Yak.

Horas más tarde, Paige se preguntaba si no se habría equivocado. Tenía calor, estaba cansada y hambrienta y el terreno se hacía cada vez más difícil. El arroyo se había alejado del hermoso valle y bajaba a un ritmo alarmante entre grandes peñascos y rocas sueltas. Se veía obligada a luchar contra los matorrales, con la esperanza de no perder el curso del arroyo, su única guía.

Paige se alegró de haber vuelto a trenzar su pelo. Se enredó en una rama saliente, pero habría sido peor si lo hubiera llevado suelto. Como estaban las cosas, sintió como si un gigante hubiera tratado de arrancarle el pelo de raíz.

La suave luz del atardecer bañaba las montañas a su alrededor cuando Paige resbaló y cayó rodando por una fuerte pendiente hasta quedar en el fondo. Para su fortuna quedó junto al lecho del río que había adquirido más fuerza después de haber salido del valle. Permaneció inmóvil, demasiado dolorida como para saber si estaba herida de verdad o no.

Al fin, Paige se obligó a sentarse. Sus ropas le habían impedido sufrir fuertes raspones, pero habían pagado el precio y ahora tenían varios desgarrones. Con cuidado, se examinó los tobillos. Parecían estar bien, y murmuró una plegaria de agradecimiento por haber salido bien librada.

Miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en un pequeño montículo sobre el río... no era un mal sitio para pasar la noche. No estaba muy lejos del agua, pero lo suficiente para no ser molestada por ningún animal que bajase al río. Al menos eso esperaba. Ya le había descrito algunos de los habitantes del área, que en su gran mayoría ella sólo había visto en el zoológico, y prefería que las cosas permanecieran así.

Si iba a pasar la noche en ese lugar, debía recoger leña para el fuego. Con renovadas fuerzas, se movió entre la maleza, buscando ramas secas. No tenía nada con qué cortarlas, pero llevaba cerillas consigo y había visto cómo Yak encendía el fuego utilizando las cortezas de las ramas secas.

Había aprendido mucho de él.

Se sentó y empezó a pensar en él. El ejercicio físico de las últimas horas la había hecho olvidar parte de su dolor emocional. De hecho, había conseguido identificar parte del mismo... orgullo y furia por haber sido engañada. La había mentido. Varias veces le había preguntado si estaban casados y siempre le había contestado afirmativamente.

Se preguntó el motivo de ello. ¿Qué beneficio sacaba él de la charada? De haberla hecho el amor la primera noche, o cualquiera de las siguientes,

podría haber comprendido mejor el engaño. Sacudió la cabeza. Nada tenía sentido.

Cuando consiguió encender el fuego, echó algunos alimentos en una cazuela, añadió agua y esperó que hirviera. Nunca se había sentido tan hambrienta, ni tan sola.

Sola. Paige nunca había pensado en el verdadero significado de la palabra. Siempre había estado demasiado atareada.

¿Y si se había perdido? ¿Qué sucedería si no encontraba a otra persona? ¿Qué le había hecho creer que podría salir con facilidad del lugar cuando Yak tenía tantas dudas acerca de ello?

Era una tonta. Su orgullo y sus sentimientos heridos habían empeorado las cosas y ahora había emprendido un camino del que no podría regresar. Ni siquiera estaba segura de poder encontrar la ruta de regreso hasta el campamento. Además, estaba demasiado cansada para hacerlo. Por primera vez en varios días, la cabeza le había vuelto a doler. Sabía que se había excedido.

Yak tenía razón. No era muy fuerte y no tenía muchas energías, pero debía seguir adelante.

Mañana. Descansaría esa noche y emprendería el camino al amanecer y de nuevo al día siguiente y al siguiente. Tenía alimentos. Permanecería cerca del río, así tendría agua. Tenía con qué abrigarse por la noche. Tendría éxito porque no tenía otra alternativa.

Yak sabía que tenía que volver a la tienda y enfrentarse a Paige, pero no lo deseaba. El agotador recorrido río arriba le había venido bien. Le había ayudado a despejar su mente de la fiebre que Paige provocaba en él cada vez que estaba cerca.

Nunca se había dado cuenta de lo aislado que vivía hasta que Paige había llegado a su vida. Desde que murió su madre, nunca había mantenido una relación estrecha con nadie. Nunca había tenido una responsabilidad hacia nadie; nunca se había preocupado por nadie que no fuera él mismo; nunca se había sentido obligado a proteger a nadie... más que a Paige.

Tenía razón en estar molesta. Pasó la tarde entera pensando en cómo se habría sentido él de estar en su lugar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que le debía haber afectado enterarse de la verdad, o quizá estaba

tan obsesionado por sus propios sentimientos que no había pensado nunca en los de ella.

La había herido y era la única persona a la que él nunca hubiera querido hacer daño. Pasó la tarde tratando de encontrar la forma de pedirla que le perdonara, de explicarle cuáles habían sido los motivos por los cuales había permitido que ella creyese que estaban casados.

También se enfrentó al problema que le había estado atormentando los últimos días. No había ningún futuro para ellos. Ella tenía su vida hecha y le había explicado las exigencias impuestas a un médico y la razón por la que no se había casado.

Él era consciente de que el matrimonio no había entrado nunca en sus planes. Lo llevaba en la sangre; era demasiado inquieto como para permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

Así que, ¿qué podría decirle a Paige? « ¿Te amo, pero no encajas en mi forma de vivir, por lo que es mejor que no nos casemos?»

Ya estaba anocheciendo, cuando un Yak de gesto adusto volvió a la tienda, decidido a enfrentarse a Paige y ser tan honesto con ella como le fuese posible. Pero descubrió que se había marchado.

Adivinó fácilmente cuáles habían sido sus movimientos. ¡Iba a intentar salir de las montañas por sus propios medios!

— ¡Paige! —su grito resonó por todo el valle, asustando a las aves y pequeños animales.

Por supuesto, ella ya no podía escucharle. Trató de adivinar cuánto tiempo hacía que había emprendido la marcha. Seguramente ya habían pasado varias horas. Dirigió la vista hacia el sol. Tenía que encontrarla. Deliberadamente, no la había mencionado nunca una serie de peligros que la habrían atemorizado... que le atemorizaban a él al pensar que se encontraba sola. No todos los animales de la montaña eran inofensivos. Había pumas y otras bestias salvajes que se podían convertir en depredadores muy peligrosos.

Yak desmontó la tienda y metió todas las cosas ordenadamente en su mochila. Apenas pensó en el avión, preguntándose si podría volver a encontrarlo. En esos momentos, tenía asuntos más importantes en los que pensar.

Con un trote ligero, emprendió la marcha, río abajo, siguiendo los pasos de Paige.

Yak se descubrió maldiciendo entre dientes, primer sonido que emitía desde que había salido del valle. Por sus huellas, sabía que Paige estaba cansada. Por supuesto que lo estaba. No había una senda clara y el terreno agreste en donde el arroyo caía hasta niveles inferiores era traicionero.

Ya casi había oscurecido y no podía alcanzarla. Lo más adecuado era esperar hasta que amaneciera y entonces volver a seguir sus pasos. Trataba de permanecer lo más cerca del río posible. Seguramente recordaba sus comentarios.

¿Recordaría también que le había dicho que la amaba?

Se arrodilló junto al río para beber agua, tratando de decidir qué hacer. Había ganado terreno, pero, ¿podría seguir adelante sin correr el riesgo de perderse o de caer y resultar herido?

«No puedo permanecer aquí», se dijo. Sacó una linterna de la mochila y reanudó la marcha. Le esperaba una larga noche.

Yak perdió la noción del tiempo. No parecía avanzar mucho y el tener que vigilar cada paso que daba con el auxilio de la linterna, no le ayudaba en nada. De pronto cambió su suerte.

La luna apareció por encima de los montes. Gracias al cielo había luna llena. En unos cuantos minutos la zona quedó bañada por una luz débil. Todavía tenía que tener cuidado. La luz era engañosa y tenía que impedir el meter el pie en un hoyo que podía confundir con una sombra.

Se detuvo un instante en la cumbre de un largo descenso y vio el resplandor de una hoguera. No se había dado cuenta de lo preocupado que estaba por ella hasta que vio la luz y su pequeño cuerpo acurrucado cerca del fuego. Sintió que las rodillas se le doblaban de alegría.

Estaba bien. Bajó lentamente, asegurándose de pisar en terreno firme a cada paso. A medio camino observó el lugar en que había caído ella. Las rocas y la maleza demostraban que había rodado. Su corazón dio un vuelco. Tenía que estar bien. De otro modo, no habría podido encender el fuego. Observó que había elegido un buen sitio. A pesar de todo, se sentía orgulloso de ella.

Paige se despertaba y volvía a quedarse dormida una y otra vez. Había encendido un gran fuego, no sólo para mantener el calor, sino para mantener alejados a los animales. Ya le había asegurado que la mayor parte de los animales salvajes tenían más miedo de las personas que el que ellas sentían por ellos, pero no estaba dispuesta a correr riesgos.



Pensaba en lo bien que dormía en compañía de Yak. Le extrañaba mucho. Su orgullo herido y sus arranques de autocompasión le servían de poco consuelo. Se preguntó qué estaría haciendo. Le imaginó sentado junto al fuego, allá en el valle, contemplando la luna. Esa noche era realmente hermosa. ¿La extrañaría? Quizá sintiera alivio al comprobar que se había librado de ella.

Paige se estremeció al recordar algunas escenas; había actuado como una esposa enamorada de su atractivo marido. Yak no la había alentado, sólo había tenido cuidado de no herir sus sentimientos. También le había dicho que la amaba.

Estaba segura de que no diría eso a muchas personas. Por lo que le había hablado de sí mismo, no dejaba que muchos se acercaran a él. Pero había sido muy amable con ella, le había enseñado muchas cosas acerca de la naturaleza que ella desconocía.

¿Volvería a verle?

— ¡Paige!

Se enderezó de súbito, preguntándose si habría soñado que la llamaba. Dirigió la vista hacia el fuego, y vio a Yak de pie junto a él. ¿No sería su imaginación? Parpadeó varias veces y al volver a abrir los ojos bien, él ya se acercaba a ella.

— ¡Yak!

Las heridas físicas y emocionales del día quedaron olvidadas. Sólo existía una idea en la mente de Paige. Amaba a Yak como nunca había amado a nadie en su vida. Ya no importaba que le hubiera mentido. Lo importante era que la había seguido y la había encontrado. Paige cruzó el pequeño espacio que los separaba y se arrojó en sus brazos.

«Qué bien la siento en mis brazos.»

«Me alegro de que esté aquí.»

«No estaba seguro de volver a verla.»

«Temía que no volvería a verlo.»

«Dios mío, cómo amo a esta mujer.»

« ¿Cómo puedo ocultar mi amor por él? »

— ¿Estás bien? —preguntó Yak con un tono apenas audible.

—Estoy bien ahora que estás conmigo —respondió ella con la cabeza hundida en su cuello.

— ¿Sabes? —Le dijo sonriendo—, lo único que tenías que haber hecho era decirme que ya te habías aburrido; podríamos haber emprendido la marcha juntos. — ¿Por qué no se me ocurrió? El recorrido ha sido muy duro.

Yak la soltó muy a su pesar y se quitó la pesada mochila de los hombros.

—He traído tu cama. Así estarás más cómoda.

—No he pasado frío. He conseguido hacer un buen fuego.

—Ya lo veo. Me siento orgulloso de ti.

— ¿Lo estás? —trató de mirarle a los ojos a la luz de las llamas.

—Más de lo que te imaginas.

Una fuerte corriente fluía entre ellos y sus mentes parecieron tocarse, recordar otro sitio, otros momentos, cuando su amor y la necesidad de expresarlo casi los había abrumado.

Yak rompió la tensión al darse la vuelta.

—Déjame montar la tienda de campaña, así podrás utilizar el saco de dormir. Yo dormiré junto al fuego. Empezaremos la marcha al amanecer. Quizá no tengamos que andar mucho para llegar a la civilización.

Paige le ayudó a extender las lonas; los dos trabajaban en silenciosa armonía. Al cabo de unos minutos, todo estaba listo.

— ¿Has comido algo? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

—He comido un poco de pan duro —admitió—. No quise perder tiempo calentando comida.

— ¿Quieres algo?

—No. Esperaré hasta mañana. Necesito descansar —se sentó junto a su manta y se quitó las botas.

Paige le observó incierta. ¿Qué esperaba de él? Se dio cuenta de que fuese lo que fuese, ella tendría que hacérselo saber. No era de los que se aprovechan de una situación, a pesar de haberle dicho lo contrario horas antes.

¿Qué quería ella? Se metió en la tienda y se quitó la camisa y el pantalón. Se acomodó en el saco y suspiró. Después de unos minutos, se sentó, preguntándose si Yak ya estaría dormido.

Asomó la cabeza. Estaba tendido sobre la manta, con la cabeza apoyada en sus manos y mirando el fuego. El ruido de la lona de la tienda captó su atención y se volvió hacia ella.

— ¿Estás bien?

Paige le sonrió. ¿Estaba bien? No lo sabía. No estaba segura de nada. Lo único que sabía era que estaba enamorada de él y que quería estar a su lado.

— ¿Por qué no duermes aquí? —preguntó.

—No me tientes. Me temo que no tengo mucha fuerza de voluntad esta noche.

Paige tragó saliva con dificultad, tratando de deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—Estoy invitándote a compartir el saco de dormir conmigo, Yak. No he mencionado que tu fuerza de voluntad te acompañe.

Yak la miró sorprendido. No había forma de malinterpretar sus palabras.

Como un sonámbulo, Yak se puso de pie. Se inclinó y con cuidado recogió las botas y la manta, y se acercó a ella.

Paige se apartó de la entrada para dejarle pasar. La única luz que había en el interior era el reflejo de las llamas exteriores. Se introdujo en el saco de dormir y esperó.

Por un instante, Yak permaneció inmóvil. Luego empezó a quitarse la ropa. Ella oyó el ruido y su corazón latió aceleradamente. Sintió que buscaba el borde del saco y lo levantó para él, guiándole con la mano. Le oyó contener la respiración cuando sus cuerpos se rozaron.

Nunca les pareció que el saco fuese tan pequeño. Habían podido compartirlo antes porque ella dormía prácticamente encima de él. Sólo tardó un instante en encontrar la posición a la que estaba acostumbrada: la cabeza sobre su hombro, el cuerpo oprimido contra el suyo y una pierna entre las suyas. Pero la tensión entre ellos era ahora casi intolerable.

Yak trató de controlar el ritmo de su respiración y los latidos de su corazón. Intentó pensar en todas las tareas desagradables que alguna vez había tenido que realizar. Trató de olvidar a la mujer que tenía en sus brazos. Cuando ella se movió, él se sintió perdido.

— ¿Yak? —murmuró ella.

— ¿Sí?

—Enséñame a amarte —advirtió el fuerte latir del corazón de él bajo la palma de su mano.

Paige levantó la cabeza un poco hasta hacer que sus labios se posaran sobre los suyos.

Yak estrechó su abrazo e hizo el beso más profundo. Había esperado a esa mujer durante toda su vida y ahora estaba en sus brazos. Intentó resistirse, pero ya no podía luchar contra algo que los dos deseaban con todo su corazón.

Paige había aprendido mucho sobre el arte de amar aquella tarde, junto a la cascada. Por vez primera había descubierto su naturaleza sensual y había adivinado algo de la de Yak. Quería darle placer, expresarle su amor de la mejor forma que pudiera.

Yak recordaba lo ocurrido esa tarde mientras la tenía en sus brazos y la besaba con pasión. Sabía que tenía la frente perlada de gotas de sudor provocadas por la lucha interior que acababa de mantener. No quería hacerle daño ni precipitar su acto de amor, pero sus emociones reprimidas estaban a punto de estallar.

Ella hizo darse la vuelta muy despacio y, con cuidado, se colocó encima de ella. Los brazos de Paige le rodearon el cuello en un abrazo impaciente, reafirmando su carencia de temor. Yak le pasó las manos bajo las caderas para acomodarla. Sus labios volvieron a unirse. La mujer era suya; lo sabía desde lo más profundo de su ser. Ella le esperaba y él la hizo suya con gran ternura y paciencia.

La fuerza de sus sentimientos hizo temblar a Paige.

«Ahora le pertenezco», se dijo.

Se sentía rodeada y consumida por él, llevada a la maravilla de su posesión, y al placer que experimentó cuando él empezó a mecerse suavemente en su interior. Se pegó más a él, aprendiendo a seguir su ritmo, a unirse a él para experimentar el gozo inefable de la relación física entre dos personas que ya se han fundido con sus emociones.

Sintió los fuertes músculos de su espalda bajo sus dedos; las manos de Yak acariciaron sus costados para luego deslizarse hasta los senos y su boca pareció querer memorizar el contorno de su cara. Pero ante todo, advirtió que una tensión crecía en su interior, como si se oprimiera un resorte, cada vez con mayor fuerza, y no pudo evitar emitir un grito cuando de pronto la hizo tocar el cielo iluminado por la luna y una cascada de estrellas fugaces la bañaron de luz.

Yak se dio un impulso final y la abrazó con tal fuerza que la hizo perder la respiración. Giró sobre su costado sin soltarla y respirando agitadamente. Al quedar sobre su pecho se sintió como si estuviese encima de una gran ola

y Paige no pudo reprimir la risa.

—Esa no es la forma más adecuada de responder a mi forma de hacerte el amor —gruñó él—. ¡Creo que mi corazón está a punto de detenerse y lo único que tú puedes hacer es reír!

—No me río de ti, mi amor. Nunca de ti. Sólo pensaba en la almohada tan activa sobre la cual he apoyado la cabeza.

Con la palma de la mano, palpó su sonrisa. Yak se acomodó para hacerla descansar a su lado y cogió su mochila.

— ¿Qué haces? —preguntó ella interesada.

—Busco una toalla, me siento como si acabara de salir de la ducha.

— ¿Quieres decir que el hacerme el amor equivale para ti a darte una ducha?

—Por supuesto que no —replicó él relajándose a su lado y acercándola más—. ¿Te he hecho daño?

—Si lo has hecho, no me he dado cuenta de ello —se levantó tratando de ver su cara, pero estaba demasiado oscuro—. Dime, Yak, ¿siempre es así?

—No tengo la menor idea. Nunca ha sido así para mí.

—Me lo preguntaba, porque, de ser así, me arrepiento de haber desperdiciado tantos años. Nunca imaginé que el hacer el amor pudiera ser tan hermoso.

—Ni yo tampoco. En realidad es la primera vez que hago el amor. Quizá nunca logre reponerme.

Paige apoyó la cabeza sobre su hombro con un suspiro de satisfacción. Si se salía con la suya, nunca le dejaría recobrase.

## Capítulo Nueve

El sueño de Paige fue maravilloso... plagado de luces, color y felicidad. Yak y ella estaban juntos, amándose el uno al otro en su luna de miel... ¿luna de miel? Abrió los ojos y le pareció que su sueño continuaba.

Estaba acurrucada contra el pecho de Yak, con la cabeza reclinada sobre el hombro y la mano sobre su corazón. Su cuerpo estaba perfectamente amoldado al suyo y una de sus piernas entre las de él. Allá en lo alto, el sol brillaba implacable sobre la tienda de campaña y se sentía como si fuesen muñecos de barro cociéndose en su horno.

Yak se agitó debajo de ella y la acercó más a él. Había un gesto de familiaridad en el movimiento que la hizo suspirar de satisfacción. Eran las pequeñas cosas que hacían que su corazón latiera con más fuerza.

Esa mañana no había prenda alguna que los separara y la ligera molestia que sentía le era nueva. El abrazo de Yak era más posesivo. Una de sus manos cubría su seno en actitud protectora. Levantó la vista para mirarle a la cara. Parecía cansado. Se dio cuenta de que nunca le había visto dormido. Los otros días él ya se había levantado cuando ella despertaba. Ahora podía observarle a sus anchas bajo una nueva sensación de posesión.

Estudió la gruesa línea de sus cejas, que casi se unían sobre su nariz y tomó nota de la forma en que su piel brillaba con el calor de la tienda. Unas negras pestañas descansaban contra sus prominentes pómulos, que le daban una apariencia autocrática, casi arrogante. Su dedo trazó el contorno de su fuerte barbilla y luego la línea del mentón hasta llegar al oído.

Yak hizo un movimiento brusco y capturó su dedo entre los dientes, obligándola a gritar.

— ¿Es ésta la forma de tratar a su agotado guía indio cuando está tratando de recuperar el sueño atrasado? —le recriminó con voz sensual.

— ¿Crees que yo tengo la culpa de que estés cansado? —preguntó mirándole con suspicacia.

—Cariño, si no puedes recordar nada, tienes un caso de amnesia más grave de lo que imaginaba —replicó agarrándola del cuello.

La boca de Paige quedó a sólo unos centímetros de la suya. Luego capturó sus labios y el lánguido beso que se dieron los hizo olvidarse de las bromas.

Por supuesto que recordaba. Había despertado varias veces en el

transcurso de la noche al sentir las caricias sensuales de Yak, recibiendo la impresión de que él quería memorizar cada centímetro de su cuerpo. ¿Cómo podría olvidarlo?

La forma en que la amó fue lenta y muy completa. Paige sabía que podría pasar el resto de su vida en sus brazos sin cansarse.

— ¿No crees que ya deberíamos levantarnos? —logró murmurar cuando el beso terminó.

—Debíamos haber emprendido la marcha hace varias horas —reconoció él a su pesar.

Paige empezó a retirar su pierna y los muslos de Yak la atraparon con fuerza, manteniéndola prisionera... una prisionera muy dispuesta. Por la posición en la que estaba, podía advertir el efecto que causaba en él. A pesar de su escasa experiencia, había tenido la habilidad de responderle, de satisfacerle... y de hacer que todavía siguiera deseándola. Paige suspiró de satisfacción y placer.

Yak la obligó a colocarse encima de él.

— ¿Es esto lo que llaman una vista desde la cumbre? —preguntó sonriente.

—Puede ser. ¿Qué te parece?

—Puede llegar a convertirse en un hábito.

La boca de Yak buscó el punto en su cuello en el que latía su pulso. Con la lengua exploró su piel hasta hacerla estremecerse, y luego, con los labios, trazó una ruta hasta su barbilla.

El tiempo ya no importaba. Estaban perdidos en el placer de aprender el uno del otro. Yak la llevó hasta nuevas dimensiones de placer, a nuevas intimidades que hicieron a Paige descubrir la maravilla de compartir un amor profundo y excitante.

Esa mañana, Paige marcó el ritmo de sus movimientos. Colocada encima de él, descubrió la forma de excitarle y atormentarle hasta que él, con su mayor fortaleza, la obligó a aceptar que la penetrara, conclusión por lo demás sumamente satisfactoria para los dos. Ella señaló el ritmo de su excitación gradual que los llevó hasta su cima desde la que se lanzaron a un abismo de sensaciones y placeres para volar en círculos lentos hasta que volvieron a la tierra, envueltos en sus brazos. Luego, agotada por el ejercicio, Paige se dejó caer sobre el pecho de Yak.

Teniendo el oído oprimido contra su pecho, oyó el rugir de su voz,

cuando él habló.

—Necesitamos ponernos en movimiento, mi amor.

—Creía que eso habíamos hecho —respondió sorprendida, levantando la cabeza para mirarle.

—Me refiero a que necesitamos seguir el camino... si es que lo hay —añadió con una sonrisa que iluminó la pequeña tienda.

— ¡Oh! —exclamó ella y pensó en su padre.

Yak y ella llevaban juntos casi una semana. Eso quería decir que había sufrido el ataque cardíaco una semana antes. Siete días. Si había conseguido superar el ataque inicial, ya habría salido de la etapa de crisis. ¿Lo habría logrado?

Se sentó, separándose del cuerpo de Yak en un ágil movimiento. Él fingió sentir un alivio exagerado, pero ella lo ignoró. También hizo caso omiso de su desnudez al abrir la entrada de la tienda y salir al exterior. Era otro día hermoso.

Se miró un hombro y descubrió un gran rasguño, seguramente resultado de sus correrías del día anterior. Se acercó al arroyo y se lavó el raspón y la cara.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que unas manos la agarraban de la cintura y la arrojaban al río.

Los dos cayeron al agua con gran escándalo. Su grito fue provocado más por lo inesperado de la situación que por la temperatura del agua. Emergió con grandes aspavientos, sólo para descubrir que el agua le llegaba a la cintura. Ya se había sentado, por lo que el agua le llegaba casi al cuello.

— ¡Vaya modales! —exclamó con su mejor tono de indignación.

— ¿Te parece que dejan algo que desear? —el tono de arrepentimiento de Yak distaba mucho de ser sincero.

—Podía haberme ahogado.

—No mientras yo te sujetara.

Su sonrisa contagiosa destruyó por completo los esfuerzos de Paige por recriminarle su comportamiento. Resolvió el asunto arrojándola agua a la cara, lo que dio lugar a una gran batalla que asustó a la vida silvestre que los rodeaba.

Paige no recordaba cuándo había sido la última vez que había actuado con tanto infantilismo. Cuando fue evidente que Yak se adelantaba a todos



sus movimientos, Paige reconoció su derrota y procedió a darse un baño, como si el meterse al agua hubiese sido idea suya.

Cuando al fin salió del río, Yak ya había preparado el desayuno. Paige se sorprendió de lo desinhibida que se había vuelto frente a él. Le quitó la camisa y se la puso con toda tranquilidad, después de secarse; comió despreocupada ignorando las constantes miradas indiscretas de Yak. Ella se había cubierto con toda modestia. No tenía la culpa de que él fuera consciente de que no llevaba nada debajo de la prenda.

—Nunca pensé que podría llegar a tener envidia de una camisa mía — comentó él al terminar su café.

—Dígame, señor, ¿cuánto tiempo hace que tiene ese apetito sexual insaciable? —preguntó ella asumiendo su mejor tono profesional.

—Sólo cuando estoy cerca de usted, doctora —replicó él, inclinándose para recoger los cacharros.

—Ya veo. Entonces la solución es sencilla —se puso de pie y se dirigió a la tienda de campaña.

— ¿Lo es? —la vio alejarse de él con movimientos sugestivos.

—Por supuesto. Retiramos la fuente del mal y acabamos con el problema — respondió ella antes de desaparecer dentro de la tienda.

— ¿No le parece una medida un poco drástica? —preguntó él levantando el tono de voz para que le oyera mientras fregaba y recogía los trastos.

Paige reapareció unos minutos más tarde, castamente vestida con sus ropas desgarradas.

—Drástica, quizá, pero muy efectiva.

Entre los dos desmontaron la tienda. Cuando todo estuvo guardado en la mochila de Yak y en un bulto más pequeño para que Paige lo llevara, Yak comentó:

—Preferiría otro tipo de curación, aun cuando fuera menos efectiva.

Siguieron el curso del río, Yak inició la marcha y Paige le siguió. Admiraba la amplitud de sus hombros y la forma despreocupada en que llevaba los casi treinta kilos de su mochila.

—Bueno, quizá sea necesario probar varios sistemas para encontrar la cura indicada.

—Lo que usted indique, doctora —respondió él sin volverse—. Sé que

estoy en buenas manos así que cuenta con mi autorización para realizar los experimentos que desee.

«Mi único deseo es estar cerca de ti», se dijo ella, pero pensó que era mejor no expresarlo en voz alta.

Yak parecía devorar los kilómetros. Tenía facilidad para elegir la ruta más fácil y Paige se reprochó no haber controlado sus sentimientos el día anterior y haber emprendido la marcha ella sola. Cuando el camino se hacía difícil, Yak la ayudaba y se sintió feliz al advertir la admiración de él al ver que seguía su paso sin protestar. A media tarde pareció agotarse su buena suerte. El río desapareció por un hoyo en la ladera del cañón que estaban cruzando. Con los brazos en jarras, Yak estudió el terreno que los rodeaba. Se encontraban en un aparente callejón sin salida.

— ¿Por qué no nos quedamos aquí? Es un buen sitio para descansar y comer algo —señaló al fin.

Paige se dejó caer en el suelo agradecida. Hacía dos horas que su cuerpo protestaba por el abuso, pero estaba decidida a no pedir a Yak que se detuviesen. Se negaba a admitir que aquello fuera demasiado para ella.

Yak tenía razón. Se encontraban en un sitio con abundantes sombras y el agua seguía estando muy limpia. Un poco dolorida, se arrodilló junto al río y cogió agua en sus manos para beber. Luego se echó un poco en la cara para refrescarse. ¿Había sido esa mañana cuando habían estado jugando en el río? Le parecía que eso había sucedido muchos años antes.

El tiempo que llevaban juntos le parecía eterno. Apenas sí recordaba el período anterior a su relación con Yak y se negaba a pensar en lo que serían sus vidas una vez que volvieran a la rutina diaria.

Yak le pasó un trozo de pan con jamón. Sujetaba una taza con agua fría en la otra mano.

—Gracias —murmuró ella, sentándose con las piernas cruzadas debajo de la sombra de un árbol.

Yak la observó preocupado. ¿La habría hecho esforzarse demasiado? Parecía diferente... como si apenas se conocieran o como si ella no sintiese nada por él. Allí estaba la diferencia. Desde el momento en que se había dado cuenta de su presencia después del accidente, ella había manifestado afecto por él. Ahora actuaba como si se hubiese levantado una muralla entre ellos. Se sentó junto a ella. Quizá estuviera tratando de protegerle. Ya había tenido tiempo de analizar su relación, o quizá, la carencia de ella en cuanto a

formalidad. No obstante, se había entregado a él... sin ninguna reserva. ¿Qué significado tendría eso?

¿Habría encontrado al fin a un hombre que la excitara y había decidido completar su educación? ¿Qué significaba él para ella? Ella era una mujer con carrera y él una especie de salvaje. Terminó de comer, se tendió en el suelo bajo la sombra y cerró los ojos. Se negaba a preocuparse por ello. Él no tenía nada que ofrecerla y ambos lo sabían. Desde niño había aprendido a tomar lo que la vida le ofrecía sin cuestionarlo. Como filosofía, no era una mala forma de sobrevivir. El secreto estaba en no desear algo que no se podía obtener.

Paige observaba la posición relajada de Yak y envidiaba su facilidad para dormir, despertarse alerta inmediatamente y estar siempre controlando sus emociones. Su problema consistía en que había despertado en ella emociones que ni siquiera sabía que existieran. Ahora que habían despertado, Paige no sabía qué hacer con ellas. Tratar de manejar las emociones bajo una base intelectual era imposible. Las emociones son como niños sin control, que escapan de cualquier restricción a la menor provocación. No importaba cuánto tiempo pasase razonando con ellas, siempre conseguirían escapar, haciendo caso omiso de las consecuencias.

Lo que ella necesitaba mantener presente era la necesidad de llegar a Flagstaff. Hasta entonces, su padre y su profesión habían sido su vida entera. Sólo podía rezar para que su padre estuviera mejor. Mentalmente hizo un recuento de los puntos que su padre tenía a su favor: su juventud relativa y el hecho de que cuidaba mucho de sí mismo y de que era consciente de la importancia de mantenerse en buen estado de salud. Paige no tenía otra alternativa que el dejarlo en las manos de Dios, rezando para que el, con su misericordia, le concediera el favor de pasar unos años más en su compañía.

Por primera vez, Paige comprendió que había considerado siempre a su padre como algo natural. Aun cuando había querido mucho a su madre, su manera de pensar siempre había sido igual a la de su padre, y le había sido difícil relacionarse con su madre. Comprendía el dolor que ella sentía por estar siempre al margen de la vida de su padre, pero ella no podía estrechar su contacto porque se había hecho parte de la vida de él tan pronto como había podido.

«En lugar de permanecer quieta deseando algo, siempre he ido en su busca», se dijo sorprendida. Esa súbita comprensión de su carácter la

asombró.

—Necesitamos continuar, Paige... —la voz profunda de Yak la sacó de un sueño profundo.

No había tenido la intención de quedarse dormida, sólo de descansar un poco. Yak estaba frente a ella, tendiéndole la mano. Se agarró a ella y se puso de pie. Yak incrementó su impulso para hacerla caer en sus brazos. Lentamente se apoderó de su boca y le dio un beso largo y profundo.

« ¡Maldición!» Su reciente resolución de mantenerse alejada de él desapareció en el acto y sintió que sus cuerpos se fundían.

«No es justo».

Devolvió su beso con fervor hasta que él se separó con expresión tensa.

—Me gustaría salir de esta zona antes de que caiga la tarde. Espero que el terreno se nivele un poco más abajo. Existe la posibilidad de que el río salga a la superficie de nuevo y que podamos encontrarlo.

Una vez más, Yak marcó el paso y Paige le siguió. No dejaba de preguntarse qué habría sucedido si le hubiera tocado otro piloto; uno que no supiera cómo sobrevivir en el campo. Sacudió la cabeza con impaciencia.

«No pienses en ello. Sólo da las gracias porque Yak te haya tocado.»

Tuvo motivos para reiterar su idea varias veces mientras seguían recorriendo el camino tortuoso de los siguientes kilómetros. Ya no tenían el río que los guiara. Subieron la ladera de un monte y luego otra. Paige se preguntaba cómo sabría Yak qué camino seguir. Estaba totalmente desorientada y agotada.

La noche caía sobre ellos con su toque místico cuando Yak por fin se detuvo.

—Acamparemos aquí.

Paige miró a su alrededor. El lugar no le parecía diferente a muchos de los sitios por los que habían pasado, pero no dijo nada. En vez de ello, ayudó a Yak a montar la tienda de campaña, a extender el saco de dormir, a reunir leña y a preparar una cena sencilla.

Los dos estaban demasiado cansados para hablar. Pasaron poco tiempo delante del fuego después de cenar. Casi inmediatamente los dos se metieron en el saco de dormir y se quedaron dormidos.

Empezaba a amanecer, pero el sol todavía no había salido cuando Yak despertó a Paige. Ella gimió, tratando de encontrar su cómoda almohada.

—Tenemos que levantarnos, mi amor —murmuró él, sacándola de su sueño.

Paige se enderezó, sintiendo dolor en sitios que ni siquiera imaginaba que existían. Creía que estaba en buena condición física, pero la aventura la había convencido con rapidez de que no era así.

Yak sintió que se le oprimía el corazón al ver sus movimientos torpes. Estaba asombrado por la energía y el valor que había demostrado, pero ya no podían perder tiempo. No tenían agua y las provisiones disminuían. Tenían que llegar a un sitio poblado ese mismo día. Paige se vistió con dificultad, jurando quemar su ropa en el mismo momento en que pudiese comprar otra. Ya estaba cansada de ella, de andar, de ir detrás de un robot que parecía no cansarse nunca, de sentir hambre o de tener sed. Le miró furiosa y se quedó paralizada. La observaba con una ternura tal, que hizo que sus lágrimas fluyeran.

—Oh, Yak, te amo tanto. Siento ser una carga para ti.

—Yo también te amo —replicó dándole un fuerte abrazo—. Y te estás comportando de maravilla. Espero salir de aquí hoy mismo.

—¿De verdad crees eso? —preguntó ella sorprendida.

Él asintió, no sintiéndose capaz de contestarla de forma más enfática.

—Será maravilloso. Imagínate lo agradable que será darnos un baño caliente y comer algo diferente a embutido y frutos secos, además de dormir en una cama confortable.

—¡Pero señora, usted ha pagado una fortuna para realizar este safari por las selvas de Arizona oriental! Creía que usted quería sacarle todo el jugo posible a su dinero —bromeó él con un flemático acento británico.

—Es verdad, buen hombre. Sin embargo, el folleto de propaganda no hacía referencia alguna al ejercicio. De haberlo sabido, me lo habría pensado dos veces.

—¿Cree usted que es necesario revisar el folleto? —preguntó él rascándose la cabeza en actitud pensativa.

—Por supuesto, sin embargo, no espere usted recibir muchos clientes.

—Pero *madame*, sólo atendemos a clientes muy selectos. Seguramente ya lo habrá observado.

—Me alegro de oír eso —replicó ella riendo, después de mirar la desgarrada y sucia ropa de ambos, y las maltratadas provisiones y equipo de campaña que los mantenían vivos—. No quiero nada que no sea lo mejor.

Creí que ya lo había comprendido —volvió la vista hacia él— y me alegro de que sea así.

Estaba irresistible con ese estado de ánimo y Yak ni siquiera intentó reprimirse. La abrazó y le dio el beso más ferviente de que fue capaz. Unos minutos más tarde, la dejó libre.

—Insisto en que debemos emprender la marcha.

—Lo sé.

—Podría quedarme todo el día aquí haciéndote el amor; ya lo sabes.

—Me alegro —murmuró ella, todavía maravillada por el milagro que los había unido y provocado sentimientos tan similares entre ellos.

Yak la apartó a un lado con firmeza y salió de la tienda y Paige guardó rápidamente en la mochila lo poco que habían utilizado la noche anterior y metió el saco de dormir en su bolsa; ya casi tenía la misma práctica de Yak. Casi.

«Un poco de adoración a sus héroes nunca ha hecho daño a nadie», se dijo.

Cansada, salió de la tienda para iniciar un nuevo día.

## Capítulo Diez

Volvieron a encontrar el río a media mañana, pero no se parecía en nada al que habían venido siguiendo. Éste corría a raudales y fuera de control. Yak encontró un remanso poco profundo que ya había sido calentado por el sol y sugirió que hicieran una pausa para refrescarse. Paige reafirmó el lujo que podría ser el agua. Era maravilloso volver a sentirse limpia. Se soltó el pelo y se lo lavó, deleitándose con el agua fresca.

«Es asombroso lo diferente que se ven las cosas cuando estás limpia y bien alimentada», se dijo Paige, buscando a Yak para compartir con él su idea, pero al verle, abandonó su intención.

Se encontraba debajo de un saliente rocoso desde el que surgía una cascada, dándose una vigorizante ducha. Sólo pudo dedicarse a contemplar su inconsciente belleza masculina. Su piel bronceada brillaba bajo el sol y el agua y, con la vista, trazó una ruta desde su amplio pecho hasta su cintura y caderas para seguir por sus muslos y piernas. Sólo sus pies estaban ocultos por el agua.

Se quitó el pelo de la cara y nadó hacia él, haciendo caso omiso de la fuerza de la corriente. Las aguas turbulentas la cubrieron varias veces, pero nunca apartó la vista de él. Ya se había vuelto de espaldas a ella. Tenía la cara levantada para recibir en ella la fuerza del torrente y no se dio cuenta de que ella se aproximaba. Andando, se acercó a él hasta casi poder tocarlo. No podía escucharla con el ruido producido por el agua que caía, pero presintió su presencia y se dio la vuelta como si supiese que allí estaba.

El mensaje en los ojos de Paige era inconfundible y avivó la llama que en él ardía desde el momento en que la había visto por vez primera. Sin decir palabra, la cogió en brazos y salió del agua. Todas sus pertenencias estaban guardadas, pero vio la manta en la que Paige llevaba su carga y sin pensarlo un segundo, la cogió, la extendió y recostó a la joven sobre ella. Todavía sin decir palabra, la tomó en sus brazos, su necesidad era evidente. Su comunicación fue más básica que el habla al abrazarse, y una explosión de deseo los invadió.

No había tiempo para gentilezas, su unión fue un acto de fiera posesión. Se pertenecía el uno al otro y utilizaron el acto de amor para reforzar esa manifestación. Yak penetró en ella con un movimiento poderoso y ella le correspondió de igual forma, con los brazos enredados en su cuello, fomentando el efervescente cúmulo de emociones que los invadía.

«Eres mía, eres mía, me perteneces, eres sólo mía...» su ritmo seguía la letanía de frases que pasaban por la mente de Yak.

Paige correspondió como si pudiera oír sus palabras y las reafirmara. Volvió a alcanzar ese otro mundo de sensaciones de placer, flexionando su cuerpo de forma convulsiva al caer por el precipicio. La agitada respiración de Yak llenó su mundo cuando realizó su impulso final para caer en sus brazos.

«Siento que cada una de mis partes se ha fundido y vuelto a moldear alrededor de él».

Le gustaba sentir el peso de su cuerpo contra el suyo; sabía que en esa ocasión había perdido el control de sí mismo y eso la satisfacía. No había conseguido ocultarle por completo cuáles eran sus sentimientos.

Todavía estaban estrechamente abrazados, cuando el mundo empezó a hacerse presente de nuevo en sus conciencias. Yak se sentó. Cruzó los brazos sobre sus rodillas encogidas y reclinó la cabeza sobre ellos.

—Te pido disculpas.

— ¿Por qué? —Paige se sentía demasiado débil para moverse, pero se obligó a levantarse hasta quedar sentada.

—Por ser tan rudo contigo.

—Quiero que sepas que no me importa en absoluto. Lo he pasado realmente bien.

—Paige, eres para mí una caja de sorpresas —le dijo después de levantar la cabeza. Al verla sonriendo, apoyó su frente contra la suya—. Siempre me dices algo inesperado. Eres distinta a todas las mujeres que he conocido. ¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó en un suspiro.

— ¡Amarme! —exclamó ella con un tono alegre.

— ¿Será suficiente? —insistió él con los ojos llenos de emoción.

—Así tendrá que ser —respondió ella, sintiendo su incertidumbre como si fuera propia.

A media tarde se encontraron frente a un dilema. Necesitaban cruzar el río, pero el agua turbulenta adquiría proporciones peligrosas. No había ningún sitio por el cual pudieran seguir avanzando. Yak analizó todas las alternativas. Podrían permanecer en ese lado del río con la esperanza de que los llevara hacia la civilización, pero el cruzarlo era la forma más rápida de encontrar ayuda. Había visto la primera señal de la existencia del siglo XX en la última cumbre, una enorme antena en la cúspide. Por necesidad, la antena



tenía que estar cerca de una casa, lo cual significaba que habría una carretera próxima. El momento de dejar su guía, el río, había llegado, pero primero tenían que cruzarlo.

Yak trazó planes cuidadosos. Se detuvieron y comieron en primer lugar. Luego construyó una pequeña balsa para llevar en ella las provisiones. Se quitaron toda la ropa que pudieron para que la fuerte corriente no dificultase sus movimientos. Se alegró de que las fundas de la tienda y el saco de dormir fuesen impermeables. Todo lo que hizo para cruzar el río habría tenido éxito de no ser por un detalle imprevisto, un detalle que dio al traste con todas sus precauciones.

— ¿Te das cuenta de que nunca podremos ser vistos en público si perdemos la balsa? —preguntó Paige cuando al fin todas sus pertenencias y ropa quedaron atadas al pequeño transporte.

Ella llevaba su pantalón corto y la camisa atada bajo los senos. Yak sólo había conservado su calzoncillo.

—Éste no es el momento más apropiado para preguntártelo, ¿pero qué tal se te da nadar? —inquirió Yak con una ligera sonrisa, la cual no consiguió ocultar su preocupación.

—Mejor que a la mayoría —le aseguró ella—. No he ganado medallas ni nada parecido, pero me defiendo.

—Es difícil saber la profundidad del agua —comentó Yak contemplando el torrente que pasaba raudo frente a ellos—, pero creo que éste es el mejor punto para cruzarlo.

Una rama de árbol pasó flotando frente a ellos, para luego desaparecer succionada por el agua.

—Las lluvias en las montañas deben haber provocado esta crecida. Normalmente en julio los ríos que descienden de ellas van muy tranquilos.

—Es evidente que alguien ha olvidado decirle a éste en qué mes estamos.

—Craso error, pero ya no podemos remediarlo —Yak se introdujo en el agua hasta las rodillas. Tirando de la balsa, le indicó a Paige que le siguiera—. No voy a intentar agarrarte. Sería más un estorbo que una ayuda —señaló hacia el otro extremo a unos ciento cincuenta metros río abajo—. Allí es donde espero que salgamos. Cuando la corriente te atrape sigue nadando en línea recta tan deprisa como te sea posible —la observó meterse en el agua junto a él.

«Sólo será una aventura más que narrar a mis nietos», se dijo Paige con su decidida actitud de siempre.

Yak la dejó que se adelantara, deseando mantenerla bajo su campo visual. Tiró de la balsa, manteniéndola contra la corriente, frente a él, para controlarla mejor... lo cual le impidió ver el tronco que de pronto emergió junto a él. No pudo esquivarlo; sus largas raíces atraparon la balsa, lanzándola por los aires y ésta golpeó a Yak, llevándolo consigo río abajo.

Paige estaba concentrada en nadar con todas sus fuerzas contra la corriente. Se preguntaba cuánto podría resistir cuando oyó un fuerte impacto a su espalda. Volvió la cabeza justo a tiempo para ver caer la balsa dando tumbos y a Yak desaparecer bajo el tronco del árbol.

— ¡Yak!

El agua le llenó la boca, haciéndola toser. Luchó por mantener la cabeza fuera del agua y empezó a nadar a toda velocidad tras el gigantesco tronco. El agua arremolinada seguía cubriéndola y no pudo mantenerse cerca del madero. Tenía que encontrar a Yak. Tenía que estar bien. No podía pasarle nada. Era demasiado fuerte. Había pasado por situaciones más peligrosas y había conseguido sobrevivir. Era rudo. Lograría salir adelante. Estaba segura de ello.

Primero pensó que su pie había rozado algo, luego se dio cuenta de que había tocado fondo. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, luchó contra la corriente hasta salir a tierra firme y se dejó caer. Permaneció allí, tratando de recuperar el aliento y coger nuevas fuerzas. Tenía que levantarse e ir en busca de Yak... él la necesitaba.

Cuando Paige abrió los ojos, sabía que había pasado demasiado tiempo. El sol se había trasladado hacia occidente. Temblorosa, miró a su alrededor. La cumbre sobre la cual estaba la antena ya no era visible. Ni siquiera estaba segura de en qué dirección buscarla. Sólo sabía que estaba en la ribera del río. Éste seguía corriendo raudo, pero no había señal de Yak. Sintió escozor y se miró las piernas. Tenía varios raspones. Hizo caso omiso de ellos.

Yak iría río abajo. Por tanto, tenía que tomar esa dirección. Era la decisión lógica. No podía desperdiciar energías... tenía que encontrar a Yak.

Dando tumbos, siguió el curso del río, pero sin encontrar a nadie. Le parecía estar sola en el mundo.

«Quizá Yak haya descubierto que el tronco era un medio de transporte más rápido».

Siguió caminando. Sólo cuando vio la balsa flotando inocentemente en un remanso empezó a llorar. Lloró mientras tiraba de ella para sacarla del agua y extendió las provisiones y la ropa para que se secaran. Ni siquiera sabía por qué lo hacía. Todo estaba empapado, quizá, ése fuera el motivo. O quizá lo hacía porque Yak había puesto toda su atención en protegerla a ella y a sus pertenencias, pero no en protegerse a sí mismo.

«No voy a permitir que me dejes, maldita sea, ni tú ni tus cosas. Te encontraré aunque tarde toda la noche».

Pero no fue así. El sol se había puesto tiñendo el cielo con sus últimos rayos escarlata, cuando Paige vio que algo estaba en el agua. No podía correr; la mochila le pesaba tanto que tenía que poner el pie firmemente en el suelo a cada paso para mantener el equilibrio. Ni siquiera estaba segura de querer averiguar de qué se trataba.

Yak se encontraba tirado sobre una gran roca que sobresalía en el centro del río. Cuando el tronco que le había arrastrado chocó contra la peña, salió despedido hacia arriba y le dejó libre, pero en ese instante, Yak apenas estaba consciente. Se había aferrado a la piedra hasta recuperar fuerza suficiente para trepar por ella, pero no lo suficiente como para salir del agua.

Paige dejó caer la mochila y le observó. Estaba muy pálido y demasiado quieto, pero respiraba. Un lado de su rostro sangraba y estaba lleno de raspones, pero estaba vivo. Todo su costado parecía haber sido embestido por un toro furioso.

Si pudiera llegar a su lado...

Luego recordó la balsa. ¿A qué distancia la había abandonado? No podía recordarlo, pero no importaba. Tenía que encontrarla. Rápidamente volvió hacia atrás, el temor daba agilidad a su cansado cuerpo. Ya casi había oscurecido cuando regresó. Ya no se había movido.

Necesitarían una fogata, pero Paige no quiso perder tiempo, antes de llevar a Yak a tierra firme. La roca en la que se encontraba era lo suficientemente grande como para mantenerle fuera del constante batir del agua. Se introdujo en ella, sorprendida por lo mucho que se había enfriado y empujó la balsa delante de ella. La corriente no era tan fuerte a esas alturas y sólo tuvo que recorrer unos cuantos metros antes de volver a tocar fondo.

— ¿Yak? —Se acercó a él, luchando por no dejar escapar la balsa—. Yak, por favor respóndeme —cogió agua con la mano y se la echó a la cara. Él lanzó un gemido de dolor—. Yak, necesitamos sacarte de aquí. ¿Puedes

ayudarme?

Los ojos de Yak se movieron y luego volvió a quedar quieto. Paige no tenía tiempo que perder. Tirando de él por el costado no herido, consiguió que empezara a deslizarse hasta el agua. Con un movimiento rápido, Paige acomodó la balsa para que le sujetara la cabeza. Si se mantenían a flote, podrían salvarse.

Paige no recordaba los detalles de la pesadilla que fue el recorrido hasta la ribera, ni cómo consiguió sacarle del agua, pero lo hizo. Le recostó en la manta y le arrastró hasta la fogata que pudo encender. Una vez más las precauciones de Yak surtieron efecto. Los fósforos se habían mantenido secos en su bolsa impermeable.

El paso siguiente consistió en revisar sus heridas. A la luz de las llamas advirtió que una parte de su cara estaba muy mal, pero había dejado de sangrar. Su costado estaba en carne viva desde el hombro hasta la cintura. Su pulso latía firme y regular... buena señal... pero tenía un fuerte golpe en la frente, lo cual justificaba su estado de inconsciencia.

«Parece que éste será el viaje de las heridas en la cabeza. Me pregunto si sabrás quién eres cuando despiertes».

Necesitaba mantenerle caliente. Acercó la manta al fuego y se aseguró de que estuviera seca antes de volver a envolverle en ella. Cuando Yak recuperó el sentido, Paige estuvo a punto de llorar de alivio. Le acarició una mejilla y le preguntó:

— ¿Cómo te sientes?

—No estoy seguro —respondió él, después de abrir los ojos con un gesto de dolor, para luego iluminarse al reconocerla—. Me siento como si hubiera participado en una pelea —se tocó la cara e hizo una mueca de dolor.

—De hecho... —Paige trató de dar a su voz un tono despreocupado—... ésa es la apariencia que tienes —le apartó el pelo de la frente—. ¿Cómo sientes tu costado?

Yak hizo una aspiración profunda pero se detuvo al instante, el dolor que reflejaba su cara era evidente.

—No muy bien.

—No puedo estar segura sin radiografías, pero puedes tener una o dos costillas rotas.

— ¿Qué pasó?

— ¿Qué es lo que recuerdas?

—Recuerdo que iba a cruzar el río y algo me golpeó —respondió con una sonrisa al advertir que los papeles se invertían—. ¿Qué fue?

—El tronco de un árbol. Te enredaste en sus raíces y te arrastró río abajo.

—Pude haber muerto ahogado —comentó él mirándola.

—Así es.

— ¿Cómo me encontraste?

—Muy fácil. Estabas tomando el sol sobre una roca en medio del río.

—Eso lo recuerdo... recuerdo que trataba de aferrarme a ella para no volver a ser arrastrado por la corriente.

—Pues lo hiciste muy bien. Cuando te encontré ya estabas encima de ella.

— ¿Me encontraste encima de la roca? —preguntó incrédulo.

—Así es.

— ¿Y cómo me bajaste?

—Utilicé la balsa. Debes sentirte satisfecho por tu habilidad como constructor. Recibió muchos golpes y tumbos, pero todavía está intacta —colocó una mano sobre su frente.

Estaba caliente. Demasiado caliente.

—Creo que montaré la tienda de campaña —señaló, poniéndose de pie despreocupada—. Me complace informarte de que la funda impermeable del saco de dormir impidió que se mojara. Podrás hacer todas las alabanzas que quieras de tu equipo de acampar después de este viaje.

Yak trató de responderle con una sonrisa, pero el dolor y la hinchazón de su mandíbula se lo impidieron. Paige le envolvió mejor en la manta y se alejó. Al cabo de unos minutos estaba dormido.

Sola, le fue mucho más difícil montar la tienda de campaña, pero lo consiguió. El saco de dormir ya estaba caliente por haberlo dejado junto al fuego. Yak todavía dormía cuando volvió a su lado.

— ¿Yak? ¿Crees poder llegar a la tienda de campaña? Tu cama está dispuesta.

Él se levantó, mirando a su alrededor como si tratase de enfocar la vista. Con la ayuda de Paige llegó al saco de dormir y como un niño bueno, se tomó el tazón de sopa caliente que ella le ofreció.

Paige observaba su dolor con el corazón oprimido. Ya no podría salir de

allí... no por sus propios medios.

¿Qué iba a hacer? Temerosa de hacerle daño si compartían el saco de dormir, Paige se envolvió en la manta y se acostó a su lado. Nunca se había sentido, nunca, tan inútil para ayudar a alguien como en esos momentos.

Estuvo pendiente de él toda la noche. Tenía fiebre y parecía muy inquieto, pero no despertó. Paige se aseguró de que permaneciese tapado, temiendo complicaciones posteriores. Estaba a punto de amanecer cuando se quedó dormida. Se despertó sobresaltada al oír voces. Hablaban en un idioma que le era desconocido.

Abrió la entrada y salió al exterior. Se encontraban allí dos hombres, mirándola como si un marciano acabara de aterrizar delante de ellos. Llevaban puestos pantalones vaqueros y camisas de cuadros, pero tenían el pelo muy largo y lo llevaban atado en una coleta. Sus sombreros de ala ancha cubrían sus caras bronceadas. Caras bronceadas y adustas.

— ¿Sabe que se encuentra en una propiedad privada, señorita? — preguntó uno de ellos.

Paige soltó la risa, una risa casi histérica de alivio.

— ¿De verdad? Pues verás, en realidad no estamos acampando aunque tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso allí arriba... — señaló con un brazo por encima de su hombro y los hombres levantaron la vista hacia las montañas a su espalda y de nuevo la miraron con expresión incrédula—. Mi... amigo sufrió un accidente ayer al cruzar el río. ¿Hay alguna forma de llevarle a que le vea un médico?

Pensó que no era prudente decirles que ella era médico. Sabía que su dosis de credibilidad respecto a ellos ya había llegado a su límite.

Uno de los dos se introdujo en la tienda; al salir habló a su compañero. Su amigo asintió con la cabeza y desapareció entre los árboles.

— ¿A dónde va? — preguntó ella alarmada.

¿No les importaba que Yak estuviera herido?

— Va en busca de un camión. La distancia es muy grande para llevarle en brazos — respondió el que se había quedado allí—. Es apache, ¿verdad?

— Creo que sí — respondió ella sorprendida—. ¿Por qué lo pregunta?

— ¿Sabe que se encuentra en una reserva apache? — preguntó el hombre con una sonrisa.

Su expresión de pronto se había vuelto amistosa.

Ella negó con la cabeza.

—No le conozco. ¿Es de por aquí?

—Nació en Dulce, Nuevo México.

— ¡Ah! Un picarilla —asintió satisfecho.

— ¿Cuánto tardará su amigo en regresar?

—Más o menos una hora.

—Entonces prepararé un poco de café y luego intentaré que Yak beba un poco de agua —comentó Paige dirigiéndose hacia donde estaban sus provisiones.

— ¿El nombre de su amigo es Yak?

—Así es.

—Esos nombres ya no son comunes. Mi nombre es John Anthony. Mi amigo es Roger Thomas.

— ¡Oh!

¿Por qué se sentía como si estuviese viviendo una escena de *Alicia en el País de las Maravillas*?

Lo habían conseguido. Habían podido salir de las montañas y llegar a la civilización. Dirigió la vista hacia el hombre que, en cuclillas, avivaba el fuego. Sí. La civilización. «Oh, Yak, si pudieras disfrutar de este momento conmigo... Lo hemos conseguido gracias a ti. Por favor, ponte bien».

Paige se incorporó en la cama y se sentó complacida al ver que Yak dormía plácidamente. Habían sido llevados a una caravana por quienes los habían rescatado porque se encontraban a casi un día de camino del pueblo más próximo. Habían metido en la cama a Yak y ella le había bañado con agua fría para bajarle la temperatura. Al fin había cedido la fiebre. Paige temía que cogiera una pulmonía, pero ahora tenía esperanzas de que lo peor ya hubiera pasado. Después de dos días de vigilia a su lado, Paige estaba agotada.

Considerando que ya estaba a salvo, decidió dejarle un momento y se dirigió a la cocina. Una mujer joven estaba preparando algo con un aroma delicioso en un gran cazo. Sonrió al ver a Paige en el quicio de la puerta.

—Hola, siento no haber estado aquí cuando usted y su esposo llegaron. Soy Alicia, la hija de John Anthony.

Era la viva imagen de la frescura juvenil, se dijo Paige con una sonrisa. Su ajustado y desteñido pantalón vaquero revelaba sus bien torneadas piernas. Una camisa roja hacía resaltar su tez morena y su pelo corto acentuaba sus grandes ojos negros. Una verdadera belleza. No parecía tener más de veinte años.

—No es mi esposo. Mi nombre es Paige Winston. Yak Cameron me llevaba en su avión a Flagstaff la semana pasada cuando tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso.

—Oh —la cara de Alicia se iluminó—. Entré a verlos cuando llegué, pero usted se había quedado dormida. Parece que Yak ha librado una buena batalla.

—Sí, con un tronco de árbol. Si crees que está en malas condiciones, deberías ver a su oponente —dijo ella bromeando.

Ambas rieron y los ojos de Alicia brillaron.

—Es muy atractivo, ¿no cree? —preguntó luego la joven.

—Sí —replicó Paige sin dejar de advertir su reacción a las palabras inocentes de la joven.

—¿Hace mucho que le conoce?

—No. Nos conocimos el mismo día del vuelo.

—De modo que no sabe si está casado.

—Diría que sería acertado pensar que no lo está.

La sonrisa de Alicia se hizo más evidente.

—Bueno, si hay algo que pueda hacer por ustedes, hágamelos saber.

—De hecho lo hay. Tu padre me ha dicho que no tenéis teléfono. ¿Podrías decirme dónde hay uno?

—El más próximo se encuentra como a cuarenta kilómetros de aquí —comentó la chica—. Cuarenta largos kilómetros... tardaría varias horas en llegar hasta él. No obstante, estoy segura de que mi padre podrá llevarla.

Paige se sentó delante de la pequeña mesa de la cocina. No podía coordinar sus ideas.

Alicia le sirvió un tazón de caldo caliente.

—Vamos, coma algo y luego ¿por qué no se da un buen baño caliente y duerme un poco? —Se sentó frente a ella y la miró preocupada—. Está agotada. Si Yak necesita algo, yo puedo ocuparme de él, o de llamarla —extendió un brazo y dio una palmada en la mano de Paige—. Puede dormir en



mi cama si lo desea.

Paige sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y pensó que estaba al borde de su resistencia si la actitud amable de una joven podía hacerla llorar.

—Gracias, Alicia. Tu padre y tú habéis sido muy amables al recibirnos en vuestra casa.

—Nos agrada tenerlos aquí —comentó Alicia con una gran sonrisa—. Sólo ciento que no tengamos teléfono... sus familias deben estar desesperadas por no tener noticias tuyas. Los dos han sido tremendamente afortunados.

—Lo sé, pero todo el mérito es de Yak. No habría podido salir sin él.

—Es un hombre muy especial ¿no es así? —preguntó Alicia.

—Sí —murmuró Paige—, realmente lo es.

Cuando Yak despertó al día siguiente, se sorprendió al ver a una joven india a su lado.

—Buenos días —le saludó tímida.

Yak trató de sonreírle, pero se sentía como si un lado de su cara estuviera hecho de yeso. Se llevó una mano a la mejilla y descubrió que tenía media cara cubierta con vendajes.

— ¿Dónde estoy? —se oyó decir a sí mismo y casi gimió en voz alta.

Sabía que no era una pregunta muy original. Antes de dar oportunidad a la joven de contestarle, volvió a preguntar:

— ¿Dónde está Paige?

—Está dormida. Ha estado a su lado la mayor parte de la noche. Me he ofrecido a cuidarle para que pudiera descansar un poco.

Se sintió mejor al enterarse de que Paige no estaba lejos.

—Estamos en la casa de mi padre —le explicó la joven—. Soy Alicia Anthony. Mi padre y un amigo los encontraron a usted y a la doctora Winston acampando cerca del río hace dos días y los trajeron aquí. La doctora Winston me dijo que usted tenía mucha fiebre.

Yak tardó varios minutos en analizar la información recibida. Así que ya llevaban allí dos días. Sólo tenía vagos recuerdos de unas manos suaves y una voz cálida que le cuidaban. Ahora le había tocado a Paige el turno de cuidar

de un enfermo. Advirtió que algo le oprimía la frente y se llevó una mano a ella. Tenía un gran chichón sobre el ojo derecho.

—Debo haber recibido un fuerte golpe para que se me hiciera este chichón — dirigió la vista hacia la joven que le observaba atenta—. Debo tener la cabeza muy dura.

—La doctora Winston estaba muy preocupada —admitió la joven—, ha tenido mucha suerte de tener un médico a su lado.

—Creo que tienes razón —sonrió con un movimiento suave.

—La doctora Winston también está preocupada por llegar a Flagstaff — comentó la chica después de haber pasado unos instantes mirando a Yak con evidente admiración—. Parece tener mucha prisa.

«Por supuesto. Ya había olvidado a su padre. Necesitaban llegar allí inmediatamente».

—Me ha explicado que usted era su piloto y no ha querido dejarle hasta estar segura de que estaba fuera de peligro.

«Su piloto. No quiso dejarme... hasta que yo esté bien». Contempló a la joven. «Ahora estamos en el mundo civilizado y tenemos que volver a representar nuestros papeles originales. Ella es la doctora Winston y yo soy su piloto». Yak trató de enderezarse y sintió un fuerte dolor en el pecho.

—Yak, no debe moverse. La doctora Winston ha dicho que es casi seguro que tenga un par de costillas rotas —Alicia se inclinó y le colocó la almohada—. ¿Por qué no se recuesta? Le traeré algo de comer. ¡Debe estar muerto de hambre!

Yak levantó la vista hasta sus ojos brillantes, llenos de admiración. No hizo ningún caso al dolor que sentía en su costado y en su cabeza. Hizo caso omiso del dolor que sentía al saber que fuese lo que fuese lo que Paige y él habían compartido, ya había terminado. Tenía que vivir el momento. Sonrió a la joven que estaba a su lado.

—Me parece bien, muy bien —ya se haría cargo de su dolor más tarde, a solas, como siempre.

## Capítulo Once

El sonido claro, ligero y sensual de la risa de Alicia, interrumpió el sueño de Paige. Cuando al fin se había quedado dormida, había caído en el sueño pesado y profundo de los agotados. La fiebre de Yak había cedido; había conseguido colocar sus costillas y curar las contusiones de su cara y cabeza. Le sacaría adelante.

Le había dejado dormido, pero, por los sonidos que se oían en la habitación contigua, no sólo estaba despierto, sino disfrutando de la compañía de Alicia. Oyó el tono profundo de su voz y luego la risa de felicidad de la muchacha.

Paige trató de ignorar la punzada de dolor que la invadió. Ya no era una propiedad suya. No existía entre ellos ni el más elemental compromiso. ¿O sí lo había?, se preguntó. «Quizá no por su parte, pero sabes bien que tú nunca te entregarías a un hombre si no hubieses establecido un compromiso de amor con él.»

Examinó su escaso repertorio de ropa y decidió ponerse una camisa y una falda. Estaban muy arrugadas, pero las llevó consigo al pequeño baño y las colgó mientras se duchaba, confiando en que el vapor las desarrugase.

« ¿Habéis hablado de algún tipo de compromiso? ¿Ha pedido algo de ti?», seguía inquiriendo una voz interior. Recordó el tiempo que habían pasado juntos, sus conversaciones y la forma en que él le había hecho el amor. La forma en que se habían hecho el amor. Él la había convencido de que nunca había experimentado las sensaciones que había compartido con ella. Eso ya era algo, pero, ¿qué? ¿Cuál era su situación con respecto a él?

Paige nunca se había tenido que enfrentar a sus propias debilidades y temía lo que el futuro pudiera depararles.

Después de ducharse, Paige se vistió y se recogió el pelo con cuidado en el moño que solía llevar en el verano. Sintiéndose mejor, se dirigió a ver a Yak. Le encontró tomando una taza de café. Una bandeja llena de trastos vacíos atestiguaba que había comido muy bien. Alicia estaba sentada junto a la cama, pero se puso de pie de un salto al ver llegar a Paige.

—Su paciente está mucho mejor esta mañana, doctora —anunció alegre.

—Me alegro de oír eso —replicó, sonriendo a Yak.

Él no correspondió a su sonrisa. De hecho, la saludó como si sólo se tratase de una conocida.

—Me sorprende que todavía esté aquí, doctora Winston. Suponía que ya estaba camino de Flagstaff a estas horas.

« ¿Doctora Wilson?» Paige observó la expresión interesada de Alicia. «Trata de guardar las apariencias. Me pregunto por qué.» Sintiéndose apenada, Paige se dirigió a su lado y le tocó la frente.

— ¿Todavía hay fiebre?

—Por supuesto que no. No tengo más que unos raspones y golpes —le indicó con un tono brusco apartando su mano.

—Además de dos costillas rotas —añadió ella.

—No estés segura de ello —insistió él.

—Cierto. Sin radiografías no puedo estar segura, pero hay muchos indicios.

—Quizá sea así —aceptó él con una mueca de dolor—, pero ya me repondré.

—Eres muy fuerte, ¿no es así? —le sonrió.

—Bastante —replicó sin dejar que su cara expresara sus sentimientos.

La tensión creció en la habitación e incluso Alicia se dio cuenta. Cogió la bandeja y comentó:

—Bueno, creo que iré a fregar esto —se detuvo un instante frente a la puerta y brindó a Yak su mejor sonrisa—. Pórtate bien.

—No tengo fuerzas para hacer otra cosa —replicó Yak con la primera sonrisa que Paige vio en su cara desde que ella había entrado en la habitación.

— ¿Por qué no te has marchado? —preguntó Yak cuando Alicia cerró la puerta.

—Porque no quería dejarte —le explicó Paige con paciencia.

—No hay motivo por el cual tengas que permanecer aquí. Estoy seguro de que el padre de Alicia puede llevarte hasta el pueblo más próximo y allí podrás encontrar un medio de transporte que te lleve a Flagstaff —le indicó moviéndose inquieto en la cama.

— ¿Piensas ir tú a Flagstaff?

—Quizá lo haga más adelante. No tengo ninguna prisa —comentó Yak apartando la vista de Paige para fingir que contemplaba el paisaje por la ventana—. Primero tengo que ver la forma de rescatar el avión, lo cual puede ser una tarea muy pesada.

Paige se sentó a un lado de la cama y le cogió una mano.

—Yak, ¿qué sucede?

Volvió la cabeza sobre la almohada para mirarla. Un nervio empezó a saltar en su mejilla y apretó fuertemente los dientes.

—Quizá no sepa cómo darte las gracias por haberme salvado la vida... y luego decirte adiós —bajó la vista para mirar la mano que permanecía sobre la suya.

—Yak, ¿ése es el único problema? ¿No te permite tu orgullo machista aceptar una pequeña ayuda de una neófita como yo? —bromeó.

—Mi imagen machista puede haber recibido una buena lección, pero creo que conseguiré sobrevivir —respondió él con una sonrisa que recordaba su buen humor acostumbrado.

— ¿Por qué tenemos que despedirnos? —preguntó ella inclinando la cabeza.

Confiaba en que Yak no pudiese oír los fuertes latidos de su corazón. La respuesta a su pregunta contenía todas las esperanzas de su futuro.

Una vez más su mirada se enfrentó con la de Paige y la tristeza que había en ella hizo que se le formara un nudo en la garganta. « ¡No!», protestó en silencio. « ¡No lo digas!»

—No importa cómo hemos llegado aquí y quién ha salvado a quién, lo importante es que mi trabajo ha terminado. Estoy seguro de que el seguro te pagará todos los gastos. Siento no haberte llevado hasta Flagstaff.

—Pero, ¿qué hay acerca de nosotros, Yak?

—No hay ningún nosotros, Paige. ¿Qué esperabas? No soy ningún perrito faldero al cual puedes hacer una caricia al llegar a casa todas las noches. Soy demasiado inquieto como para permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, pero aunque pudiera hacerlo, no querría ser sólo una parte de tu vida. Querría tenerte toda para mí, no sólo las sobras que quieras darme al finalizar cada jornada de trabajo.

Expresaba con palabras lo que Paige siempre había sabido. ¿Por qué entonces la hacía tanto daño que él reconociera lo inútil que era el tratar de prolongar su relación?

Porque quería creer en un final feliz y en que el amor era más fuerte que todos los obstáculos. Advirtió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pero se negó a detenerlas.

—Te amo, Yak.

Su expresión indiferente la había hecho perder la compostura.

—Lo que hemos compartido ha sido muy especial —reconoció él en voz baja—. Nada podrá hacerlo cambiar.

—Pero quiero pasar contigo algo más que una semana, Yak.

—Hasta ahora has vivido en un ambiente en el que siempre has conseguido lo que querías, Paige, pero la vida no es igual para todos. Tú y yo pertenecemos a mundos diferentes. Siempre lo hemos sabido.

Los dos oyeron un vehículo acercarse por el camino de grava.

—Quizá sea el padre de Alicia. Me ha dicho que iba a venir para llevarte al pueblo —sus ojos parecían inexpresivos al añadir—: Será mejor que te marches con él.

Paige asintió derrotada por su actitud tranquila y cortesa. No tenía nada más que decir... él lo había dicho todo. Se detuvo frente a la puerta y se volvió. Por un instante creyó advertir una señal de angustia en su cara, pero desapareció inmediatamente y sus ojos volvieron a ser inexpresivos.

—Adiós, Yak. Cuídate.

—Tú también.

Sintió alivio al no encontrarse con nadie al volver rápidamente a la habitación que había compartido con Alicia. Recogió sus pocas pertenencias y salió a reunirse con John.

Paige tenía la impresión de llevar varios años botando en el interior de la camioneta. Tarde o temprano tenían que llegar a Flagstaff.

John la había llevado hasta un pequeño pueblo en el que habían encontrado teléfono público y habían llamado al hospital. Las noticias fueron alentadoras. Incluso consiguió hablar con su padre y explicarle que pronto le vería. Parecía estar bien... mucho mejor de lo que ella esperaba y de cómo ella se sentía. «Recuerda que nadie ha muerto por tener el corazón destrozado.»

John la había llevado a casa de su hermano porque, al parecer, éste tenía que ir a Flagstaff ese día y podría llevarla. Agradecida, había aceptado su ayuda y había emprendido el largo regreso hacia su vida anterior.

Trató de hacer planes acerca de lo que haría al llegar a Flagstaff: buscar un hotel, ir de compras, tratar de olvidar a Yak; ir a ver a su padre, comer

algo, tratar de olvidar a Yak.

Paige reclinó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Tratar de olvidar a Yak. Eso sería lo más difícil. Tenía tanto que recordar...

— ¿Te gustaría aprender a pescar? —le había preguntado Yak el segundo día que pasaron juntos.

— ¿Estás seguro de que eso entra en mi entrenamiento? —había conseguido responderle.

Todavía le dolía la cabeza y no se sentía con ánimos de hacer nada.

—Bueno... —se había pasado una mano por su pelo alborotado—. Es la labor menos extenuante que puedes realizar en estas circunstancias.

—Espero no estar siendo juzgada por mi eficiencia como compañera de campamento. De ser así, ya estoy condenada.

—Te encuentras en la lista de incapacitados y has sido relevada de todas tus obligaciones —contestó riendo Yak.

Sus ojos eran muy hermosos cuando reía. Paige disfrutaba diciéndole cosas que le hicieran reír.

—Esta semana no serás juzgada.

—En ese caso, dediquémonos a este serio asunto de la pesca —exclamó con un exagerado suspiro de alivio.

Al caer la tarde, Paige se había dado cuenta de que todavía le faltaba mucho para adquirir la práctica necesaria. Había conseguido pescar un arbusto y una rama, y había enredado la cuerda varias veces antes de admitir su derrota.

— ¿Te das por vencida? —preguntó Yak con fingida sorpresa.

—Sí, antes de que me despidas.

— ¿Quieres decir que no te gusta pescar?

— ¿Cómo lo voy a saber? Hasta ahora no he conseguido meter el anzuelo en el agua. ¿Existe la posibilidad de que haya pesca en algún otro sitio además del agua?

—Me temo que no.

—Entonces no podemos decir que he estado pescando.

Ya había encontrado un lugar sombreado junto al arroyo y había sugerido que descansaran después de haber pasado una tarde extenuante. Paige estaba más que dispuesta a complacerle. Al menor esfuerzo sentía que

la cabeza iba a estallarle. Ya le había colocado la cabeza sobre sus piernas y le había apartado el pelo de la frente.

— ¿Alguna vez has practicado la pesca en alta mar?

—No. ¿Te imaginas lo que yo haría con una de esas cañas?

—Quizá no tuvieras ningún problema. En las lanchas tienen todo dispuesto, así que lo único que necesitas hacer es lanzar tu anzuelo al agua y esperar a que los peces muerdan —Yak sonrió al recordar.

— ¿Sueles hacerlo con frecuencia?

—Cada vez que puedo y me encuentro de humor para ello.

—Debe ser interesante hacer lo que te venga en gana.

—Tiene sus ventajas... y sus desventajas. Puedes convertirte en un solitario.

—Ya no será así. ¿O es que has olvidado que ahora tienes una esposa para que te acompañe?

Ya había cambiado el tema de conversación, ahora lo recordaba Paige; había señalado hacia un pájaro y le había dicho que durmiera un poco para descansar. Había tenido varias oportunidades de decirle la verdad, pero tenía que admitir que ella todavía sufría los efectos de la conmoción cerebral.

Ya no quería alterarla. En vez de ello, la había hecho creer que estaban casados y había permitido que se enamorara de él.

La camioneta disminuyó la velocidad y se incorporó al tráfico de la carretera. Sintió un gran alivio cuando dejaron de saltar. Paige se tocó la cabeza. Ya no la aquejaba ninguna molestia, pero nunca había vuelto a recordar las horas perdidas. Según Yak, sólo había olvidado lo de su padre y lo del vuelo en el avión. Si no hubiera creído que estaba casados... ¿Qué habría sido lo que la había hecho pensar eso?

«El hecho de que nunca habrías accedido a compartir la cama de un hombre sin estar casada», la indicó la voz de su conciencia con un tono implacable. «Pero al fin terminé permitiendo que me hiciera el amor», se dijo. «Sólo después de que te dieras cuenta de que estabas enamorada de él. La necesidad de expresarle ese amor fue más fuerte que tus treinta años de inhibiciones». Paige no tenía ninguna respuesta a ese hecho.

Ya había oscurecido cuando llegaron a Flagstaff. Paige pidió al hermano de John que la dejara en un centro comercial para buscar algo apropiado con lo cual presentarse en el hospital. El hombre se negó a aceptar ninguna retribución por haberla llevado, aduciendo que tenía que hacer el viaje de



todas formas.

Cuando encontró lo necesario, ya eran las nueve de la noche. Reservó una habitación en un hotel pequeño que estaba cerca del hospital, llamó para obtener noticias de su padre y decidió esperar hasta el día siguiente para visitarle. El viaje la había cansado más de lo esperado y se preguntó cuánto tardaría en recuperarse de las experiencias de la semana anterior.

Ocho semanas más tarde, seguía haciéndose la misma pregunta.

— ¿Qué es lo que pretendes, Paige? —Preguntó su padre—. ¿Quieres ser enterrada antes de cumplir los treinta y cinco años?

Paige había pasado a visitar a su padre a su casa. A los cincuenta y cuatro, Philip Winston parecía ser diez años más joven, a pesar de que el pelo rojizo estaba salpicado de hilos de plata.

—Papá, por favor, no te alteres. Ya hemos discutido esto antes. No, repito, no estoy trabajando demasiado. Como y duermo lo suficiente y no tengo nada. Estoy trabajando las mismas horas que toda la vida —se inclinó y le dio un beso en la frente—. Además, he venido a verte a ti, no a discutir mi estado de salud.

—Nunca quieres hablar de ese tema —rezongó su padre.

—Porque no hay nada que discutir sobre ello.

—Si tú lo dices...

—Perfecto. Me alegro de que ese asunto esté resuelto —se acomodó en un sillón y bebió lentamente un vaso de té helado que Sara, la indomable ama de llaves de Philip, les había llevado—. Tu problema, mi querido doctor, es que estás aburrido, así que estás dejando volar tu imaginación.

—Sé que estoy fastidiado, Paige. ¿Por qué diablos no habría de estarlo? Podría estar trabajando desde hace dos semanas.

—Por supuesto que sí —le indicó tranquila—, pero habrías vuelto al hospital una semana después.

—No soy ningún inválido y no quiero ser tratado como si lo fuera.

—No creo que ni Sara ni yo te tratemos como a un inválido —respondió Paige con ojos brillantes—. Creo que te tratamos más como a un chiquillo que tiene sus acostumbrados berrinches y eso es porque no te portas como debes.

Dio un sorbo a su bebida.

Philip la contempló sorprendido. La Paige a la que él estaba acostumbrado, no haría esos comentarios cáusticos, pero aceptó que quizá tuviera razón.

— ¿Tan mal me he portado?

—Déjame explicártelo así... tengo pacientes en el hospital que llevan su convalecencia mejor que tú.

— ¿Berrinches, eh?

—Bastante aproximado.

—Está bien. Me portaré bien —respondió con un suspiro.

—No espero milagros, papá, sólo un poco más de colaboración por tu parte. Aunque no lo creas, todos queremos verte de nuevo en la clínica, tanto como tú lo deseas.

—Sí, mamá gallina —aceptó él dándole una palmada en la mano—. Pero no adoptes actitudes paternalistas conmigo.

—Papá —exclamó Paige con ojos tristes—, no quiero ser paternalista, pero nos diste un gran susto con tu ataque al corazón. No queremos que vuelva a ocurrir.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Mira, tengo que marcharme. Tenemos un joven paciente que quiero visitar. Le enviamos a su casa tres días y prometí ir a verle.

— ¿No te quedarás a comer?

—Hoy no —replicó mirando su reloj—. Comeré algo más tarde... vendré a verte mañana. ¿Quieres que te traiga un cuaderno de dibujo y unas pinturas? — preguntó en la puerta.

Su padre le arrojó un cojín.

—Qué extraño, la mayoría de mis pacientes se sentirían encantados con el regalo.

Con una sonrisa de orgullo en los labios, Philip vio a su hija salir. No hacía ningún esfuerzo por disimular lo orgulloso que estaba de ella. Siempre había creído que tenían una relación muy estrecha... hasta haría unos días.

Algo la preocupaba. Su excusa del trabajo en la clínica podría ser cierta, pero siempre había estado ocupada y la hacía feliz el trabajo, así que eso no era válido.

Sabía que Paige no dormía bien y que había adelgazado. Siempre había

sido muy esbelta pues consumía calorías tan deprisa como las ingería, pero ahora apenas comía. Philip presentía que su comportamiento tenía su causa en la semana que había pasado en las montañas. Cada vez que tocaba el tema, ella cambiaba de conversación. No quería ser un padre entrometido. De hecho, se sentía orgulloso de haber dejado siempre a su hija tomar sus propias decisiones sin influir en ellas. Entonces, ¿por qué sentía la necesidad de exigirle algunas respuestas acerca de su comportamiento reciente como si fuera el padre de una quinceañera rebelde?

Estaba preocupado por ella... no sólo por ser su hija, sino por ser su socia y amiga. Philip admitió de pronto que si alguno de sus otros socios o colegas actuase de igual forma, no habría dudado en hablar con ellos para ver qué les ocurría. Para eso eran los amigos.

La próxima vez que Paige le visitara, se acercaría a ella más como amigo que como padre para ver si así lograba que se abriera con él. Era obvio que necesitaba hablar con alguien, ¡pero presentía que no era con su padre!

El sofocante sol de finales de agosto seguía calentando la ciudad de El Paso. Acalorada, Paige decidió detenerse para comer en un lugar tranquilo y con aire acondicionado, en lugar de hacerlo en un sitio de servicio rápido.

Su paciente progresaba de forma satisfactoria y se alegró de haber ido a visitarle.

Salió de la autopista y vio el anuncio de una cafetería. Justo lo que necesitaba. Con su falta de apetito de esos días, un delicioso despliegue de apetitosos platos quizá la hiciera comer.

Recordó las comidas que había compartido con Yak. Yak. Una y otra vez sus pensamientos volvían a él y a los momentos que habían pasado juntos. Paige se preguntó si él pensaría en ella. ¡Cómo deseaba poder olvidarle!

Para su mala suerte, no hacía un minuto que se había sentado en una mesa pequeña, cuando Yak entró en el lugar acompañado de tres hombres.

Paige recordó que estaba cerca del aeropuerto. ¿Qué la había impulsado a detenerse allí?

Le miró con ansiedad, olvidando todos sus propósitos de no pensar en él. Los cuatro hombres reían y bromeaban entre sí y con los empleados del mostrador. Era evidente que eran clientes habituales.

Su aspecto era estupendo.

«Al menos sabes que no ha estado padeciendo por estar lejos de ti», se dijo.

Con bandejas llenas de alimentos, los cuatro cruzaron el enorme salón. Se dio cuenta de que contenía el aliento con la esperanza de que advirtiera su presencia, pero no fue así. Se sentó de espaldas a ella y Paige tuvo oportunidad de poner a prueba sus teorías. Durante semanas enteras había tratado de convencerse de que sólo le había resultado atractivo por el medio ambiente que habían compartido. Paige tuvo que reconocer que seguía encontrándole igualmente atractivo en un medio ambiente muy diferente.

Dos mujeres pasaron delante de la mesa ocupada por los hombres y se detuvieron. Paige vio a Yak levantar la vista y sonreírlas... con esa sonrisa cálida y sensual que hacía que su pulso se acelerara.

Nerviosa, terminó su vaso de té helado y se puso de pie. Si alguna vez le había interesado, ya no lo demostraba, y se estaba haciendo daño a sí misma al recordar lo que había pasado entre ellos.

Haciendo caso omiso de la tentación que sintió de acercarse a él y saludarle, se obligó a salir de la cafetería sin volver la vista. Ya no tenían nada que decirse.

Yak levantó la vista y vio salir a una mujer de la cafetería. Le recordó a Paige, lo cual no era desacostumbrado. A cualquier sitio que fuera esos días, todo le recordaba a Paige. No podía olvidarla.

Había tardado varias semanas en recuperarse completamente de sus heridas, incluyendo las costillas rotas. Paige tenía razón. Ya había conseguido sacar el avión del valle.

También había averiguado por qué nadie los había encontrado. La torre de control perdió el contacto con ellos durante la tormenta y el aparato se encontraba muy lejos de donde se suponía que debía aterrizar. Podían haber permanecido allí seis meses y nadie los habría localizado.

Ante esa idea, una ligera sonrisa apareció en sus labios.

«Quizá no hubiera estado tan mal. Probablemente en ese tiempo podría haberla sacado de mi corazón», se dijo.

¿A quién trataba de engañar? Ya había descubierto lo difícil que era olvidarla. Le vendría bien un caso de amnesia total en esos momentos. Recordaba con precisión cada palabra que le había dicho y todo lo que habían hecho juntos y por las noches soñaba que la hacía el amor. Sus recuerdos

estaban volviéndole loco. Ahora creía verla en cada sitio al que iba. Sacudió la cabeza para despejarla.

— ¿Qué te pasa, Yak? Ya te he pedido la sal tres veces. ¿Tratas de librarme de un posible envenenamiento de sodio, o algo parecido?

—Lo siento, estaba pensando —le indicó a su amigo.

—Ya lo hemos observado. Nuestra conversación debe aburrirte.

—Has dado en el clavo.

Terminaron de comer bromeando unos con otros y de nuevo Yak trató de sacar a Paige de sus pensamientos.

Unos días más tarde decidió que lo mejor sería enfrentarse a ella, ir a verla, quizá invitarla a cenar. Su imaginación ya le hacía jugarretas. Si la veía en su ambiente natural se vería obligado a reconocer por qué no había para ellos un futuro junto.

Encontró su número en la guía de teléfonos, sin embargo, al llamarla, descubrió que tenía contestador automático. ¡Un con testador automático! Se negó a dejar un mensaje, pero seguía sin poder sacarla de su mente.

Cuando vio una nota en un periódico referente a un acto benéfico para recaudar fondos para un hospital, pensó en asistir. Le brindaría la oportunidad de verla, quizá hasta de hablar con ella... averiguar si estaba bien. Podría ingeniárselas para aparentar una reunión entre conocidos. Si pudiera verla una vez más, estaría mejor preparado para hacer frente a sus sentimientos.

Diez días más tarde se dio cuenta de lo tonto que había sido. Ya estaba reclinado contra una columna de mármol del gigantesco salón de convenciones del hotel, viendo a la crema y nata de la sociedad bailar delante de él. La brillante decoración convertía la sala en un mundo de fantasía. Desafortunadamente, Yak nunca había creído en cuentos de hadas. Se sentía ridículo con su traje de gala alquilado, sin darse cuenta de las miradas de admiración que varias mujeres en la sala le dirigían. ¿Por qué había llegado a pensar que el asistir al acto sería una buena idea?

¿Y si Paige no asistía? ¿Por qué había pensado que lo haría? ¿Tendrían los médicos la obligación de asistir a esas reuniones?

Yak se irguió lentamente al verla en la entrada del salón de baile. Paige llevaba un vestido blanco que flotaba alrededor de su perfecta figura, haciendo resaltar su gracia femenina. El sedoso pelo le caía sobre los hombros y Yak sintió una punzada de dolor al ser asaltado por los recuerdos.

Su mano descansaba sobre el brazo de un caballero distinguido que la

acompañaba, alto y delgado. Su parecido era extraordinario. Era su padre, advirtió Yak con un suspiro de alivio. Al menos su padre ya estaba bien. La primera pregunta estaba contestada. Los vio recorrer la sala, saludando a invitados, charlando, y el precipicio que los separaba, nunca fue más evidente para él.

Parecía ser la princesa de un cuento de hadas saludando a su corte. Había varios hombres a su lado, todos tratando de llamar su atención. ¿Por qué había tratado ella de hacer parecer su vida social como carente de todo atractivo? Parecía estar tranquila y serena, totalmente a sus anchas en ese ambiente.

Ya había visto suficiente. Más que suficiente. Reconoció que algo más que el salón los separaba. Nunca se sentiría cómodo entre ellos. Ni siquiera estaba dispuesto a intentarlo.

Paige aceptó un cumplido sobre su atuendo con una sonrisa.

— ¿Por qué nunca te vistes así cuando estás en el hospital? —preguntó Robo Hartman.

—Porque es muy probable que tropezara con la falda del vestido al hacer mis rondas —respondió ella mirando su traje de noche.

—No. Me refiero a tu pelo.

Paige sabía por qué se lo había peinado de esa forma. Pensaba en Yak, en lo mucho que disfrutaba pasando las manos por él. Su padre había advertido su nuevo peinado cuando había pasado a recogerla esa noche y le había comentado lo bien que le sentaba.

—Me temo que no es muy práctico llevarlo suelto durante el día, Robo — sonriendo dirigió la mirada por el salón. Un hombre alto y atractivo con un traje de corte impecable se dirigía hacia la salida.

«Se parece a Yak», se dijo.

Con un pequeño grito de sorpresa, vio que era Yak... y que se marchaba.

—Discúlpame un instante, ¿quieres? —murmuró.

Sin esperar respuesta, cruzó el salón.

Por supuesto que era Yak. Nadie más tenía ese innegable aire de autoridad y arrogancia... ni andaba con la ágil gracia de un gato salvaje.

Varias personas trataron de detenerla mientras se esforzaba por alcanzarle. Cuando al fin llegó a la entrada, había desaparecido.

¿Por qué se encontraba allí? ¿Para verla? De ser así, ¿por qué no se había acercado a hablarla? No comprendía su comportamiento, pero mucho después de que la velada ya hubiera sido olvidada por otros, Paige seguía recordando la presencia de Yak en el salón de baile.

Sólo había un motivo por el cual él podía haber asistido al acto... verla.

## Capítulo Doce

Paige negó con la cabeza al ver que se le ofrecía un plato con alimentos.

—No puedo, papá. Estoy más que satisfecha.

—Paige, lo que estás comiendo no es suficiente para mantener vivo a un pájaro —comentó Philip mirando el plato del que su hija apenas sí había probado unos bocados.

— ¿Recuerdas cuando me decías que comía como un buitre?

—Eso fue cuando tenías quince años —le sonrió su padre, —pero lo quemabas antes de que se te formara grasa. Ahora quemas calorías que no debes perder —se interrumpió decidido a esperar la mejor ocasión para discutir sus preocupaciones.

Sara hizo su aparición para servirles el café.

—Sara, la comida estaba deliciosa, como siempre —la dijo Paige.

—Me alegro de que les haya gustado.

— ¿Por qué no tomamos el café en la sala, donde podemos estar más cómodos? —preguntó Philip poniéndose de pie.

Desde hacía varios años, Paige cenaba con su padre los viernes por la noche. Eso les daba la oportunidad de ponerse al día en cuestiones personales y aclarar asuntos profesionales. Aun cuando ambos trabajaban en el mismo sitio, rara vez podían verse. Paige se acomodó en uno de los sillones reclinables de su padre, emitiendo un suspiro de satisfacción. Se sentía muy cansada. Una imagen del recorrido por las agrestes montañas pasó por su mente, pero la apartó inmediatamente.

— ¿Paige?

— ¿Sí?

—Estoy preocupado por ti.

Paige levantó la vista sorprendida. Su padre se encontraba en otro sillón reclinable; se le veía bien y descansado. Ya había vuelto a trabajar en el hospital.

— ¿A qué te refieres?

—Has adelgazado mucho... no comes bien... no creo que descanses lo suficiente... y eso me molesta. Pensaba que tú y yo éramos amigos.

—Lo somos.

—Pero no lo suficiente como para compartir nuestros problemas.



—Papá —señaló Paige intrigada por su tono serio—, no sé de qué me estás hablando.

—Paige, ¿has pensado en buscar ayuda profesional? —no podía obligarla a hablar, pero advertía los síntomas. Paige necesitaba hablar con alguien.

¿Tan mal la encontraba?, se preguntó ella. ¿Era tan obvio que estaba sufriendo? Había hecho todo lo posible por olvidar a Yak y el tiempo que pasaron juntos. Lograba apartarle de su mente durante largos períodos del día, pero invariablemente se aparecía en sus sueños hasta casi hacerla perder la razón. Se enderezó para mirar a su padre a la cara. Quizá le ayudara algo hablar sobre el problema.

— ¿Recuerdas que cuando te pusiste enfermo yo iba camino de Flagstaff... o al menos tenía la intención de hacerlo?

Philip asintió, no se atrevía a interrumpirla ahora que había empezado.

—El estar aislado con otra persona durante una semana, te brinda la oportunidad de conocerla mejor que si la trataras durante varios años — buscaba las palabras adecuadas para explicarle lo ocurrido entre Yak y ella.

Ella misma no estaba segura de comprenderlo.

—Estoy seguro de ello —murmuró Philip.

—Nunca he conocido a nadie como Yak Cameron. Es tan distinto a todos, como un extraterrestre que hubiera llegado de otro planeta —levantó la mirada—. Pienso que es fascinante —esperó el comentario de su padre, pero éste nunca llegó. Esperaba que continuara—. Yak es un lobo solitario. Ha estado solo desde los catorce años... ha viajado y trabajado por todo el mundo... y desea seguir así. Dudo que alguna vez llegue a establecerse en un sitio.

Philip empezaba a comprender, más por lo que Paige callaba, que por sus declaraciones.

—Y te enamoraste de él —le dijo en voz baja.

Paige levantó la vista de pronto. Le miró confundida.

—Ya no sé ni qué pensar. No puedo olvidarle. Puedo recordar cada conversación que mantuvimos, todo lo que hicimos juntos... —su rubor permitió que su padre sacara sus propias conclusiones—. Me enseñó a sobrevivir en la montaña, a confiar en mí misma y en lo que la naturaleza nos brinda, aun cuando llevaba provisiones suficientes para mantenernos muchos días. No comprendo por qué le extraño tanto.

—Me parece que es amor —le indicó su padre con una sonrisa.

— ¿Y cómo te libras de él?

— ¿Por qué quieres hacerlo?

—No tengo otra alternativa —respondió encogiéndose de hombros—.

Me dijo claramente que nuestros mundos son muy diferentes.

—Tú ya sabías eso.

—Así es.

—Y no te importó.

—No —las lágrimas hacían borrosa la imagen de su padre.

— ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Nada. Para que una relación amorosa funcione, se necesita que más de una persona sea la que ame.

—Ah —exclamó Philip—. Ahora comprendo. Aunque tú te enamoraste de él, él no manifestó ningún interés por ti.

Paige sintió que el calor renacía en su cuerpo al recordar el comportamiento de Yak con ella. Con un tono de voz apenas audible, murmuró:

—Me dijo que me amaba.

—Quizá sea así.

—Pero no lo suficiente.

—Ahora no estoy seguro de comprenderte.

—Me dijo que no era ningún perrito faldero que esté dispuesto a esperar a que yo pueda dedicarle algún tiempo —su dolor era evidente en cada una de sus palabras.

Philip no pudo evitar reír al oír eso. Paige abrió mucho los ojos de sorpresa.

—Paige, cariño, a ti nunca te interesaría un perrito faldero que esperara que tú le prestaras atención. ¿Por qué te afecta tanto ese comentario?

—Supongo que porque pensé que estaba criticando mi entrega a mi profesión —contestó Paige después de meditarlo—. Ya le había dicho que no tenía tiempo para mantener una relación personal en mi vida.

—Entonces no le culpes por su comentario. Tú ya habías establecido que no estabas dispuesta a cambiar nada en tu vida para dar cabida a una relación con él.

—Es cierto, así fue —exclamó ella sorprendida por su percepción.

—Entonces, ¿qué esperabas que hiciera... o dijera? Si es el tipo de hombre que me has descrito, él no se conformará sólo con el tiempo que quede libre.

—Lo sé, pero eso es lo único que puedo darle.

—¿Lo es?

—Tú eres médico. Sabes lo que nos exige nuestra profesión.

—Sí y también sé que cometí un grave error al permitir que se interpusiera en mi vida en esa forma.

Paige nunca había oído a su padre hablar en esos términos y al observar el dolor que reflejaba su expresión, se dio cuenta de que él también tenía recuerdos dolorosos.

—Amé a tu madre más de lo que puedas imaginarte. Fue para mí todo lo que puede esperarse en una esposa... o amante. Y maravilla de maravillas, ella compartía mis sentimientos. El compartirlos de esa forma es algo excepcional y debe apreciarse y atesorarse. —Philip hizo una pausa y tragó saliva con dificultad—. Equivocadamente interpreté nuestro amor como un hecho consumado. Era joven y ambicioso. Asumí que estaríamos juntos siempre, pero mientras, tenía que conseguir una clientela, ganar lo suficiente... —el dolor en sus ojos se hacía cada vez más intolerable para Paige—. Luego fue demasiado tarde para romper los hábitos adquiridos. Fue demasiado tarde para reordenar mis actividades, para dedicar más tiempo a tu madre. Nunca se quejó, a pesar de que estaba convencida de que ocupaba un segundo plano en mi vida. Pero estaba equivocada, muy equivocada. Suponía que tendría tiempo para ella más tarde... siempre más tarde. Nunca me di cuenta de que tenía que asignar mis prioridades desde un principio, ya que a muchos de nosotros no se nos da todo el tiempo necesario para hacer todo lo que queremos.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Paige al oír el relato de su padre. Sus propios recuerdos confirmaban lo que le decía. Recordaba la alegría de su madre cuando su padre volvía a casa temprano y les dedicaba su atención. Su madre contaba los días que faltaban para que salieran juntos de vacaciones y se alejaran de las fuertes exigencias de su profesión.

Paige siempre había sabido lo mucho que su madre amaba a su padre. Ahora se daba cuenta de lo mucho que él la había amado a ella.

Eso le dio mucho que pensar.

Paige contemplaba el techo de su habitación esa noche, pensando en lo que había aprendido. La vida estaba llena de múltiples elecciones. Algunas veces una elección borraba otras igualmente satisfactorias.

¿Sería eso lo que había hecho al elegir la medicina como profesión? Nunca le había importado antes. Su trabajo la absorbía y satisfacía. Nunca había necesitado nada más para llenar su vida... hasta entonces.

Necesitaba a Yak. Necesitaba su actitud tranquila y mesurada ante la vida. Necesitaba su amor y su afecto, sus bromas, su capacidad para disfrutar de todo lo que le rodeaba... y el constante calor de su cuerpo en su cama todas las noches.

Pero ¿qué era lo que él sentía? Había dejado bien claro que no quería sentirse atado, ¿no era así? Le gustaba su estilo de vida, su libertad.

¿Qué pasaría si ya no la quería?

Recordó aquel día en que volvieron a encontrar el río y volvió a verle bajo el torrente de agua que le caía sobre la cabeza. Recordó la expresión de su cara, el amor y el deseo que brillaban en sus ojos cuando se dio la vuelta y la vio mirarle.

Recordó la urgencia con la que le hizo el amor, su fiera posesión, su pérdida de control con ella. Entonces la deseaba. ¿Habría alguna forma de averiguar si todavía era así? Y aunque la siguiera deseando, ¿estaría dispuesto a compartir su vida con ella?

Una idea súbita la asaltó. Una idea tan extraña que la abrumó. ¿Estaría ella dispuesta a compartir la vida de él?

Paige pasó muchos días y muchas noches en vela enfrentándose a esa pregunta. \* \* \*

El sol de fines de septiembre caía sobre el cobertizo metálico en el que Yak intentaba arreglar el motor de su avión. Sentía que el sudor le corría por la espalda.

Golpeó el motor con los nudillos y llenó el aire de sonoras maldiciones relacionadas con el motor, el avión y el maldito clima de El Paso.

Enderezándose, Yak se frotó la espalda, cansado de estar inclinado durante tanto tiempo y dirigió la mirada hacia la entrada del cobertizo. El cielo azul era el fondo más adecuado para el monte Franklin, que parecía un gato vigilando la ciudad. Se dirigió hasta el depósito de agua y bebió un trago

del refrescante líquido.

Se había puesto de malhumor, pero no sabía qué hacer para evitarlo.

No podía olvidar a Paige. El verla en la reunión de gala le había convencido de que nunca podría salir adelante una relación entre ellos, pero eso no le había ayudado a olvidarla. Esa fue la primera noche que Yak se emborrachó hasta perder el sentido. Para su mala fortuna, no había sido la última.

Había tratado de sustituirla por otras mujeres. Conocía a varias en El Paso y había empezado a llamarlas, sólo para descubrir que ahora le parecían diferentes. Sus charlas le aburrían. ¿Alguna vez se había preocupado por conversar con ellas? Era probable que no. Determinó que quizá no encontrara nunca a nadie parecido a Paige con quien hablar, pero sí con quien hacer el amor.

Después de un tercer intento, abandonó su empeño. La maldita mujer le había convertido en un eunuco. Avergonzado, había tratado de explicar a sus amigas que había bebido demasiado. Después de dejarlas, se había asegurado de que eso último fuese cierto.

« ¡Maldita sea! »

Rick se presentó en el cobertizo en el momento en que Yak cogía una llave inglesa.

—Yak... —titubeante, Rick ya no sabía cómo acercarse a Yak. Se comportaba peor que un animal salvaje con una espina en una pata. Estaba seguro de que no le gustaría la noticia que le llevaba.

— ¿Sí? —Yak ya se había metido en las entrañas del motor.

—Alguien ha venido a verte.

— ¿De quién se trata? —preguntó sorprendido.

Nadie iba a verle al aeropuerto. Su expresión no era alentadora.

—Bueno, sólo la vi una vez, pero creo que es la misma mujer que contrató el vuelo para que la llevaras a Flagstaff —respondió inquieto—, no le he preguntado su nombre.

Yak se sintió como si Rick le hubiese golpeado en el estómago. Apenas podía respirar.

— ¿Paige? —preguntó en voz baja.

—Sí, creo que ése es su nombre. La doctora Winston, ¿no es así?

— ¿Paige está aquí?

Rick asintió, sorprendido por la expresión de su amigo. Él no podía saber que Yak estaba seguro de haberla conjurado para que apareciera delante de él, después de haber pensado tanto en ella.

—Ha dicho algo acerca de que quería contratar un vuelo, o algo parecido —le indicó Rick rascándose la cabeza—. Ha dicho que no aceptaría a nadie más que a ti como piloto.

¿Qué diablos pasaba? Necesitaba un avión, así que pensó en su viejo amigo, el piloto mestizo.

—Dile que estoy ocupado.

—Lo he hecho.

—¿Y?

—Ha dicho que te esperaría.

El aire se llenó una vez más con las elucubraciones de Yak acerca de las locuras de ciertas mujeres que podían esperar indefinidamente para ver a alguien.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó Rick armado de paciencia.

Yak contempló a su amigo. Se habían conocido en Asia sudoriental diez años atrás. Se conocían demasiado como para tratar de engañarle. Lanzó un gemido, sabiendo que tendría que verla de nuevo.

—Mándamela.

—¿Quieres que venga aquí? Se llenará de grasa entre todas estas cosas —comentó Rick sorprendido.

—Mala suerte, ¿no te parece? Si quiere verme, puede venir aquí. No voy a lavarme y cambiarme por salir a hablar con una dama de sociedad.

—Está bien —replicó Rick—. No tienes por qué descargar tu mal humor conmigo. Cálmate, ¿quieres?

—Lo siento, Rick —respondió alarmado—. No ha sido mi intención hablarte en esos términos.

—No te preocupes. Lo único que te sucede es que careces de una sólida relación amorosa —Rick rio al salir del cobertizo.

Si Rick hubiera imaginado lo acertada que era su broma, no habría abierto la boca. Ya no necesitaba la presencia de Paige para recordarle que no había estado con ninguna mujer desde que le había dejado. Cogió un trapo y empezó a quitarse la grasa de las manos. Se colocó frente a la puerta por la cual ella entraría, disponiéndose a enfrentarse a ella una vez más. Al menos

se aseguraría de que esa fuese la última.

La puerta se abrió y Paige se asomó titubeante. Llevaba puesto un vestido sin mangas de tela ligera y amplia falda. Su corte hacía resaltar sus hermosas piernas y esbeltos tobillos. Los zapatos de tacón alto acentuaban el delicado arco de sus pies.

Yak sintió que su cuerpo reaccionaba ante su presencia. Justo lo que necesitaba... una evidencia visible de que todavía ejercía fuerte influencia en él.

Cuando Paige había abierto la puerta del cobertizo, temblaba tanto que estaba segura de no poder cruzarla. Luego su atención se había desviado hacia el área de servicio del taxi aéreo, que le era desconocida. Nunca había visto nada parecido. El edificio era enorme; en él se encontraban tres aviones y varios motores, todos en proceso de reparación. No se dio cuenta de la presencia de Yak... hasta que le vio moverse. Tenía puesto un mono grasiento de color rojo brillante y una mancha de grasa en la mejilla. La fuerza de los latidos de su corazón la hizo sacudirse toda cuando le vio. Permanecía inmóvil, observándola sin sonreírle.

Paige había imaginado esa reunión durante semanas enteras. Su padre y ella habían analizado sus posibles resultados y cómo podría hacerles frente. ¿Qué sucedería si la rechazaba? ¿Cómo podría sobrevivir sin él? No se atrevía a pensar en ello.

Se recordó a sí misma que nunca había esperado a que las cosas sucedieran solas. Tenía que enfrentarse a Yak de una vez por todas. Al acercarse a él, pensó de pronto que quizá debía haber esperado un poco más. ¡Todavía no estaba preparada para ese encuentro!

—Hola, Yak.

— ¿Por qué no estás en la clínica? —fueron sus primeras palabras.

—Tengo libres los miércoles por la tarde.

— ¡Oh!

Yak miró el trapo que tenía en las manos y continuó limpiándose las manos como si el quitarse la grasa fuese lo más importante de su vida en ese momento.

— ¿Cómo estás? ¿Ya están bien tus costillas?

—Bien. Ya estoy bien y tú ¿cómo estás?

Paige sonrió. «Me siento muy mal, Yak. No he podido dormir bien ni una sola noche desde que dejé de dormir en tus brazos. No he disfrutado de

una sola comida desde el último alimento que nos preparamos aquella noche junto al fuego», estuvo a punto de decir.

—Bien, supongo —respondió al fin.

Yak esperó, pero al ver que guardaba silencio, preguntó impaciente:

— ¿A qué has venido?

Paige se puso tensa por lo brusco de su pregunta. Al estar tan cerca de él, había advertido el aroma de su loción para después de afeitarse... el aroma que atormentaba tantos de sus sueños. Quería arrojarle en sus brazos, pero era obvio que él no la recibiría.

Quizá debiera marcharse. Ya tenía la respuesta a lo que buscaba por su tono de voz, su forma de hablarle y la reacción de su cuerpo. Ella no significaba nada para él. «O está ocultando sus sentimientos. Recuerda su habilidad para hacerlo. Siempre te fue difícil tratar de averiguar en qué pensaba». Hizo una aspiración profunda.

—Quiero contratar un vuelo para ir de acampada... y espero que tú estés dispuesto a llevarme.

« ¿Ir de acampada! ¿Se había vuelto loca? » Yak bajó la vista y observó sus manos. Despedazaban un pañuelo de papel con toda meticulosidad. Una ligera sonrisa apareció en sus labios para borrarse inmediatamente.

«Está nerviosa. Me pregunto por qué». Negó con la cabeza.

—Lo siento, Paige, pero no estoy disponible para llevarte a ninguna parte. ¿No te ha dicho Rick que me marcho de El Paso?

Paige no podía haberse sorprendido más; ni siquiera si la hubiese abofeteado. En todas sus fantasías, la única constante era la de que Yak siempre estaba cerca.

— ¿Dónde te vas? —sentía los labios tan secos que apenas podía moverlos.

—Un terrateniente peruano que conocí hace algunos años me ha llamado para saber si estaría interesado en trabajar para él. Tiene grandes extensiones de tierra en varios puntos y ha decidido que tener un avión y un piloto le facilitarían mucho las cosas.

— ¿Cuándo te irás? —sus palabras parecieron quedar suspendidas en el aire, para luego disiparse.

Al fin, Yak se encogió de hombros y señaló hacia el aparato a sus espaldas.



—Cuando pueda hacer volar esa cosa. No ha funcionado bien desde que tuvimos el accidente en las montañas de Arizona.

— ¿Quieres decir que éste es el aparato en que volamos? —preguntó ella, acercándose a él.

—Sí. Es el único que tengo, pero pienso venderlo y comprar otro antes de marcharme a Sudamérica. Yo no tengo confianza en éste —se apoyó en un ala y dio una palmada al costado del avión.

Fue un gesto de afecto que negaba enfáticamente sus palabras.

— ¿Cómo lo trajiste hasta aquí?

—No fue fácil. Fui en helicóptero hasta el sitio del accidente para repararlo. Tuve que llevar a alguien que me ayudara y lo conseguimos.

— ¿Yak? —no pudo controlar el temblor de su voz.

— ¿Sí? —los ojos de Yak la contemplaban con tremenda calma.

— ¿Quieres venir a mi casa a cenar esta noche?

— ¿Para qué? —inquirió él sin inmutarse.

—Porque quiero volver a verte... y para hablar contigo.

— ¿Acerca de qué?

Paige luchó por evitar decir de nosotros, porque ya sabía cuál sería su respuesta. Se negaba a aceptar que hubiese una oportunidad para ellos, pero estaba dispuesta a luchar por el amor que habían compartido. En un par de ocasiones, desde que había entrado en el cobertizo, había conseguido penetrar su coraza. Sabía que la extrañaba igual que ella a él. Tenía que convencerle de que necesitaban darse una oportunidad, pero necesitaba tiempo para hacer planes.

— ¿Tiene que haber un motivo para que pasemos una velada juntos? —preguntó al fin.

—En realidad, no. Es sólo que no le veo sentido.

—Por favor, Yak. Hazlo por mí.

«Cuando me mira con esos ojos azules suplicantes estoy perdido. Toda mi fuerza de voluntad me abandona. Esto es lo más tonto que he hecho en la vida. Debo sentir alguna satisfacción haciéndome daño. Existe un nombre para aquellos a los que les gusta hacerse daño a sí mismos».

— ¿A qué hora?

La sonrisa de Paige le hizo estremecerse... era tan hermosa. De no haber tenido el trapo lleno de grasa en las manos, la habría abrazado y la habría

besado hasta hacerla perder la razón, pero logró refrenarse.

— ¿Te parece bien a las siete? —Paige abrió su bolso y sacó papel y lápiz. Escribió algo y le entregó la hoja—. Ésta es mi dirección —parecía tratar de memorizar los rasgos de Yak—. Te dejo con tu aparato. Siento haberte interrumpido —se apartó de él—. Te espero a las siete, entonces — Paige se marchó rápidamente para no darle la oportunidad de arrepentirse.

Yak permaneció inmóvil contemplando la puerta que Paige había cerrado al salir. Iba a cenar con ella. Iría a su casa para ver dónde y cómo vivía. En otras palabras, iría a hacer un mayor acopio de recuerdos para ayudarle a olvidarla mejor.

—Debo estar volviéndome loco —murmuró disgustado antes de concentrarse de nuevo en el motor de su avión.

## Capítulo Trece

Paige abrió la puerta rápidamente. No le importaba que Yak pensara que estaba impaciente por verle. Había vuelto a su casa directamente desde el aeropuerto y se había dedicado a preparar un menú para impresionarle. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, había reído. Su relación ya estaba más allá de esas minucias. Sin embargo, nunca le había recibido en su casa. De hecho, ella tampoco tenía idea de dónde vivía él. En realidad, nada de eso importaba, se dijo al abrir la puerta.

Ya estaba allí. Llevaba puesto un pantalón marrón de buena clase y una camisa beige que hacía resaltar su tono bronceado. La expresión de sus ojos era el mejor aliciente que había recibido de él en todo el día.

—Pasa —le invitó sonriente, apartándose a un lado.

Yak la miraba confundido. De pronto había desaparecido la imagen del médico que había tenido presente toda la tarde. En lugar de ello, tenía delante a una mujer maravillosa, vestida con un precioso conjunto. Brillantes pendientes colgaban de sus orejas entre los abundantes rizos que circundaban su cara y caían por sus hombros.

«No es justo. No es justo», se dijo Yak.

Le hizo pasar a la sala, donde recibió más sorpresas. El lugar no era nada parecido a como él se lo había imaginado. La sala parecía confortable y estaba bien aprovechada; en realidad era muy diferente de la imagen casi perfecta que había conjurado su imaginación. Cojines de colores esparcidos por todas partes, daban un toque de alegría a la habitación y unas velas aromatizadas daban al ambiente un insinuante olor.

—Me alegro de que hayas venido —le indicó Paige sin aliento.

Ya estaba muy cerca de ella, contemplándola.

—Te he extrañado... mucho.

Su cuerpo le delató una vez más al responder a la mujer que estaba a unos centímetros de él. Se volvió despacio hacia ella y le acarició el pelo.

—Yo también te he extrañado —admitió al fin.

Paige le pasó los brazos por el cuello y se puso de puntillas para alcanzarle. Ya no necesitó ninguna insinuación más. Sus brazos la rodearon por la cintura y le acercó a su cuerpo con firmeza. Sus bocas se encontraron y su beso no dejó lugar a dudas de que la deseaba.

Por primera vez en meses, Paige pensó que estaba en el lugar que le

correspondía. Su hogar siempre estaría en los brazos de Yak.

La respuesta de Yak anuló todas sus buenas intenciones. Había pasado toda la tarde preparándose para la reunión, decidido a no delatar cuáles eran sus sentimientos por ella. Estaba dispuesto a demostrarla, a ella y a sí mismo, que podían verse por última vez y despedirse como amigos.

¡Un poco más y explotaría! Con pesar, puso las manos en la diminuta cintura de Paige y la separó de él.

De la misma forma, Paige bajó sus brazos. Era maravilloso el poder estar cerca de Yak de nuevo. Advirtió su excitación y abrigó mayores esperanzas de que la velada tuviese un final feliz. Ya no podía fingir indiferencia.

— ¿Tienes hambre? —preguntó y se ruborizó al advertir las implicaciones de sus palabras.

Yak empezó a reír. Hacía meses que no lo hacía y el liberar sus emociones le hacía sentirse maravillosamente. ¿Qué sentido tenía negarlo? Amaba a esa mujer con locura. Lo mejor sería disfrutar el poco tiempo que estaría con ella.

—De hecho... —empezó a decir con los ojos llenos de malicia.

Inconscientemente, Paige colocó sus manos sobre sus mejillas para refrescarlas, pero se dio cuenta de lo que hacía y las bajó al instante. Yak pasó el dorso de una mano sobre una de sus mejillas diciéndole:

—Me alegra verte con algo de color.

—Sí, bueno, ¿por qué no pasamos al comedor? —preguntó ella nerviosa, y se alejó.

La mesa estaba muy bien puesta con grandes velas que iluminaban la habitación. Un arreglo floral delicado, le daba un toque de color.

—Iré a por el vino —explicó antes de desaparecer en la cocina.

Tardó unos minutos en relajarse; sacó el vino del frigorífico y volvió.

— ¿Quieres servirlo?

—Con mucho gusto —Yak cogió la botella y el sacacorchos de las manos de Paige.

Esta volvió a la cocina para llevar la cena.

Cuando terminaron de cenar, los dos estaban más relajados. Con gran facilidad volvieron a su antigua camaradería. Paige hizo a Yak muchas preguntas; quería enterarse de todo lo que le había ocurrido desde que se

había separado.

—Estoy segura de que Alicia se quedó muy decepcionada cuando te marchaste —le indicó, mirándole por encima de su copa de vino.

«Al menos tiene la gracia de inquietarse por el recuerdo», se dijo al observarle.

—Alicia es una chiquilla encantadora. Muy cooperativa.

—Puedo imaginarlo.

—Pero no es más que una chiquilla. ¡Diablos, puedo ser su padre!

—Un padre muy precoz, pero supongo que es cierto.

—Hablando de padres, no me has dicho cómo sigue el tuyo.

—Está muy bien —aceptó Paige, advirtiendo que Yak cambiaba de tema. —Supongo que tú estás muy ocupada.

—Sí; la clínica está creciendo mucho. Hemos contratado tres médicos más y además estoy recortando mis actividades.

— ¿Por qué? —preguntó Yak incrédulo.

—Porque así lo deseo —respondió ella sonriendo.

Una expresión de sospecha cruzó por la cara de Yak.

— ¿Estás embarazada?

—Qué extraño que me preguntes eso —comentó Paige dispuesta a sacarle de dudas inmediatamente al ver su preocupación, pero no pudo resistir la tentación de mantenerle en ascuas un momento más.

— ¿Lo estás? Has estado enferma, ¿verdad? Estás muy delgada —le dijo Yak desde el otro lado de la mesa, observándola con detenimiento y preocupación.

— ¿Y si así fuera? —preguntó ella interesada, uniendo los dedos de sus manos y reclinando la barbilla sobre ellos.

Yak se puso de pie y empezó a andar por la habitación. Nunca había pensado en esa posibilidad. Todas las mujeres que había conocido tenían mucha experiencia y sabían cómo cuidarse. Pero Paige carecía de esa experiencia. Lo había advertido inmediatamente y no había hecho nada por protegerla.

«Eres un bastardo», se dijo. «Ibas a marcharte del país sin siquiera averiguar si había un niño en camino. Tal y como actuó tu padre.»

Paige se levantó y empezó a recoger la mesa. Ya había llevado todo a la cocina antes de que Yak la siguiera.

—Tenemos que casarnos —le dijo él con tono decidido tan pronto como cruzó la puerta de la cocina.

— ¿Por qué? —inquirió Paige. Nunca le había visto tan serio.

Ya no estaba preparado para esa pregunta. El motivo era muy obvio.

— ¿Me estás diciendo que estás dispuesto a casarte conmigo porque puedo estar embarazada?

—Por supuesto.

— ¿Pero qué hay acerca de nuestros estilos de vida diferentes, de los mundos distintos en los que vivimos?

Una expresión de terquedad apareció en la cara de Yak.

—Tendremos que llegar a un acuerdo entre nosotros... una especie de compromiso. Sé que no soy el hombre más adecuado para ti, pero no voy a permitir que un hijo mío venga al mundo sin conocer a su padre.

Paige se dirigió hasta el centro de la cocina, donde Yak se encontraba, y con suavidad le acarició el mentón.

—Yak, eres la única persona en el mundo con la cual me casaría. Pasé casi una semana creyendo que estaba casada contigo y nunca he sido más feliz en mi vida —se puso de puntillas para besarle en la mejilla—. Estoy más que dispuesta a aceptar tu romántica proposición de matrimonio —murmuró.

Una alegría inmensa invadió a Yak. Aceptaba casarse con él. No podía creerlo. ¡Iban a casarse! Todos sus planes de pasar el resto de su vida solo quedaron en el olvido. ¡Maldita sea! ¡Estaba comprometido! Se había comprometido desde la primera vez que había hecho el amor con Paige.

— ¿Para cuándo esperas el bebé? —preguntó él.

Paige le agarró de la mano y le llevó de nuevo a la sala. Le empujó hasta obligarle a sentarse en el sofá. Después se sentó en sus piernas y le pasó los brazos por el cuello.

—Yak, ¿me amas? —preguntó mirándole a los ojos con fijeza.

Él sabía que había perdido la batalla, consigo mismo y con ella, pero por algún motivo extraño, se sentía como si hubiese ganado el mejor premio. Metió la cabeza en su cuello para aspirar su perfume de flores.

—Sí —respondió.

—Me alegro, porque una vez que estemos casados, yo seré lo único que tendrás a tu alcance... al menos durante un tiempo —Yak levantó la vista

sorprendido—. No estoy embarazada, Yak —le murmuró al oído.

—Pero has dicho...

—No. Tú lo has dicho y yo no te he sacado del error —Paige se acomodó en las piernas de Yak con un movimiento que hizo pedazos la concentración de él—. Verás, he pasado semanas enteras tratando de encontrar la forma de convencerte de que hay una forma de que podamos pasar toda la vida juntos —Yak abrió la boca para decir algo, pero ella le obligó a callar, colocándole un dedo sobre los labios—. He descubierto que tú eres lo más importante en la vida para mí. Más importante que mi carrera, por mucho que me guste; y no encontraba la forma de convencerte de ello —dejó caer la cabeza sobre su hombro—. Me apena admitir que cuando me di cuenta de que no estaba embarazada lloré durante varias horas. Quería tener un hijo tuyo, Yak. Llegué a abrigar la despreciable esperanza de estar embarazada para que pudiéramos tener la oportunidad de estar juntos.

Le besó en la oreja para luego seguir una línea descendente por su mandíbula hasta llegar al mentón; sus besos suaves, provocaron descargas en la columna vertebral de Yak.

—Te amo, Yak, y quiero casarme contigo, pero no estoy embarazada.

Guando levantó la vista, no pudo decir más. Los ojos de Yak estaban húmedos y con una expresión de amor y ternura que la hicieron perder el aliento.

—Paige, mi amor, ¿cómo puedo resistirme a ti?

—Espero que no puedas hacerlo.

—¿Y ahora qué? —Preguntó él, reclinando la cabeza en el respaldo del sofá—. Supongo que tendré que llamar al peruano para decirle que no cuente conmigo —comentó, pensando en voz alta.

—No necesariamente. Podrías llamarle para preguntarle si no necesita contar con un médico entre su personal.

—¿Hablas en serio? —preguntó Yak, enderezándose inmediatamente.

—Nunca en mi vida he hablado más en serio. ¿Cómo dice un viejo refrán? ¿A dónde tú vayas...? —le sonrió—. No quiero que cambies Yak. Me enamoré de ti tal como eres. Lo único que deseo hacer es convertirme en parte de tu vida. ¿Es eso muy difícil de entender?

—Pero eres médico —expresó él incrédulo—. Ya estás establecida aquí. ¿Por qué habrías de mudarte?

—Por una razón muy simple, por estar contigo. Siempre seré médico.

Nada puede cambiar eso... ya es parte de mi ser. Pero hay personas enfermas en todas partes. Si eres demasiado inquieto para permanecer en un solo sitio, perfecto, los dos iremos a otro hasta que te canses.

—Creo que has perdido el juicio.

—No. Sólo mi corazón.

—No puedo permitirte que lo hagas.

— ¿Quiere eso decir que retiras tu proposición?

—No, pero quiero decir que quizá necesitemos meditar esto un poco...

—Es en lo único que he estado pensando todos estos meses. Tengo que ser sincera contigo y debo admitir que he tardado bastante tiempo en establecer mis prioridades, pero ya las tengo ordenadas, por supuesto, si es que me quieres.

— ¡Quererte! Me has atormentado durante meses. He hecho todo lo que estaba a mi alcance por olvidarte —con amargura Yak recordó sus fracasos más resonantes—. Sólo quiero que estés segura.

—Te amo, Yak.

— ¡Dios mío, Paige! Yo también te amo. Sólo espero que estemos haciendo lo correcto —le indicó con voz sensual.

La besó y Paige supo que todo saldría bien. El amor encontraría la forma de hacerlo.

Sus pensamientos se dispersaron cuando Yak intensificó su beso y sus manos descendieron hasta encontrar los botones de su camisa, para empezar a desabrocharlos. Todo saldría bien.

Tres años más tarde, Paige seguía todavía convencida. Todo había salido a la perfección. Se volvió de lado en su espacioso saco de dormir doble y miró al hombre que estaba dormido a su lado con profundo amor. Había descubierto un fenómeno fascinante... cuanto más tiempo pasaba con Yak, más le amaba. Su amor crecía como una planta prolífica nutrida con los mejores alimentos.

Le observaba tranquila, no queriendo despertarle. Parecía muy cansado. Había trabajado demasiado y ese era el motivo de sus vacaciones.

Sólo que en esta ocasión sí había sabido qué llevar para pasar dos semanas en medio de la naturaleza. Al volver a Estados Unidos dos semanas



antes, Yak había pedido prestado un helicóptero a Rick, diciéndole que querían ir a acampar... a Arizona oriental.

Habían encontrado un lago alimentado por corrientes subterráneas y habían decidido pasar allí algunos días. Ya había descubierto también una caída de agua.

Perú había resultado para Paige una experiencia inolvidable. Había llegado a conocer y a amar a los habitantes del pequeño pueblo donde se habían establecido y para su fortuna, ellos también habían llegado a aceptarla. Los había enseñado cómo cuidar a sus niños y había encontrado la experiencia muy satisfactoria y llena de recompensas.

Yak se movió y la aplastó colocando un brazo y una pierna encima de ella.

—Muévete, gran toro, no tienes por qué ocupar todo el sitio —se quejó ella riendo.

— ¿Quién es un gran toro?

—Tú —murmuró ella.

— ¿Es eso lo mejor que puedes llamar a tu marido?

—Sí, cuando tu marido pesa casi cien kilos.

—Ya entiendo. ¿Eso quiere decir que nuestra luna de miel ha terminado?

—Por supuesto que no. Sólo llevamos tres años casados. Se supone que la luna de miel debe prolongarse durante veinticinco años. Después de eso, ya veremos qué pasa.

Yak trató infructuosamente de disimular su sonrisa.

— ¿No has pasado frío?

—No. Este nuevo equipo de campamento es maravilloso y muy amplio.

Yak contempló la tienda de campaña. Era para seis personas, lo cual les daba espacio más que suficiente en su interior. Nunca podría llevarla a cuestas, pero ya no era necesario.

— ¿Quieres ir a pescar?

—Me parece haberte oído decir ayer que no volverías a salir de pesca conmigo, después de ver que yo tenía mejor suerte que tú.

—Ya he cambiado de opinión —le dijo con una sonrisa inocente.

— ¿Por qué? —preguntó ella después de una pausa.

—Porque me encanta ver tu expresión cuando colocas la carnada en tu

anzuelo.

—Oh, Yak. No te burles de mí.

—Pero querida, me encanta burlarme de ti, amarte y reír contigo. Me encanta todo lo que hacemos juntos.

Sus acciones pronto probaron sus palabras.

Con gran familiaridad, la acarició en todos aquellos sitios que sabía que encendían la llama de su deseo e inmediatamente Paige se olvidó de todo lo que no fuera él. Los años transcurridos también la habían enseñado a ella a amarle y se deleitaba haciéndole perder su férreo control.

—Cariño, eres maravillosa —murmuró él más tarde.

La única paz que Yak había encontrado en el mundo estaba en sus brazos. Trataba de recuperar el aliento mientras ella enredaba los dedos en su pelo.

— ¿Yak?

— ¿Sí?

— ¿Ya sabes si por fin vamos a ir a Alaska después de nuestras vacaciones?

—Sí. La carta que recibí a nuestra llegada a El Paso, confirma la fecha en que debemos estar allí.

—Así que ya somos socios. Llevaremos provisiones y atención médica a las personas que viven aisladas.

—Así es.

— ¿Yak?

— ¿Sí?

—Tengo algo que confesarte.

—Hablas demasiado —comentó Yak, levantándose un poco con fingido disgusto.

—Es cierto, pero esto puede tener serias consecuencias.

— ¿Qué sucede? —preguntó él, apartándose a un lado para recostarse junto a ella.

—Quizá nada, pero...

—Paige... —la advirtió con un tono severo.

—Se me han olvidado las pastillas anticonceptivas —le indicó ella, decidiendo ir al grano.

Yak adoptó su acostumbrada expresión impávida. « ¡Maldición!», se

dijo Paige frustrada. «Todavía le es fácil ocultar sus pensamientos y sus sentimientos cuando le viene en gana.»

—Es muy interesante el que hayas esperado casi una semana para comunicarme algo tan vital.

—Lo sé y estoy muy preocupada. Lo siento de verdad.

—Pero no lo suficiente como para habérmelo dicho antes.

—No, porque... bueno, porque la otra vez que acampamos no me quedé embarazada, y tampoco en aquella ocasión tomé ninguna precaución.

Yak estudió su expresión preocupada un instante y luego sonrió.

—Eso me hace suponer que estás dispuesta a formar una familia aunque sea en Alaska.

—Yak, te aseguro que no ha sido a propósito, pero también debo confesar que no lo sentí mucho cuando me di cuenta.

—Eres una mujer maliciosa e intrigante, ¿lo sabías?

Ella asintió con movimientos lentos.

—Porque si no lo fueses, estaría haciendo este viaje yo solo, sin nadie que me brindase su calor, me hiciera compañía y cuidara de mí —su tono de voz finalmente la convenció de que estaba bromeando—. Así que, ¿por qué debo esperar ser yo quien decida cuándo he de convertirme en padre? Ahora sé lo que es ser manipulado.

— ¿Tú manipulado? ¡Vaya! —Paige se enderezó para sentarse y descubrió que todavía tenía las piernas enredadas entre las de Yak.

—Y lo adoro —añadió Yak y la abrazó con fuerza—. Espero que estés embarazada —le indicó con voz firme junto al oído—. De hecho, si no lo estás, estoy dispuesto a dedicar el tiempo necesario para que lo estés tan pronto como sea posible.

Paige suspiró y reclinó la cabeza sobre su pecho.

—Es esa devoción al deber lo que me hace amarte tanto —exclamó con satisfacción.

*Fin*